

Mujeres Visibles de Itagüí, historias de vida a muchas voces

Mujeres Visibles de Itagüí, historias de vida a muchas voces



Mujeres Visibles de Itagüí, historias de vida a muchas voces

Primera edición 2013

ISBN: 978-958-



Mesa Directiva

Carlos Mario Martínez Hincapié

Presidente

Andrés Felipe López Ramírez

Vicepresidenta 1°

María Eloisa Ossa Galeano

Vicepresidenta 2°



Juan Pablo Clavijo Sánchez

Presidente

Nataly Zuluaga Montoya

Coordinadora del proceso "Mujeres Visibles"

Editoras

Nataly Zuluaga Montoya

Comunicadora Social- Periodista

Yuly Vanessa Betancur Pulgarín

Comunicadora Social-Periodista

Juan Guillermo Romero Toro

Revisión de textos

Editorial L. Vieco S.A.S.

Diseño, impresión y terminado

Itagüí, Colombia, 2013

Contenido

Presentación	13
Introducción	15
Presentación	17
Rompiendo diecinueve años de silencio <i>Lina María Herrera</i>	19
Madre Soltera <i>María Esperanza Echeverry Osorio</i>	23
El amor hace la diferencia <i>Liliana María Arango Moreno</i>	26
Desilusión <i>Luisa Fernanda Osorio Echeverry</i>	29
La sala de mi casa <i>Fanny Clavijo Moná</i>	32
La mujer de Itagüí sí participa <i>Martha Lucia Villa Arango</i>	35
Después del ocaso, una sonrisa siempre viene bien <i>Miryam Vásquez Acevedo</i>	38
Mis años maravillosos en “nuestro lugar” <i>Omayra Osorio Duque</i>	43
Sí se puede <i>Ana Patricia Pulgarín de Bedoya</i>	46
Matices <i>Consuelo Ángel Bustamante</i>	49
Poeta de Dios <i>Deyanira Restrepo Galeano</i>	52

Nunca es tarde	55
<i>Doris Grajales B.</i>	
Gestora de paz	58
<i>Consuelo Estrada de Sanmartín</i>	
La flor del chiste soy yo	61
<i>Edilma Salazar de Cano</i>	
La bombera que enciende el fuego del amor	65
<i>Adriana María Echavarría Montoya</i>	
Creación, arte y naturaleza	69
<i>Aleida García de Cano</i>	
Crecer para enseñar a crecer	72
<i>Blanca Nubia Posso Restrepo</i>	
Los hombres pasamos, la memoria queda	75
<i>Consuelo Vélez Hurtado</i>	
A solas, con los demás	78
<i>Rosalía Nancy Suárez Penagos</i>	
El pedacito de cielo	81
<i>Dora María Suárez Penagos</i>	
Mi vida es un carnaval	84
<i>María Elena Gómez Gómez</i>	
Rosa Helénica	87
<i>Amparo Ángel Bustamante</i>	
Compartir, mi mayor alegría	89
<i>María Betsabe Alzate Cardona</i>	
Los sueños míos, los de mi vereda	92
<i>Cáterin Londoño Mejía</i>	
Vida comunitaria	95
<i>Fabiola de Jesús Ospina de Ardila</i>	
La educación nos hace libres	98
<i>Gilma Jaramillo Cadavid</i>	

Mi casa está llena de recuerdos de Itagüí <i>Blanca Irene Acosta Restrepo</i>	101
Mi vida, un pedacito de cielo <i>Elvia Acosta Montoya</i>	104
Temor al cambio <i>María Rosalba Suaza Ramírez</i>	107
Nueva casa, nuevas oportunidades <i>María Graciela Urán Giraldo</i>	110
La mujer vicentina <i>Tulia Diez de Mesa</i>	113
Muchos lugares, un solo objetivo <i>Luz Nelly Colorado Salazar</i>	117
Una madre luchadora <i>Luz Marina Clavijo Cardona</i>	120
Llevamos la vida en el vientre; y en nuestros sueños, la vida <i>Luz Elena Colorado Ortiz</i>	123
Por un trato igual para todos <i>Lucía Grisales Hernández</i>	126
Volver a comenzar <i>Yolanda Restrepo Aguirre</i>	129
Líder comunitaria <i>Gloría Luz Vanegas Arroyave</i>	132
Una vida, muchas historias <i>Luz Marina Hernández Granada</i>	135
El valor de una familia <i>Luz Marina Agudelo Pabón</i>	138
Al servicio de Itagüí <i>Yudy Gómez Aguirre</i>	141
Pequeño territorio de ideas <i>Sandra Milena Taborda</i>	144

El placer de enseñar	147
<i>Olga Lucía Zapata León</i>	
Tan libre como lo queremos ser	150
<i>María Rosa López Villada</i>	
Una vida con alegría	153
<i>María Rosalba Ochoa Torres</i>	
Luchadora incesante	156
<i>Mónica Isabel Restrepo</i>	
Lejos del nido	159
<i>María Inés Marín Barrios</i>	
Mujer conductora de servicio público	162
<i>Martha Cecilia Ramírez Castaño</i>	
Del campo a la ciudad	165
<i>María Genoveva Pulgarín</i>	
Tocando las puertas del alma	168
<i>María Estella Cano Muñoz</i>	
Más de treinta años luchando por ser bachiller	171
<i>María Marleny Chavarría López</i>	
El deporte y la recreación, mis grandes pasiones	174
<i>Yuly Sanmartín Estrada</i>	

Agradecimientos:

A mi esposa Luz María Acosta

A mis hijos:

Alejandra Martínez Acosta

Andrés Martínez Acosta

A toda mi familia por creer y apoyarme en los
tiempos que no he estado en el hogar, porque
este proceso, es el inicio a un mejor vivir en
nuestra ciudad Itagüí.

Facilitadores

Gracias a las personas e instituciones por
hacer realidad este proceso, y aportar con sus
conocimientos al desarrollo y mejoramiento de
las condiciones de vida de las mujeres de Itagüí
y del departamento:

Lucy Tobón Ospina

Diana Milena Arteaga Arcila

Leidy Catalina Botero Gómez

Mayra Natalia Parra Salazar

Ronald Cano Corrales

Laura María Álzate Suárez

Yuly Vanessa Betancur Pulgarín

Nataly Zuluaga Montoya

Presentación

Viajar por todas y cada una de las historias aquí narradas por las propias protagonistas, es comprobar el esfuerzo, la valentía, el amor, la decisión, la soledad, la alegría, la convicción, la generosidad, el dolor, la esperanza y la fe en sí mismas, expuestas en cada una de las trayectorias vitales, contenidas en las páginas de *Mujeres Visibles*.

Historias de un valor incalculable, que muestran las transformaciones de la vida privada y pública, protagonizadas por mujeres, que han revolucionado la vida cotidiana, en estos *200 años de Independencia de Antioquia*.

En ellas se resume, en primer lugar, el significado de la presencia o ausencia de los padres y madres, hermanos y hermanas en la conformación de las personalidades. En segundo lugar, las vivencias de alegría y dolor, de amor y desamor que las conducen a elaborar sueños, superar obstáculos, ponerse retos y buscar oportunidades para dar rienda suelta a sus capacidades. Hoy, como líderes sociales, son un ejemplo y orgullo para sus propias familias y sus comunidades.

Mujeres Visibles, devela con transparencia los grandes esfuerzos que con generosidad y afecto ellas despliegan, para que su descendencia tenga mejores oportunidades y sean personas de bien. Una tarea que cumplen de manera silenciosa y que debería ser valorada social y económicamente, como muestra de justicia de género.

Mujeres Visibles, más allá de un merecido reconocimiento para ellas, es una incitación a valorar la vida de las mujeres por lo que son; hacer visibles sus aportes al desarrollo de la sociedad; comprender la importancia y la necesidad que tienen los gobiernos, de invertir recursos suficientes en la educación y formación de las niñas, las jóvenes y las mujeres adultas, lo mismo que en todas aquellas esferas de su desarrollo integral.

Gracias a *Mujeres Visibles*, iniciativa del señor Carlos Mario Martínez Hincapié, Presidente del Concejo de Itagüí, gestada en sesión a la que fui invitada el pasado mes de marzo, hoy la comunidad antioqueña, puede conocer y dar fe de lo que representan las mujeres para el desarrollo de Itagüí. Un texto escrito por ellas mismas y acompañado por un equipo humano,

comprometido tanto como ellas, en hacer de sus relatos, un testimonio para la historia del país.

Para Antioquia la más educada, es un orgullo contar con ciudadanas tales como las *Mujeres Visibles*, con quienes construimos un territorio dispuesto a pasar las páginas de violencias, para empezar a construir las de la paz y la reconciliación.

Rocio Pineda García

Secretaria de Equidad de Género para las Mujeres
Gobernación de Antioquia
Medellín. Noviembre 9 de 2013

Introducción

Desde el Concejo Municipal de Itagüí, se ha propuesto la creación de una ruta que visibilice las problemáticas de las mujeres del Municipio. Una iniciativa cuyo punto de partida, así se pensó, consistiría en oír de su propia voz, el relato de sus historias cotidianas, la narración de esa gran diversidad de pequeñas y grandes batallas en las que estas mujeres han salido perdedoras y triunfadoras tantas veces.

Para ello, entre los meses de febrero y mayo, fueron seleccionadas cien itagüiseñas, que por primera vez en la historia local, se comprometieron a contarles a las nuevas generaciones los hitos de sus existencias relacionados con la promoción de derechos como la vida, el trabajo y la igualdad; un reconocimiento, ante todo, a la enorme importancia de las mujeres como grandes forjadoras del pasado, el presente y el futuro de Itagüí.

Así las cosas, durante seis meses se realizaron con ellas diversos encuentros de formación en temas como: “Mujer, derechos humanos”, “Mi vida a través de mis huellas”, “Carrusel por una vida libre de violencia”, “Leer la vida para escribirla”, entre muchos otros, que dieron origen a la compilación que hoy presentamos como el inicio de una serie de iniciativas que le apuntan a la inclusión real y efectiva de las mujeres en todos los sectores de nuestra localidad. Se trata de unos relatos muy valiosos que les reconoce su condición de sujetos históricos realmente visibles. Una invitación que más allá de las hermosas anécdotas que el lector hallará, es una pequeña muestra de sus inagotables esfuerzos y acciones por construir una sociedad itagüiseña cada vez mejor.

Presentación

Desde la presidencia del Honorable Concejo Municipal de Itagüí, nos dimos a la tarea de hacer un Concejo cercano al ciudadano, de aumentar la confianza y la credibilidad de la comunidad en esta institucionalidad del Estado, además de acercar los actores políticos en la construcción de un Concejo visible y respetuoso con nuestra ciudad Itagüí.

Hoy con gran esperanza empezamos un camino por reconocer, visibilizar y poner en el debate municipal la agenda por la inclusión de género en Itagüí, que a pesar de los grandes esfuerzos institucionales por atender las mujeres de nuestro municipio, sigue en déficit una ruta clara para la accesibilidad de los derechos de las mujeres. Con este aporte que le hacemos a la ciudad desde el Concejo Municipal, buscamos generar los consensos fundamentales, por fuera del protagonismo individual y llevarlos a los escenarios colectivos, en el que la ciudad de Itagüí priorice a la mujer como motor de su desarrollo: económico, social, cultural, político, ambiental, religioso y comunitario.

Desde esta perspectiva, el proceso Mujeres Visibles de Itagüí, se constituye como una red de mujeres, que a partir de sus historias, dan ruta para conocer parte de nuestra ciudad, además de cómo intervenir algunas problemáticas desde la oportunidad y visibilizar los derechos de las mujeres, propuesta que tiene que llamar al Estado municipal, para que la autonomía de la mujer, la cualificación de sus liderazgos y la garantía de la participación en las diferentes esferas del estado sean efectivas y reales.

Desde la presidencia del Concejo Municipal hoy damos el primer paso y le proponemos a la ciudad itagüiseña y su institucionalidad, articularnos para que la mujer de Itagüí cuente con las posibilidades reales para brindar más oportunidades a la accesibilidad de sus derechos fundamentales como: salud, empleo, educación, vivienda, recreación, libertad, a su vida sexual y reproductiva, e identidad. Esto se logra mediante una ruta y una política pública estructural incluyente y participativa, que de forma integral y permita a todas las mujeres vivir y sentirse con la libertad de ser ellas mismas.

Después de compartir en este año con las mujeres del proceso Mujeres Visibles, nos damos cuenta que entre los aspectos importantes que requieren las mujeres están: brindarles oportunidades reales y la cualificación de su liderazgo, para que de esta forma sus proyectos de vida sean reales e irradien a las nuevas generaciones que sí es posible en Itagüí un proyecto de vida con felicidad, autonomía, prosperidad y tranquilidad.

Mujeres visibles nos deja todo el trabajo por hacer, acercarnos a la clase productiva y empresarial de Itagüí para que prioricen a la mujer de nuestra ciudad, igualmente para que el Estado garantice sus derechos fundamentales y trascendamos de las acciones desarticuladas, a una política pública que contemple acciones afirmativas en un tiempo determinado, en pro de la dignidad de la mujer en un enfoque incluyente de oportunidades.



Carlos Mario Martínez Hincapié

Presidente Concejo Municipal de Itagüí-2013

Rompiendo diecinueve años de silencio

¡Nos mataron los muchachos! era el grito de una comunidad entera que no encontraba respuesta frente a un hecho de violencia, injusticia y mucho dolor.

Lina María Herrera



Participantes del grupo juvenil en el barrio El Porvenir.

Masacre en un barrio de Itagüí; ese fue el titular que difundieron varios medios locales y nacionales el 23 de octubre de 1994. El lugar de los hechos fue el barrio El Porvenir, el mismo en el que me desempeñé como líder desde que tenía trece años, y aunque allí ocurrió el suceso más doloroso de mi vida, no se me pasa por la mente vivir en otro lugar.

En 1994 yo tenía dieciochos años, pertenecía al grupo juvenil y a la Red Juvenil dirigida por los hermanos Lasallistas, quienes debido a la buena respuesta de los jóvenes del barrio, nos apoyaban junto con el padre de la comunidad en sacar adelante las actividades que proponíamos. En aquel entonces, los jóvenes del sector estábamos muy unidos y participábamos con gran entusiasmo de estos grupos.

Pero todo cambió el día que mataron a los muchachos, y aunque han pasado diecinueve años, se siente la misma sensación de rabia, impotencia y dolor. Qué más puedo decir del día en el que fueron asesinados Didier y Giovanni, mis dos hermanos de dieciséis y diecinueve años, respectivamente. Y en el que también cayeron Weimar, Esneider, Tista, Alonso, Freddy y Edison, compañeros y amigos del grupo juvenil y otros dos niños que estaban en la tienda, dicen que uno de ellos tenía un bombillo en la mano cuando lo mataron.

Si alguien me hubiese preguntado minutos antes del suceso, cómo la había pasado ese día, creo que no hubiera dudado en contestar que excelente. Recuerdo que en las horas de la mañana, habíamos estado en una integración con los representantes y coordinadores en la sede de servicios juveniles. Después del almuerzo, estuvimos en un taller de artes plásticas en el que aprendimos a hacer plastilina casera a base de harina y anilina, y no se me olvida que una de las mezclas quedó con aspecto de “popó”, lo que causó mucha risa, y yo no veía la hora de llegar a mi casa para hacerle una broma a Didier, que siempre fue muy asquiento.

Cuando llegué, a las 6:30 de la tarde, aproveché que él estaba en el cuarto, y regué la plastilina por todo el sanitario y el suelo, y mientras lo hacía, no paraba de reírme, como una boba, imaginándome la cara que pondría. Cuando lo llamé, Didier casi se vomita, y hasta lloré de la risa. Quien iba a pensar que dos horas después estaría llorando por causa del dolor más grande que he sentido en mi vida, porque no solo fue la muerte de mis dos hermanos, también estaban en esa esquina asesinados mis amigos, compañeros del grupo juvenil, los pelaos con los que crecí. Esa noche nos acribillaron un poco el alma a todos, no solo a nosotros los familiares, sino también al resto del barrio. Éramos una comunidad entera consumida en el dolor y el llanto; que pedía a gritos una explicación: ¿por qué nos mataron los muchachos?

Y hoy, diecinueve años después, seguimos esperando una respuesta. Mucha gente con el tiempo olvida, y quien recuerda calla. Personas nuevas han llegado al barrio desconociendo tan inmensa tragedia que marca gran parte de nuestra historia, el mismo hecho que algunos taxistas vuelven a traer a la memoria cada vez que alguien les pide que lo traigan al Barrio, y preguntan que si es el mismo en el que ocurrió la masacre de los diez muchachos.

Los días que siguieron aquella noche, yo me sentía totalmente llena de odio y resentimiento hacia cada policía que veía y con una gran frustración al saber que no se podía decir nada. Jamás creí que pudiera pasarme algo así, pero me pasó y cambió totalmente mi forma de pensar. Recuerdo que antes de la masacre, siempre que escuchaba que habían matado a alguien, solía responder con cierta indiferencia: *algo debía*, unas palabras que tuve que tragarme cuando la historia resultó tan cercana que yo pasé a ser una nueva víctima dentro del inmenso universo de personas que siempre estaremos preguntándonos, muy seguramente, sin hallar respuesta alguna: ... ¿por qué ellos?

En el momento que mataron los muchachos, yo estaba en el corredor de mi casa con Oscar, él también era del grupo juvenil. A eso de las ocho de la noche, él pasó a recogerme para ir juntos a la reunión que teníamos programada para hablar de la celebración del día del niño; desde entonces Oscar dice que yo le salvé la vida, porque minutos antes él estaba en la esquina donde ocurrió la masacre. Giovanni, mi otro hermano, acababa de subir de misa y decidió quedarse con el resto de los muchachos esperando. Quién iba a pensar que minutos más tarde nos tocaría verlos ahí muertos, víctimas de unos asesinos que sin razón, llegaron a dispararles como si fueran unos delincuentes.

Cuando sonaron los tiros, Oscar y yo nos entramos a la casa, todo ocurrió muy rápido, escuchamos a la mujer de un primo gritar: ¡Didier, Didier! Por mi mente en ese instante pasaron muchas imágenes, menos que hubieran matado a Didier o a uno de los muchachos, *si ellos eran pelaos sanos*. Todos en mi casa salimos corriendo hacia la esquina, no sé cómo describir lo que sentí en ese momento, el miedo de enterarme que algo malo le había pasado a Didier, hicieron de esa calle y esos minutos una eternidad. Cuando por fin llegué a la esquina, el impacto y el desespero al ver tantos cuerpos

tirados en el suelo y tanta sangre bajar por la calle, me dejó aturdida y no reconocí que ahí estaban también mis amigos, solo alcancé a ver a Didier y a Giovanni en el suelo, uno junto al otro. ¡Por Dios!, es inevitable para mí al escribir esta historia no llorar, sentir la misma conmoción y repetir la misma pregunta ¿Por qué, si ellos eran muchachos buenos?

A partir de la masacre ya nada fue igual, pasamos de compartir momentos de alegrías en el grupo juvenil, a vivir cada uno en silencio su propio dolor, aunque el tiempo pasó y todos los que quedamos ya no somos tan jóvenes, en el recuerdo de nosotros y de muchas personas que les tocó presenciar este hecho, ellos siguen y seguirán siendo los muchachos del grupo juvenil. Por diecinueve años hemos cargado con esta gran tristeza y con las palabras que nos permitirían describir quienes los arrancaron de esta vida. El miedo o la ignorancia, no lo sabemos, nos han mantenido en silencio.

A pesar de hechos tan dolorosos que han marcado mi vida, y la de familiares y amigos, aún sigo trabajando motivada por el deseo y el bienestar de toda una comunidad, que pide a gritos y trabaja para vivir en paz.

Madre Soltera

Mi novio me hizo creer que el día que yo tuviera un hijo, botaría la casa por la ventana, pero cuando eso sucedió, el que salió por la ventana fue él.

María Esperanza Echeverry Osorio



María Esperanza con su hijo Johan en sus primeros días de nacido.

Lo conocí en 1989. Era soltero, con buen sentido del humor, tierno y educado. Además, cuando murió mi madre, estuvo a mi lado y eso me conquistó aún más. Después de cinco años de relación, quedé embarazada. En ese momento, las cosas cambiaron, pues al enterarse de la

noticia, me pidió que abortara porque según sus ideas era lo mejor para ambos, y porque además, su mamá nos había aconsejado que era mejor tenerlo cuando tuviéramos plata. Desde ese momento yo decidí luchar por mi hijo y enfrentar la vida sin él.

Desde el primer mes de gestación empecé a tener complicaciones, pues el embarazo fue considerado de alto riesgo, ya que mes a mes perdía mucho peso y los médicos no lograban encontrar las causas de esta situación. Al final, determinaron que todo era psicológico. Por esos mismos días, mi papá se enfermó, así que mis días se repartían entre el trabajo de las mañanas y el cuidado de él, en la clínica, durante las tardes.

Con los días me puse más débil, la presión aumentó de forma irregular y según los diagnósticos, me debían hospitalizar, pero yo no quise que lo hicieran para no abandonar a mi papá, y poder verlo en sus últimos días. Mi padre murió el 28 de octubre de 1994 y veinticuatro días después, el 23 de noviembre, nació mi hijo Johan, una bella manera de combatir la tristeza de aquellos días y darle sentido a los que venían.

La historia sigue, la vida siempre continúa. Yo traté de contactar al padre de mi hijo para que lo conociera, pero éste siempre me trataba mal. Mi hijo sufre de asma y semanalmente debía ser internado para nebulizarlo. Sus padrinos, por fortuna, me ayudaron mucho. Sin embargo, con mucha frecuencia me tocaba prestar dinero para comprar los medicamentos y pagar a quien lo cuidaba. Por esta razón, comencé a vender fritos, hacer parva, coser y trabajar en varios lugares durante los fines de semana.

Cuando mi hijo cumplió un año, la empresa en la que trabajaba cerró sus puertas. Cuando hallé otro trabajo, en éste no me daban permiso para llevar mi hijo al médico, y entonces, no pude seguir.

No demandé al padre de mi hijo, porque temía que me lo quitaran o que incluso, se lo llevaran al exterior, pues su estabilidad económica era mayor que la mía. Además, él fue quien nunca lo quiso conocer, y mucho menos, verlo dar sus primeros pasos, escuchar sus primeras palabras, acompañarlo a jugar, oírlo reír, sentir sus tiernos besos, sus pequeños abrazos y escuchar que le dijera: papá te amo. Cuando un hombre por orgullo, machismo o cobardía no responde por sus hijos, su corazón estará vacío, de eso estoy segura.

En la actualidad, mi hijo tiene dieciocho años y está en la universidad. Él es mi mayor orgullo y la prueba de que todo ha valido la pena. Por eso, lo importante es sembrar buenas ideas en nuestros hijos, enseñarles valores, inculcarles buenos modales, guiarlos por buenos caminos y darles las herramientas para trabajar; solo así los alejaremos de la violencia, el peligro y las drogas. Luchemos por su educación porque no de otro modo, el país alcanzará la paz.

Ser madre no es una tarea fácil. Cada acto implica responsabilidades, y saber llevar a un hijo por el difícil camino de la vida es un acto de amor. Cuando una mujer es cabeza de familia, se convierte en el padre, la madre, la señora de la casa, la mujer trabajadora, una compañera, una sicóloga y ojalá, una gran amiga. Por eso, hoy quiero decirles a las jóvenes que se preparen antes de engendrar un hijo y tomen conciencia de las responsabilidades que esto trae; porque una relación sexual, planeada o no, solo dura unos minutos, pero criar un hijo, amarlo, es una responsabilidad para toda la vida.

El amor hace la diferencia

Comprender a nuestros hijos, para que no estén solos y tomen caminos equivocados en una sociedad que los juzga y los cuestiona, es importante; pero es más valioso aún, que cuenten con su familia, puedan tener oportunidades en su vida y sepan que sus padres están ahí, para apoyarlos.

Liliana María Arango Moreno



Laura junto a su madre, Liliana Arango.

Esta historia es una parte de mi vida que me gustaría compartir. Cuando lo pienso, sé que hay muchas anécdotas que podría contar, pero me decidí por un pasaje, que seguramente tocará el corazón de algunos padres y será de gran utilidad para sus vidas. Esto es lo que espero.

Mi nombre es Liliana María Arango, vivo en el barrio El Porvenir de Itagüí, y soy la penúltima de cinco hijos. Me casé en 1990, con Luis Fernando Montoya, cuando apenas tenía veintiún años. Dos años después esperaba un bebé. Recuerdo que sin conocer si éste sería niño o niña, porque en ese tiempo las ecografías no eran lo más común, opté por creer que era un niño y comencé a llamarlo Mateo; me ilusionaba que mi primer hijo fuera un varón.

Al conversarle o cantarle algunas canciones, siempre lo llamaba así. Ese bebé, mi única compañía mientras viví en el municipio de Rionegro, era, obviamente, mi mayor desvelo durante buena parte del día. Cuando me llevaron al hospital —el parto duró cincuenta minutos— le pregunté a la enfermera que me asistió cuál era el sexo del bebé. Ella, muy emocionada me dijo que era una niña; y entonces, yo, muy sorprendida, solo atiné a exclamar un descolorido ¡ah!, por el cual recibí los merecidos reproches de la enfermera, quien no paraba de decirme que había tenido una niña muy bella y sana, razones suficientes para algo más que ese ¡ah!

Laura fue el nombre que recibió el día del bautizo, en honor a Laura Ingalls, uno de los personajes más tiernos de la serie televisiva: la familia Ingalls, que tanto me gustaba. A medida que crecía, Laura se mostraba cada vez más inteligente, de una personalidad arrolladora y, por cierto, muy hermosa; cuando llegó la adolescencia todos los niños querían que ella fuera su novia, la admiraban mucho y ella sobresalía en cada cosa que hacía. Como muchos padres, nosotros procurábamos darle los gustos que estuvieran a nuestro alcance, y aunque observábamos que los hombres la buscaban, ella siempre se mostraba muy arrogante con ellos.

Laura fue muy noviera, pero no se enamoraba. Seis meses después de cumplir quince años, me manifestó que no le gustaban los hombres. En ese momento, no le presté atención y el tema pasó inadvertido. A los dieciséis años, una vez se graduó del colegio, volvió a comunicarme que no quería tener novio, y que se sentía atraída por las mujeres.

Al comienzo, yo no lo acepté y me negaba a creer que fuera cierto. Mi relación con ella cambió radicalmente, dejamos de ser las amigas que éramos. Mi esposo lo asimiló fácilmente, pero yo no, porque además, la historia en el barrio se convirtió en un tremendo escándalo, toda una “bomba”, pues varias vecinas no dejaban de murmurar sobre lo increíble que les parecía

ver a esa hermosa niña, a la que solo le gustaban las mujeres. La convivencia en la casa se vino abajo; y ella, afortunadamente, ingresó a la Universidad, lo cual nos separaba una buena parte del día.

Mi esposo la apoyaba en todos sus proyectos y mientras ella iba a la universidad, él me aconsejaba cómo manejar la situación. Un día inesperado llegó el momento en el que comprendí que se trataba de algo que no se planea, y acepté que ella había tomado una decisión. No fue fácil, pero el amor de una madre y la unión familiar me ayudaron a trascender mi lectura de los hechos.

Hoy, Laura es diseñadora gráfica, y estudia además, comunicación audiovisual; es una excelente persona, sus amistades son jóvenes, preparadas y con costumbres muy sanas; con su novia, una ingeniera civil, comparte muchos de sus sueños; y mi esposo y yo las queremos mucho y tratamos de apoyarlas en todo lo que se proponen.

He aceptado publicar esto, porque espero que a usted como padre o madre, le ayude a aprender lo valioso que es tratar de entender a nuestros hijos, para que al sentirse acompañados, no tomen caminos equivocados, en una sociedad que los juzga y los cuestiona minuto a minuto. Por eso, contar con la familia, y brindarles el apoyo necesario es la mejor manera de ratificar su llegada a este mundo.

Nadie dijo que sería una tarea fácil, y nadie tampoco nos dice que ser madres implica enfrentar día a día diversos porqués, y la mejor forma de hacerlo es mediante la luz que nos ofrece el amor.

Desilusión

Desde mi niñez los paisajes de colores me han rodeado; crecí entre montañas, ríos y amaneceres preciosos. De los caminos de la tierra que me parió, brotaban frutas de olores y sabores exquisitos; de ellos también manaba el agua que daba gloria a mi cuerpo y crecía la caña dulce, para que mi gente tuviera de qué vivir. Quizás, lo más hermoso de mi tierra eran aquellos anocheceres de cielos estrellados y los caballos que cabalgaban en contra del viento.

Luisa Fernanda Osorio Echeverry



Luisa Fernanda Osorio junto a su hermano mayor Olbeymar y su hermana menor Camila.

Nací en una familia compuesta por mi mamá, una mujer de ojos claros, piel clara, manos suaves, estatura baja, cabello negro y alma guerrera; mi hermano mayor, un hombre de pocas palabras, trabajador, manos toscas y con un carácter fuerte; mi hermana menor, una

niña consentida, delgada, de cabellos negros y lisos, veleidosa y con una sonrisa preciosa, aderezada por demás, con dos hoyitos en las mejillas; y mi padrastro (el padre de mi hermana), un hombre alto, serio, de manos toscas y mirada profunda.

En 2005, el viento me trajo a estas calles duras y rocosas; el río me abandonó, dejándome a la deriva en muros que aprisionaban mi sentir; los caballos fueron reemplazados por ruidosos carros, y en las mañanas, el humo de las ladrilleras se tragaba los colores del amanecer. Pero con el tiempo, todo se hizo costumbre, El Pedregal, en Itagüí, me aceptaba dentro de su hogar y el viento nuevamente me abrazaba en medio de melodías de tambores y ritmos de porros y cumbias.

Ahora, la costumbre se tornó en amor por las nuevas tradiciones y las líneas que tatúan mi piel dan una identidad a lo que mis ideales representan, porque a pesar de que en este entorno, lo malo está a flor de piel, esas personas que suelen utilizar el lenguaje del cuerpo y el corazón, están ahí, en este mundo en el que las sonrisas siguen siendo el mejor medio de comunicación; donde las delicadas e inexpertas manos que anhelan tatuar muros con frases de aliento y sinceridad son las más esperadas; y donde la sinfónica melodía de las diversas voces deberá combinarse para contar la historia de toda una vida: la historia de sus vidas.

En estas tierras, las miradas son soles que tratan de maquillarse, pero aún así es imposible no llorar. El talento de pequeñas semillas no para de aparecer; y, por ello, es preferible golpear un tambor que tocar el acero del fuego que consume vidas; soplar una trompeta y tocar un platillo al ritmo de la lira, que perseguir sueños artificiales que, con seguridad, se desgastarán más rápido que la piel. Por aquí, el blanco y negro suelen juntarse en una pantalla que trata de absorber mentes, pero estas prefieren apreciar el tremendo colorido de las calles, oír las risas de los niños, comprender los sueños de los jóvenes, el trabajo de los adultos y la sabiduría de los viejos.

Una vez el barro modeló algunas de mis experiencias, también transformó mis pensamientos y mi hogar. Mi familia está compuesta ahora, por mi madre (34 años), la mujer que cada día se levanta con ganas de vernos crecer y por eso, trabaja duro para lograrlo; sus ojos no son tan claros como los que guardan mis recuerdos, pero su alma sigue siendo noble y su carácter rudo; mi hermano mayor (18 años), es un joven comprometido,

responsable, trabajador e igual de callado que la imagen que conservo de él desde niña; mi hermana menor (13 años), es una niña bipolar, alegre y bella. Y finalmente, estoy yo (17 años), una joven también bipolar, de pensamiento crítico, la única en la familia que escucha metal, ama el rock, el rap, el dibujo animado, el arte, en general; y por supuesto, la desilusión que me genera la sociedad actual.

La sala de mi casa

“Arroz con leche, me quiero casar con una señorita de la capital, que sepa coser que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a pasear. Con ésta sí, con ésta no, con esta señorita me caso yo”.

Fanny Clavijo Moná



Graduación de preescolar de Jhon Castaño junto a su maestra Fanny Clavijo.

La sala de mi casa solo funciona como tal, los fines de semana. Los otros días, las fotos de diversos niños entre los cuatro y los seis años, varias mesas y cuadros de colores y las juguetonas tonadas de unas canciones infantiles se apoderan de mi vivienda.

De esto, hace ya veinte años, pues todo comenzó cuando acepté dedicarme por completo al trabajo comunitario. Los niños, esos seres que alegran cada instante con sus sonrisas, le han dado a mi vida durante todo este

tiempo, las razones para comprender la importancia de ser madre comunitaria: una labor social que nos tiene ocupadas todo el día, todos los días. Con el tiempo he entendido que las palabras descanso y crianza no se la llevan bien.

Nadie me lo dijo, y eso ha sido lo mejor, que desde aquel febrero de 1993, tendría que cumplir con muchas funciones: amiga, madre, maestra, enfermera y psicóloga son solo algunas maneras de nombrar mis quehaceres. Don Nelson Chica, el hombre noble y trabajador que me acercó a este gremio, me lo dijo muy sencillo: serás educadora de la niñez.

Quién lo iba a pensar, el amor y la desilusión, dos palabras contradictorias, alimentaron la pasión que siento por los niños. Al comienzo, todo estuvo marcado por épocas de muchos problemas familiares, que me hicieron cada vez más fuerte al saber que tenía que darle lo mejor a mis tres hijos: Lina Marcela, Jhon Esteban y Julián David, de treinta, veintiocho y veintiún años, respectivamente.

Durante estas dos décadas, fui también representante legal. Lo hice por siete años, en los que tuve múltiples obligaciones: citar a las madres comunitarias que tenía a cargo, organizar la nómina de todas, dictar varias capacitaciones y cuadrar las cuentas de los proveedores, son las que más recuerdo. En esa época recibí amenazas y extorsiones; a mi hijo menor, que ahora tienen veintiún años, le dieron un balazo en el brazo izquierdo. Él estudiaba en el SENA, y dejó de ir porque todo eso nos asustaba mucho. Nunca supimos quién disparó y tampoco queremos saberlo, me basta con tenerlo a mi lado y verlo salir adelante.

Después de contarles todo esto, no creo que alguien dude de la transformación que he vivido por ser una madre comunitaria. Lo digo porque durante estos veinte años, mis días han estado marcados por una imagen: a las cinco de la mañana y doce horas después, a las cinco de la tarde, muchos padres tocan a mi puerta al confiarme o para recoger a sus hijos. Yo sé que muchos hacen parte de familias con grandes problemas; que se trata de niños huérfanos, desnutridos, maltratados, violados o de familias de desplazados; seres necesitados de mucho amor.

La media mañana, el almuerzo y la merienda son las tres comidas que reciben al día. En apariencia, es mucho, pero muy pocos saben los milagros

que hay que hacer con lo poco que nos suministra el ICBF. Antes, las cantidades de comida era lo común, pero ahora una papa debe alcanzar para diez o más niños. Por eso, es que hago gestión como madre comunitaria, para conseguir más recursos, con el fin de ofrecerles una comida digna y sana.

En el barrio me conocen como la “mamacita”, por ser la madre de casi todos los niños del sector. Más que un apodo, es otra manera de saber que cada niño, además de crecer a mi lado, es también mi mayor compañía en este oficio, que no me canso de promover cada vez que me lo piden; antes me daba miedo hablar en público, ahora no hay quien me baje de una tarima. Cada vez que me subo, pienso en todo lo que he construido durante estos veinte años; en que a mi manera, yo he sido la madre de cada uno de esos niños que ha jugado en la sala de mi casa.

La mujer de Itagüí sí participa

He luchado por demostrar que la mujer de Itagüí sí participa y que ha recorrido un largo camino, arduo en verdad, pero real.

Martha Lucia Villa Arango



Participación de Martha Lucia Villa en el II Foro de la Mujer “por la equidad de géneros”.

Valentía, astucia, gallardía e inteligencia son algunos de los adjetivos con los que se puede describir a una mujer. Desde épocas pasadas, muchas mujeres se la jugaron hasta dar su vida, por defender y conquistar nuestra libertad. Yo trato de no olvidarme de esto.

Recuerdo que comencé a asistir a eventos políticos, sociales y culturales cuando apenas tenía dieciséis años; y hoy, después de tanto tiempo, aún veo con preocupación la cacareada participación de la mujer; es decir, la no participación activa de las mujeres. Por ello, me he preguntado muchas veces qué es en realidad, participar; cómo se debería participar y cuál ha sido la participación de la mujer, desde diferentes aspectos.

De mis primeros años de “participación”, llamémoslos así, recuerdo que éramos varias mujeres llenas de perspectivas, sueños e ilusiones, las que queríamos sumar nuestros esfuerzos a aquellas iniciativas, pero en esa época –todavía hoy sucede- nuestra colaboración se limitaba a realizar acciones complementarias a las del hombre, tales como la decoración de los espacios y las ventas de empanadas o gaseosas, por decir algo; unas acciones necesarias, pero que igual nos ubicaban en un segundo escalón, casi invisibles. Esa forma de “participación”, difícilmente puede transformar la ciudadanía, y mucho menos, convertirnos en gestoras y fiscalizadoras de las distintas actividades que potencializan la calidad de vida y la convivencia.

Hace cincuenta y seis años, gracias a que obtuvimos el derecho al voto –en América fuimos de las últimas- las mujeres colombianas comenzamos a incidir en los procesos sociales y políticos de otra manera. Sin embargo, es innegable que todavía hoy son muy pocas las que ocupan los cargos de elección popular.

En 1972 recibí la cédula de ciudadanía. Así, pude votar en las siguientes elecciones. Hasta ese año yo no hacía otra cosa que acompañar a mis padres cuando éstos iban a sufragar. La tinta indeleble era el mecanismo empleado para controlar la múltiple votación. Esa tinta, roja en aquel momento, aún hoy lo recuerdo, no desapareció de mi dedo por varios días.

Desde aquella vez, el día de la votación es para mí, un mensaje que me impulsa a luchar por mejorar nuestra condición como ciudadanas, formarnos para comprender y defender no solo los deberes y derechos de las mujeres, sino también, los de los hombres. Entender que la igualdad y la equidad son principios orientados a garantizar la participación de ambos géneros -mujeres y hombres- es esencial para emprender diversas tareas encaminadas a alcanzar el desarrollo de todas las personas, y por supuesto, de las comunidades.

Capacitarnos en liderazgo, participación ciudadana, elaboración y ejecución de proyectos hace que las mujeres de Itagüí aportemos de verdad, a la transformación familiar, comunitaria, social y política; pero tal vez más importante, que crezcamos como personas. Debo reconocer que a las mujeres itagüiseñas nos hace falta ser más responsables con nuestro futuro, continuar con los procesos de capacitación que emprendemos y fijarnos metas claras.

En 1980, decidí hacer parte de las mesas de trabajo por la paz, para elevar la autoestima de los jóvenes. Al brindarles comprensión y escucharlos con amor y respeto, pude comprender la importancia de la mujer como mediadora en los espacios de negociación de conflictos y construcción de ciudadanía. Se trata de adquirir visibilidad en los planos social, cultural y político; y lograr así, como consecuencia, transformarnos a nosotras mismas, al erradicar el concepto de sumisión de nuestro interior.

La muerte de mi hijo, hace ocho años, y la pérdida de mi casa, me ayudaron a comprobar que soy una mujer valiente y comprometida con mi comunidad. A pesar de la larga historia de desigualdades sociales que hemos padecido las mujeres, nuestro papel es fundamental en la historia, razón por la cual, la participación es indispensable para conseguir ese anhelado desarrollo sostenible, del que tanto se habla hoy.

Somos nosotras mismas las que tenemos la oportunidad de no brillar más por nuestra ausencia en la formulación y ejecución de las políticas públicas, para que así, esas decisiones sean tomadas conjuntamente por hombres y mujeres.

Los golpes que he recibido, los he superado gracias a la confianza y fortaleza que me han brindado Jesucristo y la comunidad. Él me ha proporcionado sabiduría para continuar con este trabajo, y ésta, la comunidad, me ha permitido demostrar que la mujer de Itagüí si participa, impulsa su vida y las de los demás.

Después del ocaso, una sonrisa siempre viene bien

Aprendí el valor de una sonrisa. Cada día hay una oportunidad para ser felices, esa sensación de libertad me hace fuerte y me hace confiar en mi propia voluntad.

Miryam Vásquez Acevedo



Miryam Vásquez en su época de adolescencia en Medellín.

En el 2000 llegué al barrio La Unión en el municipio de Itagüí. Allí vivo en un apartamento de cuarenta metros cuadrados, muy pequeño; pero aunque suena raro, fue aquí donde por fin me sentí libre.

Mi papá se llamaba Norberto Vásquez. Él era una persona sencilla, amable, muy cálida con los demás, y en especial con sus hijos. Cuando empecé a tomar conciencia de la vida, vi como a mi lado nacían y nacían cada vez más hermanos. Varios de ellos, murieron a causa de la desnutrición, los que hoy estamos vivos, puedo decirlo, le ganamos a esas terribles circunstancias: somos “ganadores”, así me considero.

Los primeros años de mi infancia, los pasé en Heliconia-Antioquia, un pueblo grato y amargo, a la vez. Allí, mi madre, una mujer guerrera, vendía junto a mi padre, almojábanas, empanadas, y arepas, los productos que soportaban el diario vivir de la familia. Ella, Débora Acevedo, hoy tiene noventa y un años, y siempre la recuerdo por su carácter fuerte, puedo decirlo, era incluso, afecta a maltratarnos.

Entre los seis y los diez años todo transcurrió dentro de la normalidad. Mi padre tenía una huerta, en la que cosechaba varios alimentos para vender y guardar durante las épocas de crisis. Pero todo cambió cuando él empezó a enfermarse y a pasar mucho tiempo hospitalizado en Medellín. A mi corta edad, era difícil entender lo que eso significaría para nuestras vidas, máxime cuando mis abuelos y las tías nos contemplaban mucho.

Yo sentía que no me fallaba nada y estaba muy tranquila, me sentía libre. Puedo decir que mis “aterrizajes” sucedían cuando mi madre me levantaba a golpes, aunque siempre, papá lo arreglaba todo con un beso, algo que le molestaba a ella, porque nunca se cansó de repetir que yo era rebelde porque él me sobreprotegía.

Un domingo, día de la madre, fue la última vez que vi a mi papá con buena salud. Desde ese día, ya no se levantó más de la cama. Y eso me obligaba a despertar del sueño maravilloso que fue mi infancia. Su esposa y sus hijos quedamos a merced de Dios y al producto de las ventas que mi madre realizaba diariamente.

El último día que vi a mi papa con vida fue un 14 de agosto; las palabras que pronunció para despedirse de mí fueron: “hija, usted va a sufrir tanto por su rebeldía, pero igual, va tener que ver por su familia; nadie le va agradecer nada y va a terminar sola...”, aquel día mi papá leyó el futuro que me aguardaba. Desde ese momento hasta hoy, siempre me he preguntado ¿dónde está la familia de mis padres?, siento que se avergonzaban de nosotros y nos abandonaron, pa’ Dios que nunca lo entendí...

Pero el recuerdo de mi padre siempre vuelve a mí, cada vez que evoco la canción que interpretaron sus amigos, el día del funeral:

Adiós, con el corazón,
que con el alma no puedo;
al despedirme de ti,
de sentimiento me muero.

Tú serás el bien de mi vida,
tú serás el bien de mi alma,
tú serás el pájaro pinto
que alegre canta por la mañana.

Mamá solo tenía ojos para sus hijos hombres, los protegía mucho; ahí sí, una sobreprotección que les hizo mucho daño. Mis hermanos se dejaron arrastrar por el camino de la drogadicción y otros vicios. Uno de ellos, que ya murió, se la pasaba entre el alcohol, la drogadicción, el abuso sexual y otras actividades, que me causan dolor apenas las menciono. Él abusó de sus tres hermanas, yo entre ellas; y que ironía, fui la más afectada, porque a partir de entonces, no permitía que nadie se acercara y me comportaba de forma muy agresiva. Mi madre siempre lo supo, pero se hacía la que lo ignoraba.

Solo pude estudiar hasta quinto de primaria, pues a mis once años llegué a Medellín para trabajar en una casa de familia. A esa edad, yo no sabía nada y ni siquiera alcanzaba la estufa. Mientras mi hermana Amparo y yo trabajábamos, mi madre y mis otros hermanos hacían de las suyas... Ahora que lo pienso “que inocencia la mía, ver todo aquello como si fuera normal”.

Sé que no está bien hacerlo a esa edad, pero en mi caso, haber empezado a trabajar desde los once años, me convirtió en una líder dentro de la familia, así ellos piensen que soy una mujer brava, y hasta me llamen “Ogro”; lo paradójico es que de una manera u otra siempre están detrás de mí, cuando las cosas les salen mal, pero cuando van bien, simplemente desaparecen. También me llamaban “la zanahoria”, porque ni cigarrillo fumaba y solo pensaba en trabajar.

Cuando cumplí los dieciocho años decidí volver a casa, pero allí me enfermé a tal punto que no volví a salir a la calle, me enflaquecí tanto que casi muero. Pero un ángel de la guarda se apareció en la casa, un amigo de mi padre, llamado Alberto me contrató para trabajar en su restaurante del centro de Medellín.

Después de trabajar un tiempo allí, ingresé a laborar en Industrias HACEB. Allí, conocí a un hombre espectacular, Miguel Rojas. Él me enseñó lo que es amar, estuvimos cuatro años juntos, pero luego, me di cuenta que era casado.

Una noche de 1989, hallé a otro hombre, a quien también creí que sería el hombre de mi vida, René Betancur, pero que luego se volvería la más grande tortura de mi existencia. Era un tipo muy atractivo, de ojos verdes, a quien le abrí las puertas de mi casa y de mi corazón, sin saber que todo estaba en mi contra. Por esos días, mi anterior amor, Miguel, apareció de nuevo para suplicarme que no me casara. El día de la boda, debo confesarlo, no me sentía enamorada; me casé a las doce del día y solo dos horas después, en pleno matrimonio, oí la primera alarma -la suerte estaba echada- mi esposo se convirtió en una persona celosa y agresiva, que no respetaba para nada mi intimidad. En uno de sus ataques de rabia llamó a cada uno de los hombres que aparecían en mi agenda, e incluso, llamó a la esposa de Miguel y le contó todo, yo quería salir corriendo.

Mientras trabajaba en HACEB, me descubrieron una falla cardíaca que se agudizó con semejantes problemas. René seguía hasta mi sombra y creía que todos los hombres eran mis amantes. Hoy, tengo un marca pasos, y por culpa de esa falla cardíaca estuve hospitalizada durante tres meses. El cardiólogo le decía a René que sus terribles celos me habían enfermado, y hasta llegó a decirle que me quedaba un año de vida: “si no la cuida, yo me encargo de alejarla de usted”, le dijo varias veces. Yo seguía con él, estaba como embobada, pero después me di cuenta que su madre practica la brujería y la magia negra, y creo que era ella la que me tenía atada a él.

En el 2000 llegué al barrio La Unión del municipio de Itagüí. En un apartamento de cuarenta metros cuadrados, muy pequeño, sentí como hace tanto tiempo no lo vivía, que por fin, era libre. Un día llegó a mi casa la señora Yancelly Castaño con una revista de ÉSIKA, y después de hacermé varias preguntas sobre mi vida, me invitó a trabajar en este proyecto. A

ella, le aprendí el respeto y la capacidad para escuchar a las personas. Fui de las mejores líderes de Medellín, y llegué a manejar unas ciento cincuenta vendedoras; en dos ocasiones tuve la oportunidad de viajar a Bogotá y me gané incluso, un viaje a San Andrés con todo pagado.

Vivir en el barrio la Unión cambió mi vida. Aquí, he aprendido a valorar las cosas simples, como por ejemplo, una sonrisa. En la actualidad, soy conciliadora de la Junta de Acción Comunal, que a pesar de los problemas, las envidias y las rivalidades que se viven en ella, me ha ayudado a tomar conciencia de lo importante que es trabajar por los niños de mi sector, y luchar para que tengan una vida digna y no caigan en los vicios: la principal motivación para promover las distintas actividades lúdicas y formativas que organizamos, y con las que espero, lleguen a formarse como personas de bien, que puedan cumplir todos los sueños que se tracen.

Mis años maravillosos en “nuestro lugar”

Las experiencias vividas, sentir los pasos y el bullicio de los niños que juegan y murmuran mientras se dirigen a sus escuelas, disfrutar de los recursos que nos brinda la naturaleza, compartir juegos tradicionales, son algunos de los componentes de mis años maravillosos.

Omayra Osorio Duque



De conjunto verde azul Omayra Osorio visita con su familia el Zoológico de Medellín.

Abrir aquella puerta, la de atrás, era saltar a un mundo mágico, lleno de juegos, vivencias y ensoñaciones que se hacían realidad por esos senderos que recorríamos de niños. Nuestra alegría iba acompañada del verde de los árboles, del verde de la manga, que le competía al

asfalto de las calles. Durante mi niñez, atravesar mi casa era poder respirar aire frío, pero sobre todo, fresco.

Cuando apenas tenía siete años –en 1966– diversos árboles frutales, una pequeña quebrada y muchos animales eran todo mi universo. Mi infancia, la época sin duda, más feliz de mi vida, estuvo rodeada de historias que se armaban y desbarataban en segundos, de lo que a primera vista era increíble y luego se hacía posible.

Eso que llamábamos “Nuestro lugar”, propiedad privada de la Cervecería Unión-Pilsen, era la felicidad de muchas familias que se acercaban a mi casa, la cual era la única que contaba con ese umbral a la aventura. Al abrir la puerta trasera de mi casa, sacábamos algunos adobes, que hacían las veces de sillas, con el objetivo de apreciar las zonas verdes, el infaltable azul del cielo, y escuchar además, el melodioso ruido del agua que seguía su cauce en la quebrada.

Los tarros de leche KLIM o de galletas La Rosa eran los recipientes en los que recogíamos una gran variedad de frutas, que nos obsequiaban aquellos árboles: guayabas, moras y uchucas eran nuestro mecate. Bañarnos en la quebrada y atrapar peces de coloridos visos eran nuestras distracciones después de la escuela.

Mi niñez, al igual que mi juventud y mi adultez, estuvo acompañada de amigos y vecinos. La escuela también me resulta inolvidable, pues aún tengo en la memoria a la señorita Consuelo, mi profesora de básica primaria, a quien la distinguía el suave aroma que dejaba a su paso. Todavía recuerdo aquellos pañuelos con olor, que ella usaba para quitarse el maquillaje. Todas las niñas luchábamos por obtenerlos y llevarlos a casa. Ese era nuestro pequeño gran reto de aquellos días.

Cuando llegaba diciembre, nuestro plan se concentraba en ese “Nuestro lugar”. Con mi padre escogíamos el árbol de guayabo que se convertiría en el árbol de navidad. En la emisora Radio Nutibara oíamos los villancicos que alegraban las novenas, en las que además, compartíamos los dulces de breva o papaya, la natilla, los buñuelos y las hojuelas. Había comunidad y compartir era un asunto real, no de los comerciales de radio o televisión.

Reunidos, así lo pasábamos, uno de los valores que rescato de aquella época, jugábamos diversos juegos tradicionales como el “materile lirero”, “el

escondidijo”, “la tiene”, o “el pañuelito robado”, las distracciones en las que gastábamos tardes y tardes en nuestro querido barrio El Callejón. Unas actividades que en la actualidad se ven muy poco por el tremendo tráfico, la falta de espacios y la inseguridad. Es triste que los niños de hoy no puedan hacer muchas de las cosas que hicimos en las generaciones pasadas, los juegos tradicionales, eran la mejor manera de socializar con otros niños, con otras familias, sean cosas del pasado.

Casi todos éramos hijos o hijas de padres obreros. En el barrio El Callejón, la gente se ha caracterizado por ser trabajadora, buenos vecinos y muy serviciales. En esa época los obreros tenían muchos beneficios. Las empresas les ayudaban a comprar la casa y les ofrecían, además, muchas ayudas a sus familias en temas como la salud, la educación y la recreación.

No puedo ocultarlo, todavía hoy retumban en mi cabeza los pasos y el bullicio de los niños que juegan y murmuran mientras se dirigen a sus escuelas, Poder disfrutar de los recursos que nos brinda la naturaleza, compartir juegos tradicionales, los componentes de mis años maravillosos, son ahora mis mejores recuerdos.

Unos años más, unos menos, ¿qué tanto puede cambiar la historia?, seguramente todo depende de nuestros proyectos. Mi infancia representó y representa, lo digo otra vez, mis años maravillosos. Durante ellos, todo fue felicidad, una época de ensueño que quedó grabada en mi mente, y por la cual le doy las gracias a Dios todos los días.

Sí se puede

A veces, cuando estoy deprimida, pienso que mi niñez fue un desastre, ya que nací y me crié en el Barrio Antioquia; un lugar donde las mujeres parecen destinadas a ser prostitutas o traficantes de droga, y los hombres son narcos o zapateros.

Ana Patricia Pulgarín de Bedoya



Ana Patricia madre comunitaria modalidad FAMI del ICBF, en compañía de sus pequeños estudiantes.

Mi vida transcurrió en medio de muchas limitaciones económicas: no había plata para estudiar ni para los traídos del niño Dios, que al parecer siempre pasaba por encima de mi casa, sin

entrar jamás. Desde niña me ha gustado leer y crear divertidos mundos en los que yo era una princesa encantada o tenía los poderes de Samanta, la protagonista de Hechizada, que con solo mover la nariz, lograba todo lo que quería.

Un día, en la escuela fui elegida para ser la reina del salón, y lo único que necesitaba era que mi madre hiciera el vestido que luciría ese feliz día; pero ella no tenía plata para comprar las telas, y propuso en cambio, que ella, mejor le hacía el vestido a la vecina, que si tenía dinero. Entre lágrimas tuve que pulir y decorar con lentejuelas, subirle el ruedo y organizar los acabados de un vestido, que, en un comienzo, era para mí.

Cuando cumplí los quince años tampoco había dinero para nada; entonces, lo único que pude hacer fue callar y subirme al techo a llorar mientras le preguntaba a Dios por qué me había quitado a mi padre, pues si él estuviera conmigo, las cosas serían diferentes; eso pensaba yo. Como me pegaban constantemente, hasta por sospecha, en el barrio me apodaron la gata, ya que me la pasaba trepada en el techo de la casa.

Durante la infancia y la adolescencia tuve que demostrarle a mi familia que yo sí podía estudiar, ya que lo común por aquellos días era que solo se pensara que podíamos tener hijos y servir a los hombres. Por eso mi mamá me castigaba al prohibirme estudiar, algo que ella sabía que me gustaba muchísimo; y paradójicamente, tenía que volarme para ir al colegio. Recuerdo con orgullo, que muy pocas veces o nunca, falté a clases.

Hoy, puedo decirlo fui muy buena estudiante y una buena amiga de mis compañeras. Además, me quedaba leyendo horas y horas en la biblioteca, hasta que varios profesores, al percatarse de mi aprecio por el estudio, me postularon para ser becada en el colegio Santos Ángeles Custodios.

Allí, sostuve la beca por seis años y conocí muy buenas personas que me colaboraban sin parar, al prestarme libros o brindarme los almuerzos; yo, a cambio de ello, les ayudaba a estudiar. Cuando finalicé la secundaria, en el colegio me otorgaron una beca para estudiar administración de empresas en el CEIPA, de donde soy egresada. El dinero para los gastos adicionales, los conseguía como profesora personalizada de algunos de mis compañeros, entre quienes se hallaban los hijos de los dueños de Leonisa, Coltejer y otros grandes abogados.

Mientras estudiaba la carrera, me casé con Carlos Mauricio Bedoya, y a los quince días de haberme graduado tuve a mi primer hijo, Juan Carlos. Luego, empecé a trabajar y tuvimos otros dos, Sebastián y Miguel Ángel. Trabajé durante muchos años, pero decidí retirarme para cuidar con más ahínco a mis hijos.

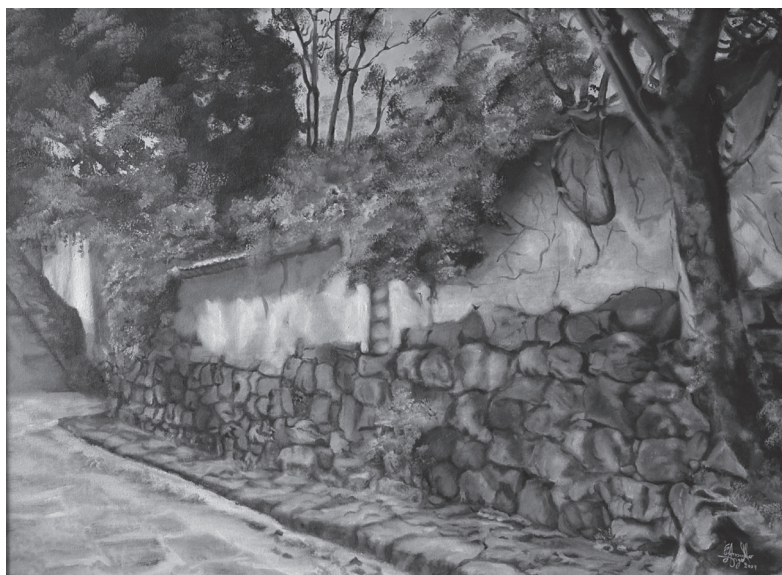
Ahora, estoy dedicada a enseñar a otros lo mucho que aprendí, porque uno puede hacer y ser lo que uno quiere sin importar de dónde venga o de quiénes esté rodeado. Pertenezco a la Junta de Acción Comunal de la urbanización Villa Lía y soy madre comunitaria modalidad FAMI del ICBF, en donde asesoro catorce familias de la comunidad. A todas ellas les brindo las herramientas necesarias para que tengan mejores oportunidades de vida.

Cada día recapacito y le doy gracias a Dios, a mi familia y a mi madre por haber hecho de mí una persona íntegra, responsable y con grandes deseos en la vida, pues siento que todas esas situaciones que aquí he narrado, fueron la fuente de inspiración para las acciones que determinaron mi existencia. El pasado sí perdona, si tú lo perdonas y sobre todo, si lo transformas.

Matices

“Entre una y otra travesura siempre soñaba con ser pintora; la quebrada doña María, cercana al lugar en el que he vivido desde niña, fue uno de mis sitios de juego preferidos; allí brincaba entre sus piedras lamosas, mientras contemplaba en sus orillas los árboles de sauce llorón, que inclinaban sus ramas hacia el agua. Ignoro si lo hacían para beber o para escuchar el mismo murmullo que yo oía: ¡dibújanos! ¡dibújanos! era lo que yo escuchaba, y entonces, con el dedo índice comenzaba a trazar en el aire, algo parecido a las curvas de esas ramas que el viento mecía con suavidad”.

Consuelo Ángel Bustamante



“La tapia”, oleo sobre lienzo, Consuelo Ángel B. 2009.

Nací en noviembre de 1948, en el hogar formado por Abraham Ángel Restrepo y María Bustamante Posada; fui la menor de nueve hijos. Mi nacimiento fue bien recibido tanto por mis padres como por mis hermanos. Mi niñez estuvo rodeada de mucho cariño, por lo que fue muy grata.

En mi infancia fui traviesa como las más; mis amigos, amigas y sobrinos se divertían con los juegos que inventaba, como ese que consistía en subirme al púlpito del templo de Nuestra Señora del Rosario, para exhortarlos con los brazos abiertos y decirles: aquí se viene a rezar y no a dormir; y no sean hambrientos, colaboren con las limosnas.

Cómo olvidar los bellos recuerdos de mi querido hogar: la vivienda fue construida en un terreno heredado de Manuela Posada, mi abuela materna. Mi hermana Elena, me contaba que al empezar a hacerla era tal la felicidad de mi madre, que solía limpiar cada nueva pieza que ponían, sin importar que fuera un adobe o la estructura del techo, hecho por demás, de cañas y tejas. Las limpiaba, tal vez como una manera de entender que cada vez estaba más cerca el día en que dejaría la casa de su hermana Carlina, para irse junto a su esposo y sus hijos, sus grandes adoraciones, a una casa que por fin les pertenecía.

Durante algunas noches serenas nos sentábamos al aire libre a contar historias de aventuras y espantos, y a entonar canciones como *El Zorzal*, *Las Acacias* y *Tardes Caucanas*, que mi hermano Alfonso interpretaba con gran nostalgia.

Al frente de la casa había una tapia; era el lindero de la casa finca de Roberto Saldarriaga, ésta terminaba recostada en la ceiba llamada por los Itagüiseños “el palo del diablo” que adquirió fama como el sitio favorito de los espantos, pues según la leyenda, allí en algunas noches tenebrosas se veía, unas veces, una caja pequeña con un perro negro encima, y otras, a un hombre alto de sombrero, que mientras caminaba se empequeñecía; y claro está, en otras más, al más común de los espantos: el mismísimo Satanás.

En esa ceiba comenzaba el lindero de la finca de don Jaime Vélez, a la que se llegaba por un sendero marcado con eucaliptos. El entorno me ofrecía los más bellos contrastes de colores y de luz y sombra; y yo, con semejante ambientación, convertía mi mente en un gran lienzo en el que dibujé mis

primeros cuadros, que más tarde plasmara en lienzos y papeles de verdad, con la misma complacencia con la que recorría esos lugares.

Como mi hermana Elena era modista, yo tomaba sus cuadernos de tallas para dibujar allí, incluidas muchas veces, las pastas, algunas casas, nubes y flores. Hoy lo digo con gran alegría: disfruté todos los juegos infantiles de la época, corrí por los prados y cañaduzales de las fincas próximas hasta la ribera del río Medellín, mientras degustaba toda las frutillas silvestres que encontraba a mi paso.

Siempre me ha gustado el arte y las manualidades, fue así como aprendí crochet, muñequería española, juguetería, encaje de frivolidé y diferentes bordados que hacía mientras escuchaba música, pues ésta, al igual que bailar, han sido mis diversiones favoritas.

En julio de 1981 ingresé a estudiar dibujo artístico en la Escuela de Arte Eladio Vélez, y mi sueño de ser pintora se realizó. Al lenguaje de la pintura le debo muchas satisfacciones: por largo tiempo tuve un taller en mi residencia, en el que dicté clase a muchas alumnas; algunas de mis obras han sido llevadas a otros países y aún hoy, continúo pintando con el entusiasmo que sentía en mis inicios; he participado en más de ciento cincuenta exposiciones colectivas y he presentado ocho individuales.

En el trascurso de mi existencia he pasado por las situaciones dolorosas inherentes a la condición humana. Agradezco a Dios, la familia en la que nací y de la que he recibido amor y apoyo sin par; y espero que con la ayuda del Altísimo, pueda seguir plasmando los colores en el lienzo y el papel por mucho, mucho tiempo.

Poeta de Dios

Descubrí que las palabras cantan, y son el ensueño de toda inspiración.

No estudié ortografía, porque me la enseñó el mismo Dios por medio de su más bella creación: la naturaleza.

*Aunque escribo burro con la v de vaca,
no cambio mi vocablo,
porque desde mi infancia descubrí
lo más sabio en el azul celeste del extensivo espacio.
Me inspiré con la luna y contemplé los astros,
entre negros crespones y sin vocabulario,
me enseñaron las cosas que desde mis quince años,
las vengo pregonando.*

Deyanira Restrepo Galeano



La poeta Deyanira Restrepo a sus 93 años. 2013.

No fuimos ricos, pero tuvimos una vida hermosa, rodeada de la naturaleza y de Dios. En mi recuerdo tengo las palabras que algún día pronunciara mi padre para ayudarme a entender lo que es la vida: “Hijita, trata siempre de pintar la vida con tu presencia”, esas diez palabras las llevaré conmigo hasta que muera, porque hasta para ese día, ya tengo elegido el vestido que usaré.

Nací el 27 de julio de 1920 entre las montañas de un pueblo antioqueño llamado Andes. Aunque no estudié, hace un buen tiempo trato de convertir las palabras en versos, siempre movida por la inspiración divina, algo que luego acompaño con los sonidos de un tiple y los de mi corazón.

Soy una alegre antioqueña nacida en una cabaña, soy de casta montañera como la yuca y la caña, adoro mis montañeros de mulera y de alpargatas porque llevan un coplero tarariando en su garganta; soy amiga de las mirlas porque alegran las mañanas y las flores porque riegan con su aroma las montañas.

Soy asidua compañera del carriel y de la ruana, porque ellos son nuestra herencia del abuelo y de la patria. Añoro el tiple y la lira, porque ellos fueron de mi alma amigos que engalanaron mis ilusiones tempranas, porque son primos hermanos del violín y la guitarra, porque roban corazones bajo la luna de plata.

Mi vida ha estado puesta al servicio de los demás, desde que tenía quince años. Vivo en Itagüí desde hace ya un buen tiempo. No me siento vieja, pues creo que el viejo es mi cuerpo, porque a mi alma la siento fresca y rozagante. Ya publiqué mi primer libro, al que titulé: *Una luz en mi ocaso*. Y en la actualidad, preparo uno más, también de poemas, con la ilusión de que quienes lo lean, los conserven en su memoria y me recuerden como la poeta que vino del cielo.

Para cada acontecimiento de mi vida tengo un relato. Escribo en varios géneros poéticos, entre ellos el costumbrista, porque me gusta recordar cómo hablábamos anteriormente. Y aunque soy consciente de lo mucho que maltratábamos el castellano, quiero compartirle este escrito dedicado a mis taitas:

Asina era mi taita, era negro como los pedruscos que engalanan las quebradas; hijo de taitas sencillos, pero de almas miceladas. Una joven campesina tejió su cuna galana al compás de un viejo tiple, que a su taita no faltaba.

Fue un negro honrado, sencillo; fue un puñado de amor y de calma, y se convirtió en coplero pa' conquistar a mi mama. Empezó al amor su lucha con los ritmos de su casta, y no le importó el invierno pa' ir hasta su ventana, a llevarle con sus coplas, un rumor de serenata.

¡Qué lindo que le cantaba! Qué lindo que le cantaba poniéndole toda su alma, diciéndole en son de arrullo lo que en silencio la amaba; y ella, mi mama, al escuchar sus coplas a su balcón se asomaba, pa' ver de cerca a su lempo que tan bueno le cantaba; qué cosas no sentiría por primera vez mi mama, al ver tan cerca a su negro trovándole en su ventana. Aprendieron a cantar las canciones de su patria sin conocer el solfeo, inspirados por sus ansias.

¡Qué bonito fue su amor! ¡Qué linda fueron sus almas. Al fin qué sé yo, se unieron en una iglesia cercana; por cierto, en un mes de mayo, en una hermosa mañana; no se cambiaban por naide viviendo en un casuchito, que el taita construyó un día de cafetos y palmillos. Que se adoraron mis taitas, lo juro por Dios bendito, que al principio y al final parecían dos tortolitos.

De su unión angelical nacimos diez paisanitos, bajo su amor sin igual, sanos y alegres crecimos; aprendiendo a tocar tiple y a rezarle a Jesucristo, pero cómo pasa el tiempo. Cómo pasa el tiempo digo, ya se murieron mis taitas, juntos se fueron pa' lejos, dejando solo en mi alma tristezas y lamentos. Hoy voy siguiendo sus huellas, por si acaso vuelvo a verlos, aunque sea en la eternidad, porque sé que se han ido al cielo por humanos y por buenos.

Nunca es tarde

Siempre me consideraron la más rebelde de la familia solo por querer estudiar, pero por ser mujer no lo pude hacer, pues mi padre no me dejaba, ya que en esa época se pensaba que solo debíamos saber cocinar y hacer los oficios de la casa

Doris Grajales B.



Doris Grajales en compañía de su nieto mayor, Rubén Darío.

Nací en La Victoria, un municipio del Valle del Cauca. Allí, crecí en un hogar humilde conformado por mis padres y cinco hijas, algo que acentuó cierta decepción en mi papá, que siempre quiso tener un hijo varón. Tal vez por eso, yo fui su gran acompañante y me mantenía siempre a su lado durante esos, los primeros años de mi vida.

Pero muy pronto, el hogar se desintegró, pues mi madre nos abandonó y entonces, mi padre, al quedarse con las cinco niñas decidió repartirnos entre sus familiares. Yo terminé en la casa de una tía, donde pensé que lograría estudiar; y aunque todo parecía que iba a ser así, pues allí pude ver e incluso medirme los zapatos y el uniforme que me habían comprado para empezar a estudiar, nunca fui a la escuela, pues una de mis hermanas quedó en embarazo y tuve que cuidar de ella y del bebé.

Poco tiempo después, cuando apenas tenía catorce años, yo también tuve a mi hija, a quien entré a estudiar con mucho esfuerzo, a pesar de que mi padre y mi pareja no querían que ella estudiara. Luego, mi compañero se casó con otra mujer y se llevó a mi hija, gracias a que mi padre le ayudó a despojarme de ella, que era lo que más había querido en la vida. Yo, casi me enloquezo, estuve mucho tiempo en shock y no hacía otra cosa que llorar y gritar. Con el fin de recuperarla fui a Bienestar Familiar y expuse el caso, pero allá me dijeron que el papá tenía derechos sobre ella si la tenía estudiando y porque además, su situación económica era muy superior a la mía.

Solo un año y medio después de que la alejaran de mí, pude verla. Aún recuerdo ese día como uno de los más felices y tristes de mi existencia: mi felicidad era incontenible porque pude verla, pero me dio mucha tristeza cuando supe que estaba muy aburrida y no quería volver con su papá. La tristeza de un hijo te deprime así eso signifique algo bueno para ti. Así las cosas, logré convencerlo a él para que ella estuviera conmigo un año, aunque luego, ella me dijo que quería vivir nuevamente con él, y así, yo solo la veía durante las vacaciones escolares.

A mi segunda hija la tuve a los veinticuatro años, y con ella me vine a vivir a Medellín en la casa de una hermana. Llegar a esa ciudad fue sin duda, un cambio muy brusco para mí, máxime cuando me fue muy difícil conseguir empleo y adaptarme, por lo cual tuve que irme para Santa Bárbara, donde vivía otra de mis hermanas.

Luego, regresé nuevamente a Medellín, y después de unos meses conocí a quien es hoy mi pareja, el hombre con el cual he vivido durante veinte años, aquí en Itagüí.

Al leer este par de hojas, yo creo que mi vida es para ustedes el mejor ejemplo para entender que antes de tener los hijos, las mujeres debemos educarnos. Hoy, los valores están perdidos y es difícil que una joven piense a largo plazo, pero de eso se trata la vida: de ser cautos.

Sin embargo, también quería dejar escrito en estas hojas que nunca es tarde para estudiar. En la actualidad, me hallo validando el bachillerato y aunque soy la mayor del grupo, ya voy en el noveno grado. Hace unos años yo pensaba que por ser tan vieja, ya no valía la pena estudiar, pero más allá de los títulos, lo importante es aprender a ver la vida de otra manera, y para esto, cualquier nuevo conocimiento que uno adquiera puede ser definitivo.

De lo que me anunciaba el futuro por el ambiente que me rodeó durante la niñez y juventud, ya no queda casi nada, por fortuna. Hoy, soy una mujer líder del barrio Playa Rica, que integra la Junta Directiva de la Acción Comunal, y a quien le encanta cada vez más, el trabajo comunitario y buscar otras opciones de desarrollo para el barrio que habita; por eso acepté ser parte de las veedurías ciudadanas de Itagüí. Mi motivación es superarme y saber que si uno hace algo por mejorar la existencia, lo hace también por el municipio que habita.

Gestora de paz

El estruendo de las balas al atravesar los vidrios y las paredes se sentía cada vez más cerca; afuera, los gritos, el ruido de las motos y las ráfagas se podían escuchar desde todas las casas del barrio la Unión. Luego, solo quedaba el silencio, ese silencio que deja la muerte al pasar.

Consuelo Estrada de Sanmartín



Consuelo Estrada participando de los procesos: Mujeres y letras de Comfenalco y Mujeres Visibles del Concejo Municipal de Itagüí.

Al día siguiente apareció un listado con los nombres de las personas que matarían esa noche: Cada muerte estaba justificada: unos por ladrones; otros, por violadores, asesinos o simplemente, por ser del bando contrario.

La Unión, un barrio humilde de tejas de Eternit y bloques de cemento, fundado en 1972 por el ex presidente Misael Pastrana Borrero, fue el foco de una violenta guerra contra la banda del barrio Olivares. Durante cuatro

años convivimos con el temor, la tensión, la angustia y la violencia que día a día acababa con nuestros familiares, vecinos y amigos. Esto originó el desplazamiento de muchas familias que huían no sólo del barrio, sino de Itagüí. Todo el municipio estaba bajo la mira de unos pocos, que siempre parecían más.

Como presidenta de la Acción Comunal, la gente acudía a mi casa para pedirme ayuda y proponer algunas opciones que frenaran el conflicto, pero yo no encontraba la manera de iniciar un proceso de paz, por el temor que me generaba involucrar la organización que represento. Fue así como decidí tomar el problema por cuenta propia y buscar una solución. Lo primero que hice fue intentar un acercamiento entre los combos, pero no había las suficientes garantías, y en realidad, ninguno estaba dispuesto a ceder. Por esta razón, hablé directamente con sus líderes para que iniciáramos un proceso de paz y convivencia. Yo me encargué de ser la vocera del barrio La Unión y otras dos personas, las del barrio Olivares.

Los líderes de las bandas propusieron reunirse en un sector neutro, que fuera cercano a ambos barrios. Ese día, todos los habitantes estábamos a la expectativa de lo que podría pasar, pues era la primera vez que los actores del conflicto se encontraban cara a cara, esta vez, sin armas, sólo con la intención de hablar y terminar con semejante guerra.

De repente, una caravana de motos que pitaban a su paso, recorría las calles del barrio Olivares, los que estábamos en el barrio la Unión pensamos que habría, una vez más, una gran balacera. Entonces, en medio de la incertidumbre tomé un taxi y me fui a buscarlos, pero cuando llegué, encontré a los muchachos en una tremenda fiesta con la comunidad, jugando fútbol y haciendo sancocho. Ellos, al verme, me alzaron con sus brazos y me agradecieron por ayudarlos a solucionar sus problemas.

Después de este gran acontecimiento, todos los vecinos nos reunimos en la iglesia y salimos a marchar por las calles de nuestros barrios con camisetas y banderas blancas, para celebrar la paz y la tranquilidad que tanto anhelábamos.

Durante el conflicto perdí a dos de mis hijos en hechos violentos, y realmente fue muy duro superar sus muertes, pero gracias a Dios, con el trabajo que realizo día a día en mi comunidad, he logrado distraerme y entender

que la vida, que las luchas, apenas comienzan, y que todos tenemos como razón de ser la familia y el barrio; que son la casa pequeña y la casa grande que siempre habitaremos.

A raíz del exitoso proceso de paz, la Alcaldía Municipal de Itagüí nos concedió unos contratos por seis meses para trabajar con treinta y seis jóvenes en labores de poda, siembra y limpieza de los árboles y otras zonas. Así, creamos una oficina a la que llamamos Rehacer. De ahí surgió mi trabajo como conciliadora en equidad, con el que formamos cincuenta líderes, que ahora tienen la oportunidad de trabajar en la Casa de Justicia del Municipio.

De todos los trabajos que he tenido, tramitar el proceso de paz y convivencia de mi barrio ha sido lo más gratificante que he vivido, porque sin la tranquilidad es imposible que la vida sea digna.

La flor del chiste soy yo

“Si visitas el barrio La Unión, yo te digo con seguridad, lo quieres con el corazón porque acá encontrarás libertad. Es un barrio de puertas abiertas, te reciben con el corazón, la gente más noble del mundo es del barrio La Unión”.

Edilma Salazar de Cano



Coloridas flores que adornan el jardín de la casa de Edilma Salazar.

Me gusta lo natural: una gran variedad de insectos y plantas rodean mi casa, ubicada en el barrio La Unión. Allí, una huerta con olor a plantas aromáticas; de coloridas flores, le dan la

bienvenida a todo aquel que visita mi pequeño refugio: un intento por evocar mis orígenes.

Nací en Altamira, corregimiento de Betulia- Antioquia, pero fui bautizada en Anzá, y soy madre de cuatro hijos, de los cuales murió uno. Unos cuantos datos a manera de abrebocas para contarles de mi historia en Itagüí, una historia que comencé a escribir cuando llegué a esta bella localidad, hace ya treinta y cinco años.

En 1987, un cruce de sonrisas me llevó a pertenecer a la Junta de Acción Comunal del barrio La Unión. Sí, una conversación y un par de risas para cerrar el encuentro con doña Consuelo Estrada, la presidenta de la Acción Comunal, por aquella época, me acercaron a un grupo entregado a la comunidad, donde he encontrado a mis mejores amigos. Desde entonces –ya hace 26 años- dedico mi vida a trabajar por el barrio. En la Junta he ocupado casi todos los cargos, con excepción de la fiscalía y la tesorería, funciones a las que le huyo con todas mis fuerzas. En el municipio, también pertenezco al grupo ecológico llamado CORPOGEDI, al club Amigos del Árbol y a la mesa ambiental.

Preocupada por los niños del sector, un día me acerqué a varios de ellos y les pregunté si querían conformar un equipo de fútbol. Más me demoré en decírselos, que ellos en armar sus grupos. Resultaron dos equipos, de ocho integrantes cada uno. Las “Águilas Negras” y “El Combo de la U”, representaron el barrio La Unión en los juegos comunales del 94 y el 95.

Las camisetas eran verdes y las pantalonetas, negras, como el buzo del arquero. Esos eran los colores que tres veces a la semana invadían la cancha del barrio, durante los entrenamientos; y claro, como yo era una técnica sin experiencia alguna, lo único que les decía era: “amores jueguen como ustedes juegan”. Todo el mundo les preguntaba quién era su técnico, y ellos, muy orgullosos, contestaban: doña Edilma Salazar, y entonces, todos se morían de la risa.

Durante los partidos, lo otro que hacía era cantarles “a la bío a la bao a la bim bom ba... La Unión...”, y decirles que no le hicieran caso a nadie, que ellos eran los mejores jugadores, les daba “moral”, como se dice. Lo único que sabía con certeza era cuándo metíamos un gol y cuándo nos habían hecho uno; pero aun así, llegamos a ser subcampeones en 1995.

Pero no sólo lo ambiental y el deporte me han gustado, la cultura también. Yo empecé como cuenta chistes, pero en 1987, la muerte de mi hijo me robó las ganas de contar historias graciosas. Empecé, entonces, a conversar con él en su tumba y esto despertó el deseo de escribir. Hoy, puedo decir que soy escritora y compositora, pues le escribí el himno al barrio La Unión, una canción dedicada a Itagüí y dos poemas titulados: “*A mi bella Itagüí*” y “*Parque Obrero, parque de los sueños*”. Lo de escribir no ha sido en vano, pues ya figuro con cinco poemas en el libro *Antología Poética* y tengo además, dos cuentos: “*veinte muertos por una vaca*” y “*yo vi la pata sola*”.

No lo puedo negar, me le meto a todo. El arte de la filigrana en papel reciclado es otra de mis pasiones. Sin darme cuenta, se me va el tiempo enrollando tiras de papel para crear diseños decorativos, un trabajo de mucha paciencia y concentración. Primero, corto el papel en pequeñas tiras, lo enrolla, y dependiendo del diseño, lo pego en una plantilla acorde con la figura a crear.

¿Por qué hago todo esto? Se preguntarán muchos. Me mueve el deseo de impulsar los talentos culturales y deportivos de mi localidad, así como poner al servicio de la comunidad todas mis aptitudes. El amor y el cuidado por el medio ambiente los veo como algo obligatorio para cualquier ser humano. Lo importante, lo he descubierto con todo esto, es que aprendamos cada vez más a reconocernos por lo que hacemos, sea una cosa o muchas; es decir, que valoremos a los otros por lo que son.

Poema: Desfile de ataúdes

“Colombia, mi linda tierra, pueblo activo y tan valioso, que a pesar de tantos golpes siempre te encuentras alegre, pero hoy te encuentras triste, por sus hijos tan queridos que matan todos los días.

¿Por qué nadie te defiende?, ¿será por la cobardía y el miedo que cada día nos imponen los violentos?, que ya somos indolentes al dolor de nuestro hermano, qué les pasa a los violentos, que matando nunca se aburren y Colombia sigue viendo el desfile de ataúdes.

Pasan blancos, pasan verdes, pasan morados y azules, que desfile tan macabro, pues allí van nuestros padres, nuestros amigos y hermanos, dejando a todos sus hijos ahogados en sangre y llanto.

Qué les pasa a los violentos, que matando nunca se aburren, y Colombia sigue viendo el desfile de ataúdes.

No paramos de llorar con tantos muertos, Dios mío. No respetan ni a los niños ni tampoco a los ancianos; ni tampoco a las mujeres con sus hijos en sus vientres, qué horror el que hay en mi patria, matando nunca se aburren, y Colombia sigue viendo el desfile de ataúdes”.

La bombera que enciende el fuego del amor

La vida de una mujer bombera no es fácil, pero es divertida; y estar a salvo es todo un arte.

Adriana María Echavarría Montoya



Adriana María Echavarría, también conocida como “la dama de fuego”, nombramiento hecho por RMB (Reconocimiento a la Mujer Bombero). 2011.

Esta es la breve historia de una mujer que se convirtió en bombera, y que más allá de esa profesión, siempre ha querido servir a los demás. Espero que los lectores de este escrito sientan que ese es mi principal objetivo en la vida. Mi nombre es Adriana, y como muchos de ustedes, nací en Itagüí, en el hogar conformado por dos itagüiseños, Juan de Dios Echavarría y Rubiela Montoya, quienes desde pequeña me ayudaron a comprender lo que implica querer este colorido territorio llamado Itagüí. Si de profesiones se trata, debo decir que soy además de bombera,

gestora cultural, ama de casa y la mejor de todas: la madre de dos hermosos hijos.

Me considero una aficionada y una gran consumidora de todo lo que sea arte, porque como las buenas cosas de la vida, el arte le abre sus brazos a quienes lo buscan con pasión. Me gusta mucho practicar la declamación y el canto. Mis amigos, a quienes consiento y en ocasiones, me escuchan cantarles, me llaman cariñosamente “la nana”; sí, dar amor es una condición que me define, y mis amigos y claro está, mis dos hijos lo reafirman al hablar de mí. A ellos, los quiero con todas mis fuerzas.

La profesión de bombera, la heredé de mi padre. E ingresar al grupo de bomberos del Municipio fue algo mágico, pues de entrada fui con la única intención de capacitarme por si algún día me tocaba participar de alguna situación trágica, masiva o más pequeña, en la que pudiese colaborar, una de mis preocupaciones diarias, pues sabía que si pasaba algo y yo no ayudaba, eso me dolería mucho. Como la gran mayoría de los bomberos, empecé a trabajar de voluntaria como bombera operativa contra incendios y ya luego, en atención prehospitalaria. Y aunque el tiempo ha pasado, no saben cuánto me emociona todavía ver salir el carro de los bomberos, así no vaya en él. Cada que esa sirena suena, yo sé que ellos, además de cumplir con su deber, ponen su vida para ayudarle a otros. Con los bomberos afiancé, sin duda alguna, mi perfil social.

Mi historia como bombera quedó marcada por dos vivencias. La primera ocurrió cuando se volcó un colectivo que llevaba muchos estudiantes; llevaba varios niños que regresaban a sus casas, pues todo sucedió al medio día. El carro descendía por una pendiente, y al volcarse comenzó a chorrear aceite y combustible. Era muy difícil caminar hasta donde quedó el carro, porque por más que uno se afirmara, era imposible no patinar. Cuando por fin llegamos hasta el sitio, nos encontramos con un niño que tenía aprisionado uno de los pies por las varillas de la ventana. Lo único que podíamos hacer era levantar el colectivo y empujarlo hacia arriba, para lograr liberarlo. Todos los bomberos nos pusimos en esta tarea, y cuando finalmente varios compañeros lograron sacar al niño, me lo entregaron. Aún recuerdo cómo se aferró a mí, pensando muy seguramente que ya todo había terminado, cuando en realidad, apenas comenzaba lo duro. Eran doscientos metros, muy empinados, en los que yo no paraba de patinar por el aceite

regado, hasta que por fin pisé una zona limpia, y en ese momento, el niño y yo cruzamos las miradas más bellas que dos personas puedan lanzarse, las miradas de dos que han vuelto a nacer, porque cada vez que uno logra salvar a alguien, esa persona vuelve a integrarse a la vida; y presenciar eso, para una mujer es algo muy cercano a un parto.

La segunda historia que anuncié arriba comenzó cuando recibimos la llamada precisamente, de una mujer que dijo tener una hemorragia muy fuerte. Como se trataba de una dama, los bomberos hombres, comprendiendo que por nuestra afinidad de género habría mayor confianza, me pidieron que atendiera el caso; y por fortuna todo salió bien. Es decir, una vez más pude llevarme esa mirada agradecida que siempre te lanza esa persona a la que has ayudado.

En enero de 2011, fui nombrada desde Argentina como la representante por Colombia al RMB (Reconocimiento a la Mujer Bombero) junto a otras ciento treinta mujeres bomberas de los países latinoamericanos. El reconocimiento RMB surgió en 2010 en Buenos Aires, y su objetivo es enaltecer la labor de las mujeres que ejercemos esta hermosa profesión.

Ese mismo año incursioné en la política con una propuesta de todo corazón. Aunque no logramos el objetivo, sé que ello me permitió ser una mujer mucho más visible en mi localidad, y algunos coterráneos me llevan mucho más adherida en sus corazones desde aquella campaña política, toda una experiencia para mi vida.

Cada vez que hago el balance de las capacitaciones en las que he participado como mujer, siento que aún no logramos desarrollar una propuesta clara que nos permita incidir de manera directa en el desarrollo de nuestro Municipio. Sé que ahora estamos mucho más capacitadas que antes, pero aún seguimos muy dispersas. Por eso, yo espero que todos los saberes con los cuales hemos enriquecido nuestras historias se encaucen por fin. A ese proyecto macro pienso direccionar mi formación como gestora cultural, en temas de salud, derecho, y por ello, actualmente hago parte de las cuidadoras de vida de la Red Social de Monitoreo para Alertas Tempranas de Corantioquia y la Universidad de Antioquia.

En el año 2000, fundé el taller para damas, NATELIER, cuyo nombre se deriva de las palabras, Nodrizza y Atelier. En este espacio muchas personas

hemos podido compartir la grandeza de ser ciudadanos. NATELIER busca generar diversas conexiones laborales y redes de apoyo que nos permitan articularnos cada vez más como mujeres. Y bueno, por ahora seguiré siendo “la dama de fuego”, como me nombraron en RMB (Reconocimiento a la Mujer Bombero), porque mi propósito es continuar encendiendo el fuego de la vida en muchas personas, antes que apagarlo con mi indiferencia, de eso se trata la vida, de eso se trata habitar en medio de esta, mi comunidad Itagüiseña, a la que pinto dentro en un corazón, porque es el lugar que más quiero.

Creación, arte y naturaleza

“Tan sólo cuando el último árbol sea talado, el último río sea envenenado y el último pez sea capturado; os daréis cuenta de que el dinero no se puede comer”.

Una profecía de los indígenas Yanomori

Aleida García de Cano



Retrato de Aleida García.

Aunque algún día amé al hombre con el cual tuve mis hijos y compartí con él muchos espacios, momentos y sueños, hoy puedo decir que la felicidad la conseguí una vez decidí separarme de él, al iniciar otra relación: esta vez, con el mundo.

Todo ocurrió unos veinticinco años atrás, cuando empecé a integrarme a la vida social, de la cual me había excluido por los deberes familiares. Fue entonces, cuando decidí integrarme a varias organizaciones municipales, que además de ayudarme a valorar la potencia de ser ciudadana, me permitieron conocer esos buenos amigos que impulsaron el cambio que anuncié en el primer párrafo de este escrito.

Por esa época conocí a un grupo de mujeres llamado AMI –Asociación de Mujeres de Itagüí–, quienes me acercaron al mundo de la bisutería y las manualidades; con los conocimientos que adquirí en dichos encuentros, he conseguido no solo el sustento económico, sino además, pasar los mejores ratos de ocio laboral, que es como todos deberíamos concebir el trabajo.

Amigos del Árbol fue otro de los grupos que me acogió. Con ellos, comparto especialmente, todo lo relacionado con los semilleros ecológicos, conformados por niños. Esta experiencia me ha permitido recorrer una buena parte de las veredas de Itagüí y observar con gran detenimiento los paisajes y las diferentes tonalidades de verde que minuto a minuto nos ofrecen nuestras montañas; descubrir con ellos que la vida está presente en cada detalle, les ayuda a entender a estos niños y a mí, que todos somos naturaleza.

Y aunque el semillero ecológico nació en el barrio La Unión, los niños no tienen que vivir en este sector para pertenecer a él. En la actualidad, contamos con varios coordinadores en distintas zonas del municipio, porque el objetivo es capacitarnos entre todos para ejecutar diferentes procesos de formación ambiental con los niños y los jóvenes de esta localidad. Recuerdo incluso, que la acogida ha sido tal, que hace trece años asistimos a una marcha ambiental con más de quinientos niños.

Este trabajo es indispensable para el futuro del municipio, porque si usted se pone a analizar la situación; hoy, es muy común que los chicos no sepan sembrar un árbol. Por eso, lo que yo busco en el grupo con el cual trabajo es motivarlos a través de actividades muy sencillas, para que piensen que el dinero no puede reemplazar ni el oxígeno ni las innumerables bellezas presentes en el medio ambiente.

Así mismo, tengo que decirlo, además de la naturaleza, el tema de la salud es otra de mis grandes preocupaciones; y no lo van a creer, mi gran maestro

en este tema es un antiguo radio que durante las mañanas y en las tardes me recuerda que hay varios programas de medicina natural o alternativa, que me pueden servir para aconsejar a quienes lo necesitan. Cada que un experto suelta la receta, yo tomo apuntes y los guardo en mi memoria, para compartirlos con mis amigos, vecinos y familiares. Esta ha sido otra forma de acercarme a la naturaleza, porque con estos programas he aprendido que las plantas son los medicamentos más baratos que hay; y eso es clave cuando muchas personas no tienen con qué comprar las drogas que les recetan los médicos en las farmacias de sus barrios.

Aunque no se los haya contado en detalle, mi vida familiar no ha sido la más afortunada: hoy, vivo sola, pues los hijos tomaron diferentes rumbos, y esto hay que entenderlo. Sin embargo, día a día, me convengo de que la felicidad depende totalmente de mi manera de ver el mundo; y en esto, es muy importante valorar al otro, se halle lejos o cerca de ti, sea tu gran amigo o un desconocido; y claro está, siempre respetando nuestra casa: la naturaleza.

Crecer para enseñar a crecer

Soy una mujer de cuarenta y cinco años, que sabe que está en el mundo para ser feliz y motivar a otros para que también lo sean. Soy mamá, y por ello, me gusta guiar a otros padres en el acompañamiento de sus hijos.

Blanca Nubia Posso Restrepo



Blanca Nubia Posso y su hijo Lucas Bustamante.

Nací en Itagüí, en el barrio Fátima número 2. Soy la sexta hija de una familia conformada por ocho hermanos; y aunque crecí en un medio caracterizado por muchos problemas sociales, mi madre siempre nos arropó con sus cuidados. Ella nunca pensó en trabajar, y sí en ayudarnos con las tareas y cuidarnos. Esta mujer fue sin duda, una madre hermosa, por la cual le agradezco infinitamente a Dios, quien todavía me permite disfrutar de su compañía.

En las noches, esperábamos que mi padre llegara y nos diera “cositas” a todos. Con él, siempre disfrutamos de los juegos que compartíamos y de sus buenos consejos; él era un hombre amoroso y muy responsable. Para mí y para mis hermanos fue un padre que siempre sabía cuál palabra afectuosa debía usar al aconsejarnos.

La primaria la hice en la escuela del barrio y el bachillerato en la Institución Educativa María Jesús Mejía; y como sucede cuando no sobran los recursos económicos, una vez culminé la secundaria, me puse a trabajar para ayudar a mi familia.

Me convertí en madre cuando aún era muy joven. Y aunque siempre me asustaba mucho ser una mala mamá, y que mi hijo se convirtiera en un adolescente desadaptado, las condiciones económicas me obligaron a dejarlo bajo el cuidado de muchas personas, lo que me hacía sentir muy triste, al ver que no pude cuidarlo como sí lo hizo mi madre conmigo.

En la actualidad, las familias tienen muchas dificultades para acompañar a sus hijos. Los modelos de hoy nos dicen que es más importante resolver lo económico que acompañar a nuestros niños y niñas en el duro proceso de crecer. Las madres dejaron sus hogares para ponerse a trabajar, tienen poco tiempo para acompañar a sus hijos, y la crianza de éstos ha quedado en manos de los docentes, o peor aún, de personas desconocidas.

Ya han pasado veintitrés años desde que me hice madre, y la situación lejos de cambiar, se acentúa. Por ello, hace tres años decidí fundar un proyecto llamado “Crecer para enseñar a crecer”, una propuesta para los docentes y padres de familia que busca promover un ambiente de comunicación asertiva y afectiva, para fortalecer todos los días a las familias con diversas herramientas que les permitan valorar a sus hijos y pensar en la comunidad que conforman sus hogares.

Esta escuela de padres surgió del constante reclamo de nuestros hijos por sentirse acompañados mientras crecen, se trata de apoyar a los padres y a los docentes, ya que estos son el complemento ideal en el afán de sembrar unas buenas bases entre nuestros niños, pues la idea es asumir el compromiso que todos tenemos con el devenir del planeta, y darle sentido a esa frase que tanto escuchamos y muchas veces pronunciamos, sin dimensionar su real valor: “los niños son el futuro”.

Mi propuesta se deriva de mi amplia experiencia como trabajadora de la salud, pues estuve vinculada por veinte años a diversos programas de prevención. En ellos, aprendí que es más económico prevenir que curar; y desde entonces, decidí convertirme en una facilitadora de la comunicación asertiva y afectiva. Hoy, a mis cuarenta y cinco años, estudio sicología, y mi ideal es crear muchas escuelas de padres, en las que también deben participar los profesores, para impulsar con ellas el acompañamiento a los niños y adolescentes de distintas comunidades con el propósito de que éstos crezcan en ambientes seguros, amorosos y alegres; y de esta manera se conviertan en unos adultos autónomos, muy responsables.

Durante estos tres años, he acompañado diversas instituciones educativas, en las que hemos logrado crear muy buenos vínculos con los niños y sus padres, al enseñarles mediante la lúdica, lo importante que es preservar una excelente comunicación entre los adultos y las nuevas generaciones.

Soy una madre de fe, y en esta tarea soy guía y discípula a un mismo tiempo. He tenido muchas satisfacciones en esta labor, y por ello, busco en todo momento que el proyecto se mantenga a partir de la voluntad de los padres de familia y no por la imposición de las instituciones educativas. Soy una convencida de que si crecemos como buenos hijos seremos los mejores padres.

Con estas reflexiones, quiero invitarte para que me acompañes a trabajar por la salud mental de nuestro municipio; nuestra comunidad necesita aprender que hay un tiempo para cada cosa y valorar lo importante que es rodear a nuestras nuevas generaciones si queremos construir una mejor sociedad, integrada por unos seres seguros, amorosos y alegres, que ya luego, repliquen esto en sus familias: la célula de la sociedad.

Los hombres pasamos, la memoria queda

Fácil, en la vida no hay nada; pero hay que luchar.

Consuelo Vélez Hurtado



Mesas y sillas que aún existen y que fueron gestionadas por Consuelo Vélez en 1985, para la construcción del primer preescolar en el barrio Santa Ana.

Hace cuarenta y tres años que vivo en Itagüí. Mis amigos y las personas con las que trabajo, me llaman “Juventud”, por algo será; y aunque tengo sesenta años y nací en Amagá, el 12 de enero de 1943, me siento la más joven de las itagüiseñas. Este municipio es, definitivamente, mi tierra.

Por eso, siempre he sido una convencida de que si educamos a los niños de Itagüí, tendremos una localidad diferente. He pertenecido por muchos

años a diversas asociaciones de padres de familia del Municipio, en las que he tratado de ayudar, partiendo de una premisa: una educación que desarrolle la personalidad, las aptitudes y la capacidad mental y física de los niños, es la única vía para lograr la transformación que tanto deseamos.

En 1985 fui elegida como la presidenta de la asociación de padres de familia de La Providencia, la escuela ubicada en el barrio Santa Ana, más conocida como la Institución Educativa Enrique Vélez Escobar. Ese mismo año, se me ocurrió una idea de gran proyección para la comunidad.

Con cierto temor, pero muy emocionada, les compartí la propuesta a mis compañeros de junta, a quienes les dije que teníamos que gestionar con la Administración, el primer preescolar de nuestro barrio, una idea que les pareció imposible a muchos. Pero encontré, afortunadamente, el apoyo incondicional de Stella Álvarez, la secretaria de la junta y de Hugo Bedoya, el rector. Una pregunta obvia comenzó a flotar sobre nuestras cabezas: ¿Con qué recursos lo podremos lograr?

Muy ilusionados, nos dirigimos hacia la oficina del alcalde de la época, el doctor Álvaro Julio Velásquez, a quien le expuse la idea; para alegría nuestra, el alcalde respondió que era una iniciativa muy acertada, felicitándonos incluso, por pensar en el futuro de la comunidad.

Quince días después, estábamos otra vez en la Alcaldía. Habíamos sido citados para decirnos que lo del preescolar era algo factible. La labor nuestra consistiría en conseguir las sillas, las mesas y algunos materiales para la construcción. Cuando salimos de la Alcaldía, mi compañera Stella me preguntó: ¿cómo vamos a conseguir la plata? Yo le contesté: no se preocupe, y empecemos a trabajar que ya verá como lo sacamos adelante.

Al día siguiente, le informamos al rector la buena nueva y fuimos a la empresa Productos Coro. Allí, solicitamos por escrito que nos donaran los recortes de la parva con la idea de venderlos y conseguir así, algunos recursos. La respuesta de esta compañía fue positiva y unos días después comenzamos a empacar dichos recortes en unas bolsitas para venderlos a cinco centavos en la misma escuela. Muy motivados por los resultados, acudimos igualmente, a la Central Mayorista para buscar que nos regalaran verduras y hacer así, unas deliciosas empanadas, que también se las vendíamos a los estudiantes y a los padres de familia.

Los depósitos de Miguel Cárdenas y del señor Quiceno donaron los bultos de cemento, y la señora Regina Salgado, nos hizo la conexión con la señora Aura del Valle, quien nos donó, quinientos adobes; además, algunos padres de familia aportaron el hierro que faltaba.

Con todas estas donaciones y el producto de las ventas logramos recolectar 35 mil pesos; y con ese dinero compramos la madera para elaborar las mesas y las sillas de los niños. Gracias al compromiso y la gestión que realizamos, el Alcalde nos dijo que lleváramos la madera a la carpintería del municipio (actualmente, ASOCOMUNAL) y de allí salimos con cinco mesas y treinta sillas. El alcalde nos ayudó con el resto de los materiales y los contratos de la mano de obra, para que la construcción del preescolar fuera una realidad, algo que demoró un mes.

Esta es la historia del primer preescolar del barrio, una historia con final feliz, que comenzó a dar sus frutos cuando recibimos los primeros niños de cinco años, una gran ayuda para todas las familias de la comunidad. En un comienzo, abrimos las dos jornadas: mañana y tarde, cada una con treinta estudiantes. Sus primeras maestras fueron Omaira Blandón y Orfa Zulua-ga. Y hoy, además de ese preescolar, el pionero, hay seis más; y el Colegio ha sido certificado por su calidad educativa. La educación en el barrio es, sin duda, una fortaleza.

La razón que me mueve a contarles la historia que hay detrás de este pequeño gran logro es concientizarlos de la fuerza de la comunidad. Nada teníamos para empezar, solo una idea, que logramos transformar en realidad, al reunir muchas voluntades; tal vez, la principal enseñanza que me ha dejado el trabajo comunitario, herencia de mi padre, es que debemos trabajar sin desistir; pues, siempre habrá alguien que te escuche y alguien que te apoye cuando la propuesta es para favorecer a otros. Por eso, yo creo que seguiré haciendo esta clase de labores con el apoyo de mi familia hasta que muera, pues, todavía no he encontrado mayor motivación para mi vida que trabajar por los demás.

A solas, con los demás

Es grato guardar en mi mente expresiones de los niños como: “El comedor es mi segundo hogar”, “¡qué rico que usted fuera mi mamá!”, “gracias por querernos y escucharnos”. Unas cuantas frases de esos maravillosos seres que me motivan para levantarme a diario y me ayudan a sentir que Dios existe y se hace presente cada vez que alguien trabaja en silencio, por lograr un mundo mejor.

Rosalía Nancy Suárez Penagos



Rosalía Suárez con sus “hijos” en el comedor comunitario
Nuestra Señora de Loreto de Pedregal.

Al hacer un recorrido por mi existencia tengo que remitirme al nombre que escogieron mis padres cuando nací, pues es el mismo de la madre de Marco Fidel Suárez. Desde ese día, lo pienso así, mi vida se soporta en un valor fundamental: el amor.

Crecí rodeada de unos padres y unos familiares cargados por el significado de la palabra servicio. Todavía recuerdo la casa de las abuelas, que aunque era muy humilde, en ella siempre había un pedazo de pan y un plato de más, para quien llegara. En aquellos años, todo era inocencia, solidaridad y vida de barrio; las cometas, los carros de rodillos, los juegos callejeros acompañaron mis primeros días; aún recuerdo cuando iba con mi hermano Marco Fidel a enterrar las gallinas que se le morían a la vecina. Es inevitable no sentir nostalgia por esos cálidos y sencillos días.

Mi época de adolescencia y juventud también fueron muy tranquilas y lindas y aún mi corazón alimenta la gratitud con esos amigos del alma: los de ayer, los de hoy y los de siempre que son mis ángeles terrenales en la alegría y también en la adversidad.

Dios sigue presentándose en mi vida a través del trabajo social que mi madre realizaba con los vecinos y corporaciones, esas personas necesitadas que despertaron en mí la capacidad de asombrarme con el sentir y el dolor del otro; trasladando esas expresiones al campo educativo que me fueron convirtiendo cada año en “la mejor compañera” del grupo izando la bandera y compartiendo el palco con mi hermana Dora, en cada acto cívico del colegio El Rosario, de Itagüí, donde solía escucharse: “Ahí están las hermanitas Suárez”.

Nuestro hogar, “La casa de la vieja Nury”, se convirtió en el sitio de encuentro para los desfiles de carrozas, las reuniones con los amigos, las celebraciones con los profesores; el sitio donde todo el mundo degustaba los manjares que mami preparaba.

Decidí entonces, seguir el ejemplo de mi madre, e ingresé a estudiar una tecnología en promoción social, pensando que lo mío era el trabajar por la comunidad; luego, hice un pregrado en Desarrollo Familiar y una especialización en familia.

Durante las prácticas profesionales mi trabajo comunitario tuvo lugar en distintos lugares como La Estrella, Moravia, Manrique y Buenos Aires, hasta que conocí a unas bellas, nobles y grandes damas del Poblado, que junto con una organización llamada Nueva Acrópolis, aceptaron trabajar en mi municipio al apoyar la organización: *Puente hacia el futuro*.

Desde entonces, soy la coordinadora general de familia en los proyectos liderazgo y comedor comunitario Nuestra Señora de Loreto de Pedregal, en el que gracias a la ayuda de nuestra junta, voluntariado de madres, benefactores, padrinos, comunidad y alianzas con otras instituciones damos de comer diariamente a más de setenta niños, teniendo el alimento como un instrumento para transformar realidades humanas donde el amor sea su mayor valor.

En este tipo de acciones se iban mis días; todo era muy estable y tranquilo, hasta que mi madre falleció, en 1998. Ese acontecimiento cambió el rumbo de mi vida; que de a poco se fue enderezando gracias a la fortaleza de mi padre y mi hermana Dora, cómplice de sueños y coequipera del trabajo social que adelanto; algo que también se reafirmó por el apoyo de un maravilloso ser: Javier Pérez Echavarría, quien se convirtió en mi esposo en 2002, brindándome una familia putativa, a la cabeza de mi suegro.

El universo sigue conspirando para que mi ser trascienda y es así como por un milagro dos años después nació mi hijo Miguel Ángel, el mayor orgullo de mi existencia, no solo por su nobleza, inteligencia, sabiduría, sino porque gracias a su picardía, todo el tiempo me recuerda la belleza de la alegría, al decirme: “mamá hay que reír más”. Esa sola frase me inspira a pensarme desde la urgencia de ser: más amiga, más hermana y más humana.

El pedacito de cielo

Mi hija, los niños, los muchachos y sus familias han llenado mis años de vida; y a pesar de las adversidades, he podido transmitirles algo de mi alegría y la esperanza para seguir adelante.

Dora María Suárez Penagos



Dora María Suárez, Bibliotecaria del Colegio María Josefa Escobar, El Pedregal.

“Dorita”, así me llaman mis amigos, los compañeros de trabajo y los estudiantes. Soy la bibliotecaria de la institución educativa de ese pedacito de cielo, llamado Pedregal, una vereda ubicada en Itagüí, de este municipio en el que nací en la década del sesenta (tal vez por ello, mi identificación con la música de esta época; pues quién no ha vibrado con las canciones de Tormenta, Camilo Sexto, José Luis Perales y los otros grandes músicos de mi generación).

Crecí en un hogar humilde, conformado por un obrero de la Cervecería Unión y una mujer dedicada a las labores de la casa. Soy la niña consentida

de mi familia. De ellos, aprendí lo que era el servicio, la responsabilidad y el amor, pues estos y otros valores deambulaban por mi casa, donde también aprendí a ser mejor persona y a sensibilizarme con el dolor que aqueja a los demás y a tratar de servirles como apoyo a quienes lo necesiten.

Mi infancia transcurrió en medio de los juegos callejeros, los paseos de olla y las reuniones con los amigos y los familiares. En bachillerato, me destacué por participar de todos los actos culturales; pues siempre he sido una persona alegre y extrovertida. Aún mantengo contacto con mis mejores amigas de la primaria y el bachillerato; cuento, además, con una “gallada” de amigos que ha estado conmigo desde hace treinta y dos años, con los que aún me reúno para parrandear y recordar el ayer.

Solo tuve dos novios, de quienes guardo los mejores recuerdos de aquellas épocas. Con el segundo de ellos, me casé y fui muy feliz; de esta unión nació mi única hija Carolina, a quien amo profundamente, mi motor y fortaleza para superar las grandes adversidades que me he topado en la vida, como el asesinato de mi esposo, cuando mi hija tenía apenas nueve meses.

En ese momento, mi familia me sirvió como apoyo y consuelo, porque gracias a su amor pude seguir adelante. Lamentablemente, cuando las cosas mejoraron un poco, mi madre murió de repente, una situación que marcó notablemente mi vida, pues ella era mi gran amiga y ejemplo de alegría y unión familiar.

Desde ese instante, comprendí que antes que mi dolor, tenía que ser fuerte para seguir adelante cumpliendo otras misiones en este mundo pensando lógicamente primero en mí y en nuestra familia.

Como hija cuidadora de mi padre y hermano menor; por fortuna he logrado seguir fortaleciendo esa semilla que mi madre sembró; a tal punto que mi casa es hoy el lugar de encuentro de muchos de mis familiares y amigos, que suelen decir con gran cariño: “vamos pa’ donde las Suárez, a la casa de la vieja Nury”.

En el SENA estudié un curso de secretariado, mientras trabajaba en una carnicería, donde compartí con una jefe que a la postre se convirtió en mi hermana putativa. A la par con esto, trabajé con mi hermana Rosalía como voluntaria en diversas obras sociales, una labor que disfruté muchísimo y donde tuve la fortuna de estar con muchos niños de escasos recursos del

barrio Moravia, un sitio al que lamentablemente no pudimos volver, por el dominio que ejercían las bandas delincuenciales en esta zona de Medellín.

Luego, ingresé a estudiar recreación y manejo de ludotecas, y fue así como llegué a este pedacito de cielo, para cumplir con la fase de prácticas, al trabajar con los niños del comedor comunitario, una labor que realizo todavía como acción de gracias a Dios por todos los favores recibidos. Soy voluntaria de la organización *Puente hacia el Futuro* y disfruto sobre manera compartir cada sábado con los niños de los distintos talleres de lectura, recreativos y culturales en los que participo.

Gracias a esto, fui aceptada para formar parte de la familia del Colegio María Josefa Escobar, donde soy muy feliz. Mi anhelo es dejar huellas, bien visibles, de alegría, perdón y amor a mi paso por este planeta, las cuales trato de construir en cada encuentro que sostengo, pues hace rato entendí que esta vida está diseñada para hacer algo por los demás, sin duda alguna, la mejor forma de hacerlo por una misma.

“Tal vez para alguien solo seas uno más; pero quizás para uno solo seas ese ángel que se encuentra en el camino y con el solo placer de sentirse escuchado poder transformar su oscuridad en luz y armonía; eso es lo que trato de hacer con aquellos seres que se acercan a mí, parece tan poco pero es lo que necesita el mundo de hoy: sentir que todos somos obra de Dios y del Universo”.

Mi vida es un carnaval

Mi mayor sueño es que todas las personas se contagien de mi alegría, porque la vida está llena de colores y oportunidades... porque la vida es un carnaval.

María Elena Gómez Gómez



María Elena Gómez junto a su nieta, Luciana.

Soy una mujer muy feliz en todo lo que hago, me identifico por ser auténtica, humilde y transparente; y cada día que amanece me encomiendo a Dios para ser su servidora y convertirme en un ejemplo de vida para los demás.

Pertenezco a una familia conformada por nueve hermanos, un hogar lleno de valores y bendecido por Dios. Mis padres son dignos de admiración, pues me enseñaron a ser una persona responsable y respetuosa. De hecho,

mi vinculación al trabajo comunitario es una herencia de mi padre. Todavía recuerdo las épocas en las que él era el presidente de la acción comunal y yo le ayudaba a organizar la fiesta de los niños. Así, poco a poco, a su lado, aprendí lo que implicaba trabajar para el bien de una colectividad.

Yo comencé como recreacionista infantil; y luego, incursioné como técnica de fútbol. Gracias a esto, pude participar en los juegos comunales durante varios años. Por aquella época, mi anhelo era dirigir en el Pony Fútbol, y lo conseguí. Esa fue sin duda, una de las mejores temporadas de mi vida, y lo creo también, de los niños que me ayudaron a cumplir ese sueño.

Mi esposo me apoyaba de tal forma, que se convirtió en mi mano derecha. Y aunque luego, quedé embarazada de mi segundo hijo, ni siquiera esto impidió que yo continuara con el trabajo comunitario. El embarazo fue normal y yo iba, toda gordita, a dirigir a “mis niños”, porque así los consideraba. Pero tristemente, el parto se complicó, yo no sentía a mi hijo, y gracias a la cesárea que me practicaron con prontitud, éste pudo nacer. A ese hermoso bebé, lo pusimos Juan Pablo.

Veinticinco días después de haber nacido, Juan Pablo se enfermó de gravedad, y esos sí que fueron mis peores días. Los males del bebé se complicaron cada vez más, hasta que murió cinco meses y medio después. En ese momento, creí que yo también me iría con él. Las fuerzas para permanecer viva, me las dio mi otro hijo, que a sus siete años, nunca podré olvidarlo, me dijo: “mami, quién sabe mi diosito, para qué lo necesitaba”. Su sabiduría infantil me ayudó muchísimo.

Pero, a pesar de esas palabras tan bellas, yo me encerré y no quería salir. Por fortuna, a los pocos días, mi hijo Juan Pablo reforzó el mensaje de su hermanito. En un sueño me pidió que no llorara, y me dijo que era muy feliz al ser un ángel, y que además, me iba a mandar muchas sorpresas. Así, con el apoyo de mis hijos, pude elaborar el duelo, y unos cuantos días después, comencé a trabajar con los seres más hermosos del mundo: los adultos mayores.

Cuando empecé a trabajar con ellos, yo desconocía cómo acercarme a Dios, pero gracias a esas personas, entre muchas otras cosas, aprendí a hacerlo. Esto es algo que yo relaciono con la muerte de mi hijo, porque si bien, Dios se llevó ese hermoso bebé, me encomendó una nueva misión:

hacerles los días más alegres a estas personas, para que tengan una mejor calidad de vida. Y eso es algo, que ha hecho muy feliz mi existencia

En la actualidad, trabajo con cerca de tres mil adultos mayores, y por ello, cada día yo le pido a Dios que me regale muchos años más para que esta nueva “familia” que él me dio, siga creciendo. Así es como yo los veo: como una gran familia.

A todos ellos los quiero mucho, y yo sé que ellos también me quieren con todas sus fuerzas, Por todo esto, le doy infinitas gracias a Dios, quien además, me ha permitido gozar de toda mi familia: mis padres, hermanos, sobrinos, cuñados, mi esposo y mi hijo, y esa preciosa nieta que es el tesoro más grande que él me ha dado.

Con este escrito, yo quiero invitar a todas las personas, para que nunca se dejen doblegar por la angustia y la tristeza. La vida es muy linda y solo hay que ponerla en las manos de Dios, para disfrutar cada día como si fuera el último. Si esta frase se hace realidad minuto a minuto, verán que las ganas de vivir y la capacidad para olvidar todo lo malo siempre los acompañará.

Rosa Helénica

*Viví con una rosa,
la más galana,
de exquisita fragancia y donosura.
Ninguna borrasca le dobló su tallo.
Irradiaba amor y generosidad.
Su palabra era elixir.
Rosa Helénica,
que cortó el Jardinero
con inefable amor,
y trasplantó al Paraíso.
Ahora vive gozosa
ante la beatitud de Dios.*

Amparo Ángel Bustamante



Retrato de Elena Ángel Bustamante.

Elena nació en mayo de 1927, fue la segunda hija del hogar formado por Abraham Ángel Restrepo y María Bustamante Posada; desde niña colaboró en la crianza de los hermanos al hacerse responsable de los quehaceres propios de las personas de más edad, y convertirse en una enamorada del orden y la limpieza; sus manos fueron expertas en toda clase de bordados, tejido de agujas, crochet, encaje de frivolidé, punto de cruz y corte y confección.

A los dieciséis años ingresó a la fábrica Tejidos Unión de Itagüí (denominada Satexco, años después) donde laboró dos años; luego, lo hizo por cuatro más en la textilera Coltejer, y después, al aprender modistería, decidió trabajar en su casa para cuidar con más dedicación a sus padres y hermanos

Allí, confeccionaba ropa para adultos y niños, ajuares para bebés, vestidos de novias y de primera comunión; y sus ganancias las invertía en el sustento familiar y el mejoramiento de la vivienda.

Durante su juventud fue muy admirada por varios hombres, y estuvo, incluso, comprometida en matrimonio, pero por motivos personales no llegó hasta el altar. Elena fue sin duda, una mujer piadosa y de una moral intachable; cuidó a las tías enfermas, a los vecinos y a otras personas que requerían de su compañía y ayuda en los quehaceres domésticos; lo hizo siempre sin esperar recompensa. Le ponía tanto amor al sazonar los alimentos, que en cuanto los servía, la palabra deleite se paseaba por el comedor; sus sopas levantaban a los convalecientes.

Dictó, así mismo, varios cursos de corte y confección en la fábrica Satexco, y capacitó a numerosas amas de casa; años más tarde, algunas de ellas han declarado que gracias a sus enseñanzas pudieron trabajar dentro de sus viviendas y aportarle de este modo, a la economía familiar.

En las penas que tuvo que afrontar, la fortaleza la acompañó por su inmensa fe en la bondad Divina. Con sus sabios consejos nos dejó un legado de amor y sacrificio que sólo el Creador le supo recompensar.

Al irse de este mundo, la casa perdió su calidez y luminosidad; el silencio evoca sus palabras, y las tristezas imploran su consuelo. La historia de esta mujer que vivió entre nosotros regalando amor y buen ejemplo debe ser conocida; razón por la cual, escribo este perfil que espero sirva de homenaje a esta hermana, que nos dejó para siempre el 2 de agosto de 2011, no sin decirnos: “no lloren, los amo mucho a todos”. Sí, su vida se nutrió hasta sus últimos días del amor y el consuelo que desperdigó en cada acto que realizara.

Compartir, mi mayor alegría

“Dios no llama a los capacitados, capacita a los elegidos”

María Betsabe Álzate Cardona



Retrato María Betsabe Álzate.

Nací en Montebello, Antioquia; y a los catorce llegué a vivir a Itagüí. Mi padre murió cuando yo tenía apenas cinco años. Soy una mujer que cree mucho en la fuerza del diálogo y la solidaridad; eso sin irrespetar la intimidad del otro, porque en realidad nunca se sabe qué problemas o dolores puedan tener las demás personas. Por eso, mi mayor alegría es tener amigos y compartir, tal como se los describiré en los siguientes párrafos.

Siempre me ha gustado la labor social, un pensamiento que he trasladado a la práctica durante los cincuenta y un años que he vivido en Itagüí. Mi motor es ver la sonrisa y la alegría de esa persona que resulta favorecida con mi trabajo.

Desde muy joven empecé a trabajar en los Almacenes Tía. Y mientras trabajaba allí, decidí retomar los estudios y validar el bachillerato en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia. Yo trabajaba todo el día y al terminar la jornada me iba a estudiar hasta las diez de la noche; fueron días de sacrificio, pero logré graduarme después de trabajar y estudiar al mismo tiempo, durante cinco años. Luego ingresé al SENA, donde adelanté el curso de secretariado general durante tres años. Desde entonces, mi apego por el estudio ha sido tal, que hoy puedo decir que he recibido alrededor de setenta títulos entre cursos, talleres y diplomados.

En 2007, conformé un grupo de oración; comenzamos seis personas, y hoy somos ya setenta y cinco adultos mayores los que lo integramos. Su nombre, “Corazones jóvenes” es una verdadera declaración de apego a la vida. Así mismo, desde 1998, cuando ingresé al Hogar de los Recuerdos, lideré el grupo Renacer. Como ven, lo mío son los grupos. Por ello, también hago parte del ministerio de canto litúrgico de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario, en donde además, me vinculé a la pastoral de la salud, con la cual visito más de cien enfermos a los que ayudamos en sus necesidades básicas.

Por mi vocación para trabajar por la comunidad, fui elegida mediante voto popular como cabildante del adulto mayor desde 2001, un cargo para el que he sido reelegida hasta el 2016, siendo presidenta por dos años. A través de la gestión que he hecho al integrar diversas organizaciones y claro, con la colaboración de la Administración Municipal, se formaron recientemente cuatro grupos de trabajo que reúnen a unas cien personas que se han capacitado en sistemas, arreglos navideños, practican Yoga y asisten a la hidroterapia.

Desde el cabildo, lancé una propuesta para el actual Plan de Desarrollo Municipal que tiene que ver con la creación de varias huertas comunitarias, donde los adultos mayores puedan cultivar sus alimentos sin químicos, y a la vez, vuelvan a sentirse útiles y a socializar entre ellos. Los adultos mayores, como lo habrán observado en este pequeño escrito, son el foco de

mi obrar, pues esta población ha sido muy relegada en nuestra localidad, a pesar de su enorme potencial.

Hace nueve años y medio comencé a participar de una labor social que adelanto en compañía del médico Javier López; nuestro trabajo lo adelantamos en un consultorio que se halla al frente del Hospital San Rafael, en el que atendemos a personas de escasos recursos. El doctor López es una persona muy piadosa, que ejerce su profesión con un perfil social muy arraigado. En su consultorio, todos los viernes, además, elevamos unas oraciones por los enfermos; y a la fecha, sé que varias personas se han curado: la fe mueve montañas.

Otra de nuestras acciones consiste en donar los medicamentos, que los laboratorios suelen entregar a manera de muestras gratuitas. Las repartimos entre las personas más necesitadas, pues hoy en día es muy común que mucha gente no pueda comprar los medicamentos que requieren para curarse. Con el doctor López, también hemos emprendido diversos recorridos de salud por las veredas del Municipio, y previo a estas visitas solemos recoger medicamentos y ropa, que regalamos entre quienes acuden a estas espontáneas brigadas de salud.

Otra de las actividades que adelanto consiste en ayudarles a los habitantes de la calle y a los alcohólicos, en especial, a los que frecuentan el Parque Obrero. Además de darles algunos alimentos que muchas personas han donado previamente, les ayudo a tramitar la cédula, para que así puedan acceder a los subsidios del Estado.

Por mi extensa labor social, fui reconocida por el Municipio en 2012. Una muestra del apoyo a esta labor que no solo yo, sino muchas otras personas adelantan en Itagüí, sabiendo que con cada una de esas acciones, el futuro y sobre todo, el presente del Municipio serán mejores. Se trata de acatar el llamado de Dios, pero para aplicarlo aquí en la tierra, en esta gran casa que él nos dio para compartir con los demás. Ese es para mí, el sentido del trabajo comunitario.

Los sueños míos, los de mi vereda

Mi gran felicidad es compartir lo que tengo. Ver la alegría de un niño o un adolescente cuando disfruta lo que nos ofrece este universo, es algo que llena mi vida de tranquilidad y paz.

Cáterin Londoño Mejía



Cáterin Londoño, en compañía del semillero infantil en el barrio El Porvenir.

Nací en 1974, el 5 de septiembre. Cada vez que lo pienso, me convengo de una cosa: mi misión en este mundo es trabajar con y para la comunidad. Sí, nací para acompañar y liderar diversas actividades con los niños, los jóvenes y las madres cabeza de hogar; lo digo así, porque esta es la población que me ha rodeado toda la vida, y a la que estimo y respeto muchísimo.

De mi familia puedo contarles que Daniela y Daniel Agudelo Londoño son mis dos hijos, los frutos del amor que he construido con César

Augusto Agudelo Pabón, con quien he compartido muchos de los mejores momentos de mi existencia.

Todo comenzó en la iglesia cristiana del barrio El Porvenir, en 2002, después de una celebración en la que tuve la oportunidad de ejercer un gran liderazgo. Siempre he pensado, que entre las labores más importantes que puede realizar cualquier persona está la de encaminar a otros seres humanos por el sendero de la formación integral. Fue así como decidí participar muy activamente en esta comunidad con el propósito de ayudar a la creación de diversos grupos, de varias edades, cada uno con unas intenciones sociales distintas, y de los cuales han surgido varios espacios, muchas actividades y nuevos conocimientos.

Entre mis anhelos, había uno que me trasnochaba: realizar un paseo comunitario con la población vulnerable de mi barrio. En 2010, este sueño se hizo realidad gracias al corazón solidario de dos personas, Dora Luz y Hugo Páez, quienes me ayudaron a convencer a otras personas para llevar a buena parte de la comunidad a pasear durante un día en el Parque los Tamarindos, en San Jerónimo: un paseo inolvidable.

En dicha jornada participaron más de cien personas, entre niños y adolescentes, que gracias al grupo de apoyo, conformado por unas veinte personas, permitieron que todos disfrutáramos de un día maravilloso en ese hermoso lugar; una gran experiencia que nos sirvió para comprender lo fácil que es hacer felices a unos niños, que por primera vez pisaban un espacio recreativo de tal magnitud. Aunque para algunos eso pueda ser intrascendente, sé que las imágenes de ese día permanecerán en el corazón y la mente de todos los que estuvimos allí.

En la actualidad, unos cincuenta niños entre los seis y los catorce años conforman la escuela de fútbol “Creativos fútbol club”; también contamos con dos grupos juveniles, “Joven Sano” que aún se está consolidando, e “Impacto Juvenil”; todos con unas bases cristianas muy arraigadas, enfocados sobre todo, en lo cultural. De este último grupo nació la banda musical Revolución Poética –RP– conformada por cuatro integrantes, que interpretan diversas canciones de reggae, ska, rock y rap.

“Edificadores del Reino” es el nombre de otro de los grupos, conformados en este caso, por varios pequeños entre los cero y los catorce años; y está

además, uno que se denomina “Mujeres conquistando y edificando”, un grupo que reúne a unas treinta mujeres, que se dedican a la gastronomía, la bisutería, la decoración y los banquetes.

Aunque estos proyectos van de la mano de la Iglesia Cristiana Integral Cruzada Cristiana, mi mayor deseo es que todos los grupos reciban más apoyo, colaboración y respaldo, para que no se desvanezcan con el tiempo; pues como líder mi labor es gestionar con diversas entidades lo necesario para que los sueños de todas estas personas se mantengan vigentes; la mejor forma de sacar adelante a la vereda.

Vida comunitaria

Mi vida siempre ha estado enfocada en las labores sociales y en darlo todo para ayudar a mejorar la calidad de vida de las personas que habitan los barrios marginados de Itagüí.

Fabiola de Jesús Ospina de Ardila



Retrato de Fabiola Ospina. 1956.

Nací en Támesis, el 27 de julio de 1940 en el hogar que conformaron Teodoro de Jesús Ospina y Ester Sofía Giraldo. Mientras mi padre vivía y trabajaba en la finca, mi madre y mis once hermanos vivíamos en el pueblo, para que pudiéramos estudiar.

Sin embargo, tristemente, una profesora de la escuela, un poco odiosa, contribuyó para que me aburriera en la escuela, una de las razones por las que sólo cursé hasta tercero de primaria. Así que cuando tenía doce años ya trabajaba en una trilladora donde escogía el café; pero años más tarde, logré terminar la primaria, al estudiar con las hermanas de San Justo y de la Madre Laura, que por demás, me enseñaron a cocinar y a hacer diversas manualidades.

En 1958, un viaje inesperado me trajo al municipio de Itagüí para cuidar a la tía Lucila Luna, que se hallaba convaleciente por una operación. Mientras la acompañaba, conocí a quien sería el amor de mi vida: Marco Julio Ardila Zuluaga, Nos enamoramos y fuimos novios durante diez meses; luego, nos casamos en Támesis, el 2 de enero de 1960, en la parroquia San Antonio y nos vinimos a vivir a Itagüí. De dicha unión nacieron dieciséis hijos; pero la familia no paró ahí, hoy tenemos además, seis nietos.

Mi vinculación a las labores comunitarias comenzó en 1965, cuando me uní a un grupo de trabajo del barrio Playa Rica, en la Parroquia Nuestra Señora del Rosario en el que colaboraba con las diversas actividades del templo. Además, me uní a la Acción Comunal, con la que realizamos muchas actividades que iban desde las típicas empanadas, las colectas de víveres para armar mercados y las conocidas brigadas de salud, así como las visitas a los enfermos, todo en pro de las personas más pobres del barrio.

En compañía de la señora Josefa Isaza, el 20 de noviembre de 1971 organizamos un monumento en honor a la Santísima Trinidad, en uno de los costados de la quebrada, exactamente, en la calle 45 A con carrera 54. Cada que llovía, la quebrada se desbordaba y, por eso, todos los sábados decidimos celebrar allí, a las cuatro de la tarde, una eucaristía en la que elevábamos nuestros rezos por el barrio Playa Rica. Desde entonces, la quebrada nunca se volvió a desbordar.

Otra de las acciones que emprendimos fue el acompañamiento de quienes estaban reclusos en la cárcel de Itagüí, que en aquel entonces tenía la sede donde hoy queda el CAMI. Se trataba de ayudarles a estas solitarias personas, caídas en desgracia. Y en 1988, con el apoyo de otras damas del municipio, conformamos un comité para llevarles regalos, elementos de aseo, y celebrarles además, la navidad.

En 1986, me integré al directorio Liberal, presidido por el Concejal Bernardo Vásquez. Allí, conformé el comando de juventudes con el que organizábamos diversas actividades como bingos, bailes, venta de licor, entrega de insignias y demás; y con los recursos obtenidos, apoyábamos a las personas de escasos recursos que hacían parte de este comité.

Nuestra labor por entonces, consistía en formar grupos para recorrer los barrios y organizar las brigadas de salud que incluían médicos generales, psicólogos y recreacionistas. También, les ayudábamos a las personas más necesitadas a conseguir los materiales para mejorar sus viviendas, e incluso, algunas personas del comité aportábamos nuestra mano de obra en estas acciones.

En el barrio, fomenté así mismo, el pesebre comunitario; y allí era muy grato ver a las familias congregadas para la celebración de la novena navideña, en donde recogíamos regalos para los niños, compartíamos natilla, buñuelos, hojuelas; y el 24 de diciembre, jugábamos a encontrar al niño Dios y con el ánimo de premiar al pequeño o al joven que lo hallara.

Toda mi vida he estado muy ligada a la iglesia, ya que desde que llegué a Itagüí formé parte del grupo de apoyo de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario, como lo mencioné al comienzo de este escrito. Años después, con la ayuda de otras personas nos pusimos en la tarea de conseguir el lote donde pudiéramos edificar una capilla, y fue así como uno de mis grandes sueños se cumplió, pues con el acompañamiento del párroco Miguel Ángel Villegas logramos construir la capilla de nuestro barrio.

Aún hoy, a los setenta y tres años, pertenezco a la Junta de Acción Comunal de mi barrio como integrante del Comité de Salud, con el que siempre he buscado el bienestar para mi comunidad, algo que seguiré haciendo hasta que Dios me lo permita.

La educación nos hace libres

Soy madre cabeza de familia hace dieciséis años, y aunque mis hijos ya son adultos he tenido que batallar mucho. Mi consejo para las jóvenes es amar profundamente la educación, la mejor vía para hacernos libres.

Gilma Jaramillo Cadavid



Gilma Jaramillo C. en un encuentro familiar.

Nací el 20 de julio de 1958 en Andes (Antioquia), en una familia muy numerosa, conformada por trece hijos. Mi padre fue un hombre muy responsable que se dedicaba a la albañilería. Mientras él trabajaba, mi madre además de las labores del hogar, criaba varios cerdos que luego vendía. Con ese dinero, ella misma compraba en

Medellín, las telas con las que nos hacía la ropa. Durante aquellos viajes, era mi padre quien se quedaba cuidándonos y cocinando, porque la verdad, lo hacía muy bien en la cocina.

Lo común en aquella época era estrenar durante la semana santa y en diciembre, aunque hubo tiempos muy difíciles en los que yo debía esperar que mi hermana llegara de la escuela para ponerme sus zapatos. Recuerdo que cuando estaba en primero de primaria, unos vecinos muy adinerados, amigos de mi madre, me regalaron la famosa cartilla de Coquito y luego, también me dieron el vestido de la primera comunión y unos zapatos blancos, de plástico, que yo debía limpiar con petróleo.

Llegué a Itagüí junto a mi familia, cuando había terminado el cuarto grado de la primaria; vinimos a vivir con mis abuelos. En aquel entonces, yo me las arreglaba como podía para cumplir con las tareas, pues los padres de aquellas épocas no solían acompañar a sus hijos en lo referente a la educación, a duras penas, se las daban. En ese tiempo, yo estudiaba en el Concejo Municipal, y lamentablemente allí, tuve un altercado con una compañera que me jalaba del pelo y tiraba mis cuadernos todo el tiempo. Todo comenzó cuando me defendí, y por poco me expulsan, pero tristemente, eso hizo que no me aceptaran el siguiente año, la razón por la que no estudié más.

Con los años, y en la idea de seguir formándome, decidí entrar a varios cursos de culinaria y modistería en el barrio San Pío, ofrecidos por la compañía Coltejer; así mismo, en Comfama aprendí a hacer tarjetas en pergamino y a pintar en tela. Y aunque estas actividades las disfrutaba mucho, todavía me soñaba en el colegio, resolviendo problemas de matemáticas.

Desde pequeña empecé a buscar trabajo, pero siempre me decían: “la llamamos luego”; en realidad, nunca me llamaron; eso sí, varios de los supervisores que me entrevistaron me dijeron que si quería trabajar, debería salir con ellos, algo que nunca acepté.

Cuando cumplí veinte años, conocí a un hombre maravilloso que me visitaba en casa, mientras mis padres, a cuatro ojos vigilaban que no me tocara y mucho menos, me diera un beso. A pesar de esta tortura, que todo el tiempo me hacía sentir vulnerada en mis derechos, o precisamente por

eso, quedé embarazada, lo cual fue recibido como una gran vergüenza, pues no era casada.

A los cuatro meses del embarazo, le dije a mi madre que me iría a vivir con mi novio, y ella me respondió que sí lo hacía nunca más sería recibida en la casa. En ese momento no le presté mucha atención y me fui con mi novio, y claro, además de vivir sometida, estuve aislada de mi familia durante mucho tiempo.

Mi vida de pareja muy pronto se volvió un caos por la infidelidad de mi compañero y sus continuos maltratos e insultos. Cuando quedé en embarazo de mi tercer hijo, él quiso que abortara. Ahora que lo pienso, sé que debió pasar antes, pero solo entonces comprendí que debía seguir adelante, sin él. Mi compañero se fue y tuve que levantar a mis hijos a como diera lugar. Mi hija mayor viajó a España en busca de nuevas oportunidades, y yo comencé a laborar en oficios varios, pues como no era bachiller, me descalificaban para otros trabajos. De ahí el consejo más grande que suelo dar: la educación es lo único que en verdad, nos hace libres.

Cuando mis hijos entraron a estudiar, comencé a participar en diversas asociaciones de padres de familia, para defender los derechos de los estudiantes. De este modo, empezó mi participación comunitaria. Con el tiempo, integré, igualmente, algunas veedurías ciudadanas, y actualmente, hago parte de la Junta de Acción Comunal de mi barrio; un espacio que me ha enseñado lo importante que es saber qué nos espera como comunidad y como individuos, pues todo lo que afecte al sector donde uno vive, incidirá en la vida de una, como mujer, y más todavía si es cabeza de una familia.

Así, participando y trabajando por la comunidad, he logrado estar ocupada todo el tiempo y disipar las penas que siempre aparecen. Se trata de entender que en la vida no todo es malo, pues no puedo negar que he vivido muy gratos momentos, como por ejemplo, haber traído al mundo a mis tres hijos y ser, además, la abuela de una niña de ocho años. Dios me dio así mismo, la oportunidad de conocer España en 2011; allí, estuve tres meses y pude viajar mucho. Por todo esto, ahora que escribo estas líneas, estoy muy contenta, porque sé que con ellas seré una mujer mucho más visible, algo que ratifica mi voluntad de enfrentar cada día de la mejor manera.

Mi casa está llena de recuerdos de Itagüí

*Siento un profundo amor por este municipio, pues mis raíces y
mi lugar en el mundo están aquí.*

Blanca Irene Acosta Restrepo



Blanca Irene Acosta en su antiguo barrio Artex compartiendo con sus vecinos. Años 80.

Durante sesenta y dos años viví en el barrio Artex, en una casa que mi papá construyó con bareque, latas y tapias. El solar lindaba con la quebrada en la que me bañaba cuando era joven. En esa casita nací, crecí, vi morir a mis padres y nacer a mi hija; esa humilde casa ha sido pues, el escenario de los momentos que han marcado mi existencia.

Nací en un hogar con muchas limitaciones económicas, razón por la cual solo pude estudiar hasta cuarto de primaria. Yo era de las que iba descalza al Colegio Gabriela Gaviria, que estaba donde ahora es el CAMI. En esa época, debido a las necesidades de la casa, mi madre habló con el patrón

para que me diera trabajo en su fábrica, y allí empecé a trabajar cuando apenas tenía quince; laboré con él durante veinticinco años, y salí pensio-nada de allá, debo decirlo, gracias a mi madre.

No me casé, pero convivo desde hace treinta y cinco años con un buen hombre, con quien tuve una hija, que es la luz de mis ojos y me hace sentir lo mismo, pues ella se mantiene pendiente de mí. Con el dinero que me ganaba arreglé la casa y construí el segundo piso de lo que se convertiría en nuestro gran patrimonio. Con los vecinos del barrio, así lo creo, conformamos una gran familia, en la que nos ayudamos muchísimo durante todos los años que compartimos ese espacio. Recuerdo que mientras pintaba mi casa, también organizaba la de mi vecina Rosalba para que las dos se vieran más grandes y hermosas.

Mis vecinos siempre me recordarán por el amor que siempre he sentido por la navidad: "... ya empezó Irene a poner villancicos, y eso que apenas es octubre", era una de las frases que más oía, pues siempre me ha gustado muchísimo esta época del año, porque mi madre me lo inculcó desde niña, y yo no quisiera que esa tradición se perdiera. Aunque mis padres ya no están, no puedo olvidar que mi madre al morir me encomendó organizar la casa y armar el pesebre en cada navidad. Diciembre es un mes diferente, que siempre me pone muy feliz.

Y así, de repente, como llegan los diciembres, un día cualquiera llegaron al barrio varias personas de Metroplús para notificarnos que nuestras casas desaparecerían por la nueva vía que requería este moderno sistema de transporte. La solicitud de desalojo era una obligación, pues se trataba de un proyecto gubernamental. Cuando nos comunicaron la noticia, yo comencé a llorar día y noche, sin comprender porque debía abandonar la herencia de mis padres, y el lugar que yo había mejorado con tanto esfuerzo.

Cuando me tocó irme, yo me sentía una damnificada al ver todas mis cosas afuera en la calle; fui de las últimas en dejar el barrio, ya que encontrar mi nueva casa no fue nada fácil. Sin embargo, con el tiempo puedo manifestar que Metroplús mejoró mi vida y la de mi familia, pues encontré la casa de mis sueños; yo quería una casa con terraza, que no estuviera rodeada de malos vecinos y que estuviera ubicada en una zona tranquila. Y así fue, la que hoy habitamos, tiene tres pisos en los que vivimos diez personas, don-

de todos tenemos una alcoba personal, y todo esto gracias al dinero que nos dio Metroplús.

Mi casa es especial, en la pared de la sala tengo todos los recuerdos de mi vida: las fotos de mi infancia y juventud; otras, de mi familia y de mi hija; unas imágenes que suelo contemplar a diario para revivir los días felices y no sentirme tan sola. ¡Cómo me gustaría que mis padres vivieran para disfrutar de esta, su nueva casa, al lado de toda la familia!

Aquí conservo, incluso, dos muñecas que fueron de mi hija, y aunque ella obviamente ya no juega con ellas, yo las organizo, les cambio la ropa y las peino. Estos dos simples juguetes forman parte de la decoración de mi sala, al lado del altar que les armé a varios de mis santos, a quienes alumbro todo el año con mis adoradas luces navideñas.

En esta nueva casa, yo he tratado de llevar la misma vida que antes; eso sí, con la felicidad de saber que todas las familias que fuimos reubicadas por Metroplús, hemos aportado al mejoramiento de nuestro municipio, ya que este proyecto va a darle más vida a Itagüí. Mi sueño es montarme en ese bus, recorrer mi antiguo barrio, pasar junto al lugar que ocupaba mi casa y recordar que allí transcurrió buena parte de mi vida, la de mi familia y las de mis vecinos de entonces, algo que nunca olvidaremos.

Mi vida, un pedacito de cielo

Cada persona puede hacer de su vida un pedacito de cielo, solo hay que saber vivir.

Elvia Acosta Montoya



Elvia Acosta y familia reunidos en torno a una celebración especial.

Soy huérfana desde los dos años. Desafortunadamente, no conocí a mi madre y mi padre jamás me habló de ella. Mi niñez fue dura, pues mi madrastra no nos quería y nos maltrataba, sin que mi padre se diera cuenta. De esa época, solo quisiera recordar lo bello que era esperar la llegada del niño Jesús, cada diciembre.

A los trece años me enamoré de quien hoy es mi esposo. Por esta razón, me internaron en un colegio de monjas, para separarme de él. Todavía no olvido lo que producía en mi esa canción que dice: “Si no eras para mí”, pues una vez sonaba, sabía que mi novio había llegado, y entonces yo me asomaba por una ventana para verlo durante dos o tres minutos, como máximo; un breve momento que se alargaba en nuestras mentes, que no se cansaban de repetir aquellas miradas de intenso amor.

El sueño de estar juntos se hizo realidad, tres años después. Me casé con él cuando yo apenas tenía dieciséis años. Del hogar que formamos ese día, nacieron siete hijos, quienes a su vez, nos han regalado doce nietos y dos bisnietos; cada uno de ellos, con una personalidad arrolladora, que me permiten entender hora tras hora que la vida es ante todo, un mar de aprendizajes que nunca terminamos de explorar.

Siempre me he esmerado por dar un buen testimonio con mi existencia; por ser un buen ejemplo para los demás y ser coherente entre lo que digo y aquello que hago. Durante treinta y cinco años he sido una peluquera, que en muchas ocasiones ha hecho de madre, amiga, y consejera para muchos. A pesar de mis problemas, siempre trato que mis clientes se sientan lo mejor posible; incluidos los más “peligrosos” de Villa Paula, mi barrio, quienes no se levantaban de la silla de mi salón de belleza sin llevarse un buen consejo para sus vidas, pues me he caracterizado por ser una mujer de muy fácil comunicación con los demás.

De esta labor, mi mayor aprendizaje fue, paradójicamente, cuando les enseñé a otras personas de barrios marginados de Medellín, como Villa del Socorro, Carambolas, Santo Domingo y San Cristóbal, lo que es el oficio de la peluquería. “Gracias profe, porque ya hice mi primer corte, y pude comprar arroz y aceite para la semana”, frases como esta, me dijeron lo potente que es el trabajo comunitario, una tarea que en realidad, puede cambiar vidas.

No puedo dejar de mencionar lo que me sucedió un día, hace quince años, cuando conocí un lugar que me confundió, que me estremeció. Allí, comencé a creer que podía aprender mucho e, incluso, cambiar diversos aspectos de mi vida que consideraba inmodificables. Había llegado al Club Rotario, al que entré, como se dice, como diamante en bruto, y en donde verdaderamente, me han enseñado qué es vivir en comunidad. Un lugar en el que he pasado los mejores años de mi vida.

Pienso en este ejercicio de escritura, y sé que aunque hay muchas historias que podría contarles, no puedo dejar de relatar la siguiente:

En el barrio Villa Paula viví por muchos años con mi familia. Allí teníamos nuestra casa unas quince o veinte familias, aproximadamente. Un día,

mientras me dedicaba a las labores cotidianas, me visitó un grupo de personas que representaban el proyecto Metroplús; y en medio de la zozobra escuché como mi apuesta de la vida: la casa que con tanto amor habíamos construido, desaparecería.

Después de muchos encuentros y diálogos, fuimos la primera familia en salir del barrio Villa Paula y ubicarnos en los Naranjos, un barrio que me ha enseñado a vivir en paz y tranquilidad. En realidad, no esperábamos tal recompensa. Para mi familia fue como habernos ganado el premio mayor de la lotería. Recibimos un poco más de dinero del que inicialmente creíamos; y hoy todavía recibimos el apoyo de esta firma cuando lo necesitamos.

Esta experiencia y el compartir con muchas personas a lo largo de mi existencia, me ayudó a comprender que siempre hay que tener una sonrisa en los momentos adversos, porque construir en la tierra ese pedacito de cielo, no es tarea fácil, pero tampoco es algo imposible.

Temor al cambio

Cuando los del Metroplús vinieron a darnos la noticia, pensé que me iba a morir.

María Rosalba Suaza Ramírez



Rosalba Suaza con sus dos hijos en su anterior barrio Artex.

Nací en Santa Bárbara, soy la mayor de cinco hermanos, y a mi papá lo asesinaron cuando yo aún era una niña, así que junto con mi madre tuve que asumir las riendas de la casa y empezar a trabajar desde muy joven; una circunstancia que me impidió estudiar. Cuando tenía ocho años llegué a la ciudad a trabajar en casas de familia, en

las que me pagaban veinte pesos; con este dinero le ayudaba a mi mamá, aunque no siempre alcanzaba, pues éramos muchos y entonces, no lo puedo olvidar, hubo jornadas pasadas por el hambre.

En 1976, cuando tenía veinte años me casé, y mi esposo compró una pequeña casa en el barrio Artex. Allí, nacieron mis hijos, y aunque no había ningún lujo y todo era muy humilde, ese pequeño espacio era el patrimonio que sabíamos, le dejaríamos a nuestros hijos y nietos

Durante treinta y tres años viví en ese lugar con mis cinco hijos. Allí, supe lo que era sacar adelante un hogar sin la ayuda de un compañero, pues mi esposo nos abandonó hace más de veinticinco años. Por eso, decidí crear mi propio negocio en la casa, de modo que pudiera estar junto a mis niños. Con la ayuda de mi hermano, quien vive conmigo desde hace veinte años, logré salir adelante junto a mi familia.

El barrio era muy tranquilo, estaba conformado por unos muy buenos vecinos con los que compartíamos muchas cosas; recuerdo por ejemplo, que siempre que hacía el típico sancocho de pezuña, debía repartirlo en toda la cuadra. En ese barrio hice grandes amigas que se convirtieron en mis reales hermanas, quienes me apoyaron en todo momento, cuando de verdad, lo necesitaba.

Pero las cosas cambiarían, y por fortuna, para bien. En 2007, tocaron a nuestras puertas las asesoras de Metroplús, para explicarnos que por nuestro barrio pasaría la línea del sistema de buses articulados, razón por la cual debían negociar con nosotros el valor de las propiedades que habitábamos, ya que éstas desaparecerían.

Hace exactamente tres años, el 8 de agosto, me fui de mi antigua casa, y aunque realmente fue muy duro dejar atrás tantos recuerdos, vecinos y amigos, la historia tuvo un final feliz. Sin embargo, no puedo olvidar lo que yo les decía a las asesoras de Metroplús: “Señoras, yo me quiero morir aquí en esta casa, no me quiero ir” pero ellas me hicieron entender que el cambio sería para mejorar la calidad de vida mía y de mi familia.

Como lamentablemente, padezco artrosis degenerativa; y por ello, el médico me ha prohibido caminar, subir escalas, barrer y trapear, mi casa debería ser sumamente cómoda. Esta circunstancia me infundía mucho miedo,

ya que yo requería una casa que estuviera en un sitio muy seguro, porque además, mis hijos trabajan hasta muy tarde.

En un comienzo, yo no me quería ir porque pensaba que el dinero que nos darían no alcanzaría para comprar la casa que necesitábamos; y porque además, yo tenía un negocio muy acreditado, en el que vendía aguardiente, cerveza y ropa. La verdad, estaba muy triste con el cambio, pero Dios me premió al darme una casa mucho mejor, más grande, bonita, barata y en el mismo barrio.

El tiempo ha pasado y veo con alegría que cuando los procesos son bien planeados, las cosas salen bien. Todos tuvimos la ayuda de los sociales y otros profesionales que nos asesoraron en cada etapa. También asistimos a varias charlas en las que nos explicaron paso a paso las implicaciones y beneficios del proyecto. Todo eso fue un aprendizaje para mi vida, ya que además, nos capacitamos en varios temas que desconocíamos.

De la cuadra, yo era la más pobre y la que más hijos tenía: pero afortunadamente, ahora vivo mejor. Gracias a Dios soy muy feliz con mi familia en este, mi nuevo hogar, pues nuestra calidad de vida ha mejorado indudablemente. Yo quedé muy bien ubicada y el Metroplús va a pasar justo al frente de mi nueva casa; eso para mí es muy satisfactorio, pues saber que lo vamos a usar a diario, nos complace mucho, ya que esto nos prueba que no fue en vano haber dejado nuestra antigua casa. El proyecto, lo esperamos, beneficiará a muchos itagüiseños.

Nueva casa, nuevas oportunidades

He sido una mujer luchadora, pues no me rindo en el primer intento. Hoy, afortunadamente, siento que mi vida ha mejorado, me siento feliz.

María Graciela Urán Giraldo



María Graciela acompañada de su nieta en el taller de sensibilización “Encontrando mi propia voz”, que hace parte del proceso Mujeres Visibles.

Me encanta todo lo que hago, a los sesenta y siete años me siento como una de treinta. ¿Qué cómo lo he logrado? No existe otra clave que dedicarnos a lo que en verdad nos guste y soltarnos de los momentos tristes de la vida, esa es mi respuesta. Hace treinta y tres años perdí, por ejemplo, a mi hijo, que sólo tenía doce al ser atropellado por un carro cuando iba para la escuela. El dolor que me generó este hecho fue inimaginable, ya lo comprenderán, pero con los días aprendí que debía quedarme con su eterna sonrisa y no con el sufrimiento que originó su partida; lo mismo he procurado aplicar después de la muerte de mi esposo,

a causa de un infarto, hace diez años. Me quedé con su mejor imagen y eso me ha ayudado a seguir adelante.

Hace unos seis años, aproximadamente, unas personas que dijeron representar a la firma Metroplús tocaron las puertas de mi casa, y créanme que mi manera de ver el mundo me hizo pensar en que se venía algo bueno para mi comunidad. Sin embargo, nunca pensé que se trataba de cambiar de vivienda, pues siempre creí que moriría en la que tenía. Todavía recuerdo las caras de la mayoría de mis vecinos llenas de tristeza y desesperación cuando nos dijeron que teníamos que abandonar nuestras casas, y no era para menos, ¿quién dice que era fácil dejar ese pedacito de tierra en el que habíamos invertido tanto tiempo, amor y trabajo?

Fue un proceso arduo, pero gloria a Dios, con mi dedicación pude hallar la casa que buscaba. Todos los días me despertaba con la mentalidad puesta en buscar, comparar y comprar algo que en verdad, representara una mejora para mi vida. Esa era la actitud, claro, apoyada en Dios.

Yo no sabía cuánto dinero nos iban a dar y mi casa aunque no era muy grande, si tenía unos muy buenos acabados. Así que siempre pensando en lo mejor, salía desde muy temprano a buscar la casa con la que Dios me bendeciría. Hasta que por fin, la encontré en cercanías de la clínica Antioquia, y sin saber cuánto dinero me iban a dar, lo repito, le hice una propuesta a sus dueños, quienes necesitaban venderla con urgencia; y en menos de un día llegué a un acuerdo con ellos.

Pero lamentablemente, el dinero que me dieron por mi antigua casa no me permitía comprar la nueva propiedad que había visto, así que tuve que hacer un préstamo, que fortuna hoy me permite narrarles las buenas nuevas que me trajo arriesgarme en este proyecto que, además, me ha abierto nuevas oportunidades en mi vida. Como mi hija es enfermera y trabaja actualmente en la clínica Antioquia, por la cercanía con la nueva casa, yo opté por llevarle el almuerzo, y quién lo iba a pensar, varias de sus compañeras al ver la sazón de mis platos, le plantearon que ellas me comprarían el almuerzo si yo aceptaba prepararlos.

Ante semejante propuesta, mis días en la actualidad, se reparten en mi nueva casa de la siguiente forma: en las mañanas voy a misa, para darle gracias a Dios por tantas bendiciones; luego, compro los ingredientes para

los quince o veinte almuerzos que vendo a diario entre los compañeros de mi hija; y dedico las tardes a la promoción y venta de productos marca Yambal, Ebel, Leonisa y Natura, una actividad que he realizado por muchos años, y que era la base de mi sustento económico.

Como pudieron darse cuenta al leer estas breves líneas, he sido una mujer luchadora, que no se rinde al primer intento. Hoy, siento que mi vida ha mejorado, me siento feliz. Y eso, en gran parte, por contar con una casa que está ubicada en un lugar estratégico del Municipio, pues queda cerca del parque principal, de la clínica y de la iglesia, ¿qué más puedo pedirle a Dios? Todo ha sido una bendición de parte suya, unas obras que se concretaron gracias a mi trabajo diario y mi actitud hacia la vida, la mejor manera de mantenerme joven, de sentirme de treinta años cuando ya tengo más del doble. Si la aplican, verán los resultados mucho antes de lo que imaginan.

La mujer vicentina

“Todos deberíamos convertirnos en los cirineos de quienes han perdido la fe, la esperanza y la alegría. Una voz de aliento puede vencer muchas dificultades”.

Tulia Diez de Mesa



Tulia Diez de Mesa, la mujer vicentina de Itagüí.

Nací el 25 de enero de 1932 en la Estrella, Antioquia; soy la segunda de una familia compuesta por ocho hijos. Mis padres se llamaron Felix Antonio Díez y Carmen Julia López.

Aunque pobres en recursos económicos, éramos ricos en los valores cristianos y humanos que nos formaron: respeto a la vida y a los bienes ajenos,

buenos modales, amor al trabajo y honradez. Así vivíamos de una manera simple pero agradable. La tierra era para nosotros la vida, pues de ella recibíamos los frutos sembrados con sudor y fatiga. El producto de las pequeñas siembras se convertía en pesos para obtener lo necesario para vivir; no había lugar para lujos ni despilfarros.

Gracias a Dios, pudimos disfrutar de una vida tranquila sin los azotes de la violencia que se vive ahora. Nuestra casa era una humilde vivienda de tapia construida con esfuerzo, amasada con las manos de hermanos y vecinos, que con tierra y pisón empañetábamos los tablones, que luego se convertían en paredes tan finas que aún hoy siguen firmes a pesar del tiempo; a ella regresamos de cuando en cuando para evocar tan buenos recuerdos y sentir la frescura del aire puro y el olor a verde, a flor, a campo.

Estudié muy poco por varias razones, entre ellas, porque vivíamos muy retirados de la escuela, y porque mis padres me necesitaban para apoyarlos en las tareas del hogar, mientras se dedicaban a la agricultura. En mis ratos libres me pasaba haciendo croché y bordados. Con seguridad, las líneas que pondré a continuación debo señalarlas como el detonante para ser lo que hoy soy; pues nunca olvidaré que mi madre solía llevarme de su mano mientras visitábamos los más pobres de nuestra localidad en los que reparábamos ropa y alimento. Aquellos lugares eran distantes de nuestra casa, razón por la cual debíamos atravesar unos grandes descampados rodeados de montes y cañadas, y fue de esta forma que aprendí de primera mano lo que es la caridad.

Mientras crecía, me sentí tímida y esquivada ante los piropos de los jóvenes, pero a la vez, me daba cierta seguridad la compañía de mis hermanos y de mi madre quienes me acompañaban en las largas caminadas.

A los 18 años y de acuerdo a la usanza de la época, conocí a Luis Alfonso Mesa, hijo de familia de buenas costumbres quien con previo permiso de mis padres comenzó a visitarme en la casa y después de un año pidió mi mano para unir nuestras vidas en matrimonio el 21 de abril de 1951.

De esta unión nacieron once hijos, a quienes pudimos educar y formar – no sin esfuerzo –, pues gracias al trabajo de ambos, él en la Cervecería Unión S.A. y yo desde mi oficio de costurera aportábamos al hogar nuestras ganancias para sacarlos adelante. Además, motilar y aplicar inyecciones

eran otras formas de ofrecer a los vecinos y conocidos un servicio oportuno realizado con sencillez y caridad.

“La oración debe ir acompañada de obras”, es una frase que siempre he seguido. Desde muy pequeña el amor por los más necesitados, me ha llevado a realizar labores que nunca imaginé concretar, pero que he logrado materializar al participar por ejemplo, de la Sociedad San Vicente de Paúl, de la cual hago parte hace treinta y cuatro años.

Ver a una familia que consigue hacerse a una vivienda es algo que me alegra sobre manera el alma. No alcanzo a dimensionarlo, pero sé que han sido centenares de familias las que han recibido el apoyo de esta Sociedad en Itagüí, especialmente en barrios como: Santa María, el Ajizal, Los Gómez, El Porvenir, Pedregal, El Rosario, La Cruz y El Progreso.

Mi mayor alegría, sin duda alguna, es sentir que la vida se manifiesta en pequeñas o extraordinarias situaciones. Experimenté por algunos meses la enfermedad, la incapacidad de caminar por mis propios medios y sentí cómo mis piernas y mis fuerzas se debilitaron; pero la fe que he depositado en Dios, el amor de mi familia y lo que siento por los más necesitados, propició mi recuperación y más todavía, me permitió ofrecer un testimonio o un ejemplo para quienes ante un pequeño o gran problema pierden las esperanzas. Mi devoción, pero sobre todo, las ganas de seguir luchando por los más pobres me impulsó a levantarme y abandonar esa silla de ruedas, algo que parecía imposible.

Días después de este renacer de la vida, con la ayuda de Gloria Luz Vanegas, subí hasta el Pico de Manzanillo, atravesando la montaña por el barrio Los Gómez, para ir en busca de la señora Julia Rivera, una anciana de noventa años que atravesaba una situación verdaderamente difícil. No me importaron las dificultades que nos imponía ese camino, pues en mi corazón solo cabía la idea de ayudar a aquella desvalida mujer.

La Sociedad San Vicente y la Conferencia Santa María Madre de la Iglesia decidieron postularme en 1993 al reconocimiento que se le entrega año tras año a la mujer más solidaria de Antioquia. Y fue así como el 10 de marzo de 1994, recibí el título como la sexta mujer más solidaria del Departamento de Antioquia. “No solo se reconoce en ella su carisma tan especial, al trabajar por los pobres, sino que se reconoce lo importante que

es para todos nosotros ver a esta mujer, su espíritu de lucha, la fe, el amor y la alegría que la caracterizan”, fueron las palabras que escuché en aquel evento, al recibir tan magno reconocimiento: las mismas que aún conservo en mi mente, y del cual los pobres son los primeros en merecerlo.

Hoy puedo decir que más de mil niños se han beneficiado del preescolar que fundamos en 1995 en el barrio El Guayabo –Santa María, la mayoría de ellos han terminado sus estudios y son ahora unos profesionales que han logrado aportarle diversas cosas al Municipio. Y aunque yo no tuve la oportunidad de estudiar, mi más grande deseo es que todos los niños reciban una educación digna y con calidad. Por eso lucho a diario, para que ello suceda.

“El ropero vicentino”, es el nombre que lleva un proyecto del cual muchas familias se han beneficiado. Como desde niña me preparé como modista, he destinado muchas horas de mi vida a confeccionar y reparar diversas prendas con un enorme amor, pensando en lo alegres que se pondrán quienes usen esas prendas.

Así pues, he regido mi vida por un lema: que quien se acerque a mí, encontrará una mano amiga. Cada pequeño o gran recurso que gestiono lo hago para compartirlo con mis niños, jóvenes y adultos, sin mirar su procedencia o religión. Con la ayuda de muchas personas de gran corazón hemos logrado apoyar a muchos que verdaderamente sufren en nuestra localidad. Y hoy, que nuestro proyecto no solo se conoce en el país, sino también por fuera de éste, al levantarme cada día siempre le doy gracias a Dios, a quien le pido además, mucha salud, sabiduría y las fuerzas necesarias para recorrer caminos cada vez más grandes, siempre acompañada de una certeza: quien no vive para servir, no sirve para vivir.

Muchos lugares, un solo objetivo

A lo largo de mi vida, muchas mujeres de distintos rangos y niveles de formación han marcado los procesos sociales y educativos en los que he participado.

Luz Nelly Colorado Salazar



Retrato de Luz Nelly Colorado.

Escribir acerca de mi vida es, sin duda, un reto interesante y difícil, a la vez. No es fácil inventariar el cúmulo de vivencias que han contribuido a mi desarrollo personal y profesional, y siempre será interesante evaluar el devenir histórico como ser social.

Soy uno de los productos más evidentes del amor de mis padres, que lamentablemente ya fallecieron. Fui la tercera entre ocho hijos. Mi niñez fue un cuento hermoso por la inocencia y el cuidado esmerado de mis padres

en todos los aspectos. Ellos, un par de campesinos de Pereira, siempre procuraron que adquiriéramos los valores que nos permitieran llevar una vida transparente. Cuando todavía éramos unos niños vinimos a la ciudad, en donde por fortuna y gracias a la dedicación de mis padres vivimos en una buena casa, tuvimos la alimentación adecuada, los cuidados necesarios para conservar una óptima salud y, sobre todo, una buena formación. Todo esto, sembró en mí las bases para comportarme con gran responsabilidad a lo largo de mi existencia.

Al terminar la secundaria comencé a trabajar como auxiliar de contabilidad en diferentes empresas, lo que me permitió ingresar a la Universidad de Antioquia, para concretar uno de mis grandes sueños: estudiar Trabajo social. Mientras laboraba y estudiaba nunca dejé de participar en diversos grupos sociales y políticos como las acciones comunales, los grupos juveniles, de mujeres, los sindicatos, algunos movimientos políticos, entre otras organizaciones; algo que me ayudó muchísimo para poner en juego los elementos teóricos que adquirí en la Universidad, y que luego, pude afianzar una vez me gradué como profesional.

Mientras realizaba la monografía de Grado de Trabajo Social: “Condiciones socioeconómicas y familiares de los desplazados de Urabá que llegan a la ciudad de Medellín”, comencé a ejercer mi profesión en el campo de los Derechos Humanos, al trabajar con población desplazada por la violencia. Luego, me desempeñé en el área de la reubicación y el mejoramiento de vivienda rural, esto permitió fortalecer proyectos familiares y sociales en su hábitat con el aporte Estatal.

Recuerdo que además, viajé a diferentes municipios de Antioquia y una experiencia que me resulta inolvidable fue haber participado del hermoso universo de la educación rural, donde pude compartir todos mis conocimientos con los niños y jóvenes del campo, al ser su profesora y enseñarles mediante la modalidad de Escuela Nueva, a muchos de ellos, sus primeras letras. Regresé luego, a Itagüí, para trabajar con el programa de la Secretaría de Bienestar Social del Municipio con el I.C.B.F. acompañando a diversos niños y jóvenes con libertad asistida y dinamizando el programa de empleo de emergencia dirigido a la población vulnerable. Aquí pude adquirir experiencia en trabajo interdisciplinario para el bienestar social y los aprendizajes más significativos fueron metodologías sociales para el

compromiso individual y colectivo en el desarrollo humano y social sin depender siempre de la “ayuda” Estatal.

Así mismo, participé en el programa “Rutas de vida” de la Gobernación de Antioquia, con el cual pude promover diversas acciones tendientes a garantizar la equidad de género en diversos municipios del nordeste, suroeste y occidente de Antioquia, así como en otros programas como las asambleas constituyentes del nordeste y el occidente antioqueños

En Vigía del Fuerte y Murindó compartí con la Organización Indígena de Antioquia –OIA– en varios programas que incentivaban el trabajo organizativo de género. Esto, me permitió acercarme de otra manera a la cultura de estas comunidades, en las que lamentablemente se ejerce violencia con las mujeres. Soy consciente de lo importante que es respetar sus propias leyes, pero cada vez estoy más convencida de que es necesario consolidar allí un trabajo muy fuerte en relación con la equidad de género.

Al volver de nuevo a mi casa en Itagüí, tuve la oportunidad de laborar en la comuna 13 de Medellín, para acompañar a la población vulnerable en varios procesos de carácter económico. Entre los aspectos relevantes de esta experiencia puedo resaltar el emprendimiento femenino para mejorar sus condiciones de vida, a pesar de la violencia social en su territorio. Luego, me llamaron para trabajar en nuestro municipio ITAGUI, en la Secretaría de Deportes y Recreación, en la que laboro actualmente, al integrar el equipo biomédico dedicado a garantizarles el bienestar a los deportistas.

En los ratos libres me gusta acompañar los grupos de mujeres de Itagüí y Medellín y algunos programas sociales del Municipio que buscan el cambio de las condiciones de vida de sus integrantes o de los habitantes del entorno en donde éstos actúan. Lo importante es participar, sólo así se podrá pensar en un futuro equitativo para todos y todas. La paz no es solo menos violencia, es ante todo, equidad en el bienestar social y en la construcción de mejores condiciones logradas a través de la voz, de la acción conjunta.

Una madre luchadora

Ya no quiero ser esclava de nadie, y aunque sé que todos los hombres no son iguales, no vuelvo a meterme con ninguno de ellos en mi vida.

Luz Marina Clavijo Cardona



Retrato de Luz Marina Clavijo.

Mi niñez fue muy buena, recuerdo que lo más bello era ser tan inocente y disfrutar con tanta alegría de los momentos simples que tiene la vida en esa época, como por ejemplo, esperar al niño Jesús durante cada navidad, aunque luego me enterara que eran mis padres quienes nos traían los regalos. Ese día me gané una pela, y hasta ahí llegó mi infancia.

Soy de una familia humilde, por eso desde muy joven empecé a trabajar para ayudarles a mis padres, pues con lo que mi papá ganaba no alcanzaba para mantener los doce hijos que conformábamos el hogar. Aunque crecimos en medio de muchas limitaciones, hemos sido una familia muy unida y creo que por eso, logramos salir adelante.

Estudié hasta quinto grado de primaria; una etapa de la que todavía recuerdo lo mucho que disfrutaba compartir con mis amigas y aprender cosas nuevas cada día. Las materias que más me gustaban eran Español y Sociales. De ese tiempo recuerdo muchas cosas con gran aprecio y nostalgia, pues me hubiera gustado seguir estudiando, pero como éramos tantos hijos, el dinero no alcanzaba para darnos estudio a todos, y menos aún, a las mujeres, que de acuerdo con lo que se pensaba en esa época, no lo necesitábamos.

Cuando empecé a trabajar, me encantaba tener tiempo para mí: bailar y mantenerme bonita eran mis preocupaciones de entonces, pero me casé muy joven, y al poco tiempo quedé embarazada. Nacieron entonces, los dos más grandes regalos que me ha dado la vida: mis hijos Diego y Verónica. Ellos han sido mi mayor motivación y la razón por la que aguanté tantos maltratos, pues el hombre que elegí por esposo me dio muy mala vida. Recuerdo que cuando aún estaba de dieta tuve que trabajar lavando pisos en medio de una granizada, y de puro milagro no me pasó nada malo.

Él no me dejaba estudiar, porque según sus ideas, las mujeres que estudiaban se volvían malas madres. Tuve entonces, que dedicarme a trabajar en empresas, restaurantes y casas de familia. Después de esas largas jornadas, llegar a mi casa, implicaba comenzar a aguantarme los reproches de mi esposo, que siempre me celaba sin motivo alguno, a pesar de que yo era quien llevaba la carga económica del hogar, porque él no trabajaba.

Esta situación la soporté durante siete años, gracias a que un día una de las jefes con la que trabajaba me dio un consejo muy sabio "... deje a su esposo, usted es capaz de salir adelante sola y luchar por sus hijos", en ese momento entendí que uno no tiene por qué estar con alguien que no te respeta, y comprendí que la vida así, no vale la pena. Por esa razón decidí divorciarme, el día más feliz de mi existencia.

Sin embargo, él me demandó por abandono de hogar. Después de varios días recibí una llamada que nos citaba a los dos en la comisaría. Allí, la juez le explicó que la mayor parte de mi tiempo lo dedicaba al hogar y que era yo quien respondía por mis hijos, así que no era posible hablar de abandono, que la ley me amparaba y que él debía aceptar el divorcio.

Desde ese momento, emprendí mi vida como madre soltera y por ello, he trabajado muy duro para darles una vida digna a mis hijos. Actualmente, sigo trabajando: en la casa tengo varias piezas alquiladas, vendo helados y diversos productos de revistas. Vivo tranquila, manejo mi tiempo, disfruto con mis amigas y hago parte de un grupo de mujeres, que nos reunimos en el Concejo de Itagüí para hablar y apoyarnos entre todas.

Como mujeres pensamos que nuestra estabilidad emocional no puede depender de alguien más; mi ejemplo de vida puede enseñarles que podemos salir adelante sin ellos, y que así seamos madres solteras, esto no es un impedimento para luchar por nuestra familia.

Me siento bendecida por Dios, y cada día le agradezco por permitirme compartir con mis hijos y mis nietos Cristian y Luciana: ellos, son mi mayor orgullo y cada que me levanto le pido a la virgen que me brinde la salud necesaria para ser la madre y abuela que se desvive por ver a su familia muy feliz.

Llevamos la vida en el vientre; y en nuestros sueños, la vida

Comencé a trascender, al convertir mi profesión en una verdadera vocación. Las vivencias con los menores y sus familias me han ayudado a comprender la importancia de mi papel en la sociedad. El encuentro con los pequeños en el salón de clases, es para mí, como un tanque de oxígeno que me permite seguir creyendo y levantarme todos los días, para disfrutar de sus ocurrencias, sus necedades, sus palabras, su ingenuidad y su inocencia.

Luz Elena Colorado Ortíz



*Profesora Luz Elena Colorado, junto a sus pequeños de preescolar
en la Institución Educativa María Josefa Escobar.*

Nací en Itagüí, y aquí he vivido toda la vida. Siempre he pensado que las mujeres deberíamos ser cada vez más “visibles”, pues muchas llevamos la vida en el vientre; y otras, la vida misma en cada

uno de nuestros sueños. Yo crecí en el hogar de Jorge Emilio Colorado, quien con su trabajo comunitario y sindical me dejó una herencia social invaluable; y junto a él, María Bernarda Ortiz, mi amorosa madre, que siempre me ha llevado de su mano para conocer el mundo. De los dos, aprendí que la vida es ante todo un encuentro en donde lo importante es servir.

A lo largo de mi vida, he conocido muchas mujeres que vale la pena destacar: Blanca Mesa, Margarita Moncada, Gloria Colorado y Luz de Baena, que en paz descanse, son solo algunos nombres. Las menciono porque todas ellas han dejado huella en mi manera de ver el mundo, gracias a su compromiso, dedicación y liderazgo, siempre en función del desarrollo del municipio de Itagüí.

Por mi condición de mujer han tratado de asustarme; lo digo así, porque he vivido varios momentos en los que sentí que otros querían opacarme; pero esas mismas circunstancias fueron las que me impulsaron a sacar la voluntad necesaria para resurgir, como la cigarra, y seguir persiguiendo las metas que me tracé. Entre ellas, reconocirme como una mujer valiosa y convertirme en una profesional, no por el título, sino como una forma de decirme que cada día puedo ser mejor.

Los niños y las niñas se han convertido en la fuente para alimentar mi vida, y motivarme todo el tiempo, para crear un estilo de vida, que me permita reflejar lo mejor de mí al compartir cada instante con todo aquel que cruzara las puertas del hogar infantil Abejitas, del ICBF, en Itagüí. Aceptar la responsabilidad y confianza que me brindaban los padres al entregarme sus hijos, es algo que minuto a minuto me ha permitido dimensionar la importancia de mi quehacer.

Después de muchos años de trabajar en el hogar infantil, la vida me llevó a la Institución Educativa María Josefa Escobar, ubicada en la vereda Pedregal, del corregimiento del Manzanillo; un lugar hermoso no solo por su ubicación, en una zona rural, el pulmón de este Municipio, sino además, por la belleza de su gente.

Allí, llegué hace catorce años. Comencé como maestra de los grados cuarto y quinto, y al año siguiente recibí el Preescolar. Por eso, el oficio de mi vida, para lo que nací, lo que amo, lo que más disfruto y a lo cual le pongo

el alma y el corazón es a ser maestra de los niños y las niñas, en especial, de Preescolar. Disfrutar de sus ocurrencias, su ternura, las necesidades, sus palabras, la ingenuidad, la crudeza, su inocencia, su amor, la capacidad de perdonar, la solidaridad, la locura, el disfrute de lo simple, la forma de sorprenderse, sus pequeñas y grandes luchas, los besos, los abrazos, las cartas que hacen con sus primeros trazos, los regalos ingenuos, las bendiciones que me dedican, esas preguntas que me revuelcan, el descubrimiento de las letras, los números, el juego como solución; todo eso, reafirma mi quehacer pedagógico.

En este lugar he tenido la oportunidad de conocer otras muchas mujeres de gran valía como maestras: Martha Echeverri, Ana Lucia Toro, Idalia Betancur y mi gran amiga y maestra, ya fallecida, Socorro Ochoa, quienes en todo momento le han apostado al desarrollo de la comunidad de Pedregal.

La invitación, después de escribir y releer esta pequeña historia es para que todos nos pongamos en la tarea de pensar y sentir el lugar que nos merecemos en la sociedad; y para ello, es clave enterarnos del potencial que todos tenemos, de nuestra inmensa capacidad de amar, que de niños la ponemos en práctica todo el tiempo y luego, la olvidamos, porque la única manera de ser coherentes con el hermoso hecho de existir es entendiendo que el derecho que nos define como seres humanos es el derecho a la igualdad.

Por un trato igual para todos

Los discapacitados, los niños y los adultos mayores son mi razón de ser.

Lucía Grisales Hernández



Retrato de Lucia Grisales Hernández.

Solo quedamos cuatro de los doce hermanos que nacieron en el hogar de mis padres, Jesús y María, tres de ellos discapacitados. Desde muy pequeños, los lazos familiares se rompieron por todo lo que vivimos mientras crecíamos; el dolor parecía algo inevitable en mi casa, aunque como se dice, el sufrimiento siempre es opcional. Mi padre era un hombre

autoritario, de mal genio y neurasténico; mi madre, era en cambio, una mujer llena de valores, sumisa y entregada al hogar. Tal vez, semejante disparidad me llevó a convertirme en una defensora de los derechos humanos, para mejorar las condiciones de vida de los más vulnerables, y promover un trato digno con todas las personas, al reconocerme y reconocer a los demás, como sujetos de derechos y no como objetos.

Durante diez años hice parte de la familia de Confecciones El Nardo. A partir de 1979 me desempeñé como operaria de máquina y como bombera. Por esos mismos años, me uní a mi padre y a otros vecinos para reclamar el servicio de agua potable para San Pio X, nuestro barrio, un derecho fundamental que por fortuna nos reconocerían más adelante.

En septiembre de 1994 contraí matrimonio con un excelente hombre que lamentablemente tenía múltiples complicaciones de salud, razón por la cual, permanecía hospitalizado por largos periodos. Con el tiempo, pude gestionar ante el Instituto de los Seguros Sociales, una prótesis de pierna que necesitaba en reemplazo de la pierna que había perdido por culpa de la diabetes. Pero lamentablemente, en agosto de 2008 falleció a causa de las diversas complicaciones que lo atacaban.

En 1997 me sumé a la Asociación de Usuarios del Seguro Social, una entidad que por esa época se encontraba en crisis. En ese entonces, apoyé a muchísimos adultos mayores, para que les entregaran los medicamentos de manera oportuna. Cuando el Seguro Social desapareció, me uní a la Asociación de Usuarios del Hospital del Sur.

Como lo demuestra lo que va de este relato, siempre he pensado que la salud es la fuente del equilibrio en la vida, por eso acepté también, hacer parte del Comité Municipal de Veedurías Ciudadanas, el cual integro desde 2002, y en el que he coordinado las comisiones de Salud, SISBEN y MANÁ del municipio de Itagüí. Con el programa MANÁ, realizamos un excelente trabajo en 2006, del que vale la pena destacar el mejoramiento de la bodega, la organización del archivo y la inclusión de más de doscientos niños con nivel 3 al programa de desempeño. En octubre de 2008, esta práctica fue reconocida como una experiencia de éxito, y recuerdo que asistimos y expusimos dicho programa en el marco del Día Internacional de la Seguridad Alimentaria.

Debido a los logros obtenidos, recibimos la visita de una docente de la Universidad de Nicaragua, que pretendía informarse para poder replicar esta experiencia en su país. También nos visitó un profesor de la Universidad de la Salle, que buscaba comparar nuestro programa con el plan Bogotá sin Hambre. Y en 2011, la Contraloría General de la República, a través del comité de apoyo al control social llegó igualmente, a nuestro municipio, también con el ánimo de conocer más sobre este proceso.

Por mi experiencia de vida, siempre he estado atenta a las barreras arquitectónicas para mejorar las condiciones de tránsito de los discapacitados. En junio de 2010, presentamos un derecho de petición ante la Nueva EPS, solicitando silletería y ascensor para los adultos mayores y las personas discapacitadas. Hoy, dicha solicitud ya es una realidad y es muy grato ver cómo el centro comercial La Torre ya cuenta con estos elementos.

Así pues, con paciencia y esfuerzo he contribuido gracias al apoyo de otros compañeros, a la concreción de diversos beneficios para nuestra comunidad. Por ello, para conseguir una mayor efectividad en dichos trámites, trato de capacitarme todo el tiempo en temáticas asociadas a lo público, pues siempre he creído que la mejor defensa es conocer a fondo cuáles son los derechos que nos arropan como ciudadanos. De eso, se trata la participación, no de pedir, sino de argumentar.

Volver a comenzar

A los treinta y cinco años, decidí que mi vida iniciaría otra vez; entendí que nacimos y somos libres; y que así lo sepamos, pocas veces lo creemos, y la verdad, es que somos la clave de la existencia.

Yolanda Restrepo Aguirre



Yolanda Restrepo junto a su hija Ana María.

- ¿Cómo se las arreglan para estar sesenta y cinco años juntos?
- Nacimos en un tiempo en el que si algo se rompía, lo arreglábamos, no lo tirábamos a la basura.

Este pequeño diálogo, que deambula por las redes sociales, me ayudó a entender que mis padres han compartido sus vidas por más de sesenta años, como una pareja que entendió que el amor consiste en haber elegido a alguien, y volverlo a elegir todos los días.

En ocasiones, mi madre ha pronunciado estas palabras, y aunque se trata de unas enseñanzas dignas de compartir, también la vida me ha enseñado que hay ciertos hechos que no son tolerables.

Entre mis proyectos, cuando apenas cursaba segundo de bachillerato, estaba convertirme en una enfermera, una profesión que mi madre no veía con buenos ojos. Sin haber cumplido los dieciséis años, tuve mi primer hijo, la misma edad en la que decidí casarme y conformar una familia, algo que supuso dejar atrás muchos sueños. Y por supuesto, cumplir otros.

Al nacer el tercero de mis hijos, las discusiones con el hombre que era mi esposo en ese entonces, se volvieron muy frecuentes. Y aunque soy consciente de que no debió suceder, quedé en embarazo después de separarme. Recuerdo que pasaba los días rogándole a Dios que me enviara una niña, y así fue, Ana María es el nombre que recibió mi pequeña, quien hoy es mi gran amiga y compañera.

Así, a los treinta y cinco años, comencé a escribir un nuevo capítulo en mi vida. Llegué a Itagüí sin conocer a nadie, pero a los pocos días me enteré que uno de los vigilantes del CAMI, era también de Armenia. Y con su ayuda pude asentarme en esta localidad, al presentarme a las diversas convocatorias de formación y trabajo que publicaba la Administración Municipal.

Después de validar el bachillerato en la nocturna de la Institución Diego Echavarría Misas, me capacité en Equidad de Género y Familia, dos temas que me han apasionado desde niña. Con la formación que recibí, me uní a un grupo de compañeras para crear la Asociación de Mujeres de Itagüí – AMI- hace dieciséis años, una entidad que hoy reúne a más de cien mujeres que participan de procesos sociales, ambientales, culturales y productivos.

Dos o tres años atrás, la asociación entró en una tremenda crisis por el mal manejo de los recursos y las envidias, a veces es muy difícil trabajar entre mujeres porque tenemos problemas de autoestima, amor propio, confianza y seguridad que atentan contra nuestros mismos proyectos.

Decidí entonces, alejarme de esta organización y con el apoyo de otras compañeras fundamos la Corporación Población Vulnerable CORPOVI, una entidad sin ánimo de lucro que se define a partir de la gestión de proyectos y programas tendientes a mejorar la calidad de vida de niños,

jóvenes, adultos mayores, habitantes de calle, personas en condición de discapacidad, desplazamiento forzoso y mendicidad.

Con los habitantes de la calle, hemos desarrollado diversas actividades desde hace tres años. Algo de gran importancia fue detectar que la Administración Municipal no tiene un diagnóstico real de esta población. Nuestra Corporación ha reconocido ciento diez habitantes de la calle en El Municipio, de los cuales, hay cuarenta sin identificar. Con ellos nos reunimos para brindarles un almuerzo, apoyarlos con los trámites del SISBEN y ofrecerles la asistencia en los hospitales cuando alguien pretende vulnerar sus derechos como ciudadanos. En la actualidad, cuatro señoras que amanecían en las aceras de la localidad, reposan en un centro de rehabilitación ubicado en San Antonio de Prado, gracias al apoyo de nuestra corporación.

Así mismo, hemos capacitado a varias madres, cabeza de familia, en la elaboración de productos químicos como jabón líquido y removedor de esmalte para uñas. E igualmente, la Cámara de Comercio nos apoya en talleres de emprendimiento, fortalecimiento y asociatividad.

También soy defensora de los derechos humanos y participo en la Mesa de Derechos Humanos de la Personería de Itagüí hace diecisiete años y en la Mesa de Víctimas hace un año y medio.

Pienso en todo esto., y sé que nada impedirá que siga luchando por mi comunidad, en especial por las mujeres. Si bien, algunos hechos tristes como la muerte violenta de mi hijo Cristian David, en septiembre de 2013, me han puesto a pensar muchas cosas; hoy, soy consciente de que mi labor tiene que continuar, porque pase lo que pase, las mujeres al ser las hijas de hoy, y las madres y las abuelas del mañana, somos la clave de la existencia humana; y más todavía, de la vida en comunidad.

Líder comunitaria

Cada quién decide aquello que quiere ser en la vida. Para la gran mayoría de las mujeres, ser madres, esposas, abuelas, amas de casa es algo que está escrito; yo elegí un camino diferente: me dediqué a trabajar por mi comunidad.

Gloría Luz Vanegas Arroyave



Gloría Luz Vanegas junto a su madre María Celina Arroyave.

Mi historia como líder tiene su origen en mi familia. Fueron ellos quienes me inspiraron, pues mi padre y mis abuelos fueron unos grandes líderes comunitarios en Yalí y Yarumal, lo mismo que en el barrio Santa María II, de Itagüí, donde las huellas de su trabajo aún son visibles. Así pues, desde niña me gustó participar y promover distintas iniciativas en cada uno de los centros educativos por los que pasé: la I. E. Bernardo Arango Macías, la Salle de Campoamor, El IDEM Avelino Saldarriaga y el Liceo Concejo Municipal de Itagüí.

Muchos de los proyectos que promoví en dichos colegios aún están vigentes, como los desayunos para los estudiantes; el rosario al iniciar las clases, como un espacio de encuentro; los incentivos para los alumnos sobresalientes y las ayudas económicas para los jóvenes de familias muy pobres.

A los quince años ingresé al movimiento Juvenil Villa Paula y a la Junta de Acción Comunal del barrio Santa María II, en el que recuerdo, defendí con gran ahínco los derechos de los Gitanos, que solían ser vulnerados por algunos alcaldes y habitantes del municipio. Luego, formé parte del grupo de compañeros que promovieron la construcción de la sede de la Acción Comunal del barrio y el edificio del hospital Santa María.

Con el apoyo de muchos líderes comunitarios, entre ellos, los gitanos, logramos recolectar el dinero para comprar el lote. Por eso, el Hospital Sur Gabriel Jaramillo Piedrahita, sede Santa María tiene alma gitana. La activa participación de este grupo y los aportes de la Regional de Salud de Antioquia, el Ministerio de Salud, los líderes del barrio y del concejal y médico, por quien lleva el nombre el Hospital; hicieron posible este gran sueño.

En 1981, ingresé a la Sociedad San Vicente de Paúl, de la cual aún soy socia. Así mismo, fui la fundadora de la pastoral de la salud de la Parroquia María Madre de la Iglesia. Con estas dos entidades realizamos en noviembre 5 de 1993 una actividad con los niños del barrio; y ese mismo día, de forma indirecta contribuimos al desarme de ciento veinte jóvenes del sector. Con el apoyo del párroco John Jairo Betancur Vélez fundamos el Semillero de Paz de la Arquidiócesis de Medellín, al que pertenecen actualmente más de cinco mil niños. Dicho semillero se inició con los hijos de los mismos jóvenes que entregaron sus armas.

Mis labores comunitarias continuaron al sumar mis esfuerzos para la creación del Parque Lineal de la quebrada Doña María, el cordón verde de la avenida Santa María, la construcción de algunas de las aceras del barrio y de las cubiertas de las canchas. De igual forma, hice parte de la veeduría ciudadana del municipio de Itagüí, fui elegida como presidenta de la Acción Comunal Santa María II, y en la actualidad, soy la representante legal de la liga de usuarios del Hospital Sur y trabajo en el convenio Itagüí-Comfenalco, como profesora de manualidades.

Todo este listado de acciones lleva mi sello, sin duda alguna, pero más aún, se debe al apoyo que me ha brindado mi comunidad; pues, sin ellos nada de esto hubiera sido posible. Mi trabajo como líder comunitario es inspirado en ellos, razón por la cual, quise componer un himno al líder comunitario, esas personas que sacrifican muchas veces sus proyectos personales en favor de los demás.

Himno al líder comunitario:

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad;
Tener como meta
que la paz hay que lograr.*

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad.
Y lograr que el desarrollo
hoy se pueda alcanzar.*

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad,
y acabar con la violencia
que nos quiere azotar.*

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad
y buscar, pues, el camino
que nos lleve hacia la paz.*

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad,
y lograr que nuestras metas,
hoy, se puedan alcanzar.*

*Qué lindo es ser un líder
de nuestra comunidad.*

Una vida, muchas historias

Mi trabajo lo direccioné a las familias y, en especial, hacia aquellas que tienen niños pequeños. Desde esta perspectiva surgió la Corporación Social Mies de Amor, fundada con el objetivo de formar en valores a la comunidad, y fortalecerla en la moral religiosa y la ética.

Luz Marina Hernández Granada



Luz Marina Hernández compartiendo el taller de sensibilización con integrantes de la Corporación Social Mies de Amor.

En la madurez de mi existencia, he aceptado la propuesta de escribir una parte de la historia de mi vida. Y lo primero que se me ocurre es pensar que desde que nacemos hasta nuestra muerte, todos vivimos diversas experiencias, que hoy me atrevo a llamar muchas vidas, en vez de denominarlas anécdotas o historias.

Mi vida comenzó en la preciosa Perla del Ruiz, Manizales. Allí, pasé mis primeros años, una época sin complicaciones para alguien que a esa edad

ni siquiera comprendía qué pasaba a su alrededor; tal cual le pasa a la mayoría de los niños, y digo la mayoría, porque a todos nos pasa, hay ocasiones en las que a pesar de la corta edad, percibimos aquello que sucede alrededor, y esos mensajes son las primeras cicatrices o huellas indelebles que nos marcan para el resto de la existencia, sean buenas o malas.

Mi adolescencia, como suele pasar, vino acompañada de ilusiones, enamoramientos y deseos de realizar mis sueños, pero ¡oh! sorpresa, fue entonces, cuando el camino me dirigió hacia la angustia, las batallas y las conquistas. A los veintiún años empecé a luchar por una educación superior y a los veintitrés, ya era madre y esposa, sin haberme casado. Lo de ser madre y esposa lo debí combinar entonces, con varios cursos de fotografía. Participaba en cuanta capacitación me fue posible y aún hoy sigo haciéndolo, como una opción para luchar cada vez por un mejor empleo. Participé así mismo, en diversos programas deportivos, recreativos y sociales; e hice parte del Club Deportivo Rapaz, donde ocupé varios cargos, entre ellos, como auxiliar deportiva del área de la salud, dentro del equipo de ciclistas de dicho club.

A partir de 1991 me mudé con toda mi familia a la vereda La María del municipio de Itagüí. En cuanto nos ubicamos, saltaron a la vista la inmensa cantidad de necesidades que había en este lugar; fue así como decidimos unir esfuerzos entre los vecinos para procurarnos la independencia al separarnos de la Junta de Acción Comunal del barrio San Javier. El proceso lo adelanté en compañía de otra líder visible de la zona, Liliana Garro, con quien promoví la conformación de nuestra junta. En marzo de 1995, obtuvimos la personería jurídica, un pequeño-gran triunfo que nos animó y fortaleció para construir junto a todos los habitantes del lugar, un territorio que nos brindara una mejor calidad de vida.

La Vereda aún carece de muchos recursos indispensables como el agua potable y unas vías de acceso adecuadas. Sin embargo, poco a poco hemos conseguido algunas cosas. En 1997, obtuvimos la placa polideportiva, después de lucharla para que pudiera servirle de sitio de práctica y encuentro al equipo de fútbol femenino que logramos consolidar. Todavía recuerdo el día en que las madres y esposas, sin haber practicado nunca antes este deporte, nos pusimos la pantaloneta y los guayos para jugar contra las jóvenes solteras, y disfrutar por fin, de un espacio que era nuestro.

Hoy, en mi condición de presidenta de la Junta, sé que la batalla principal es por el agua potable, de la cual carecemos en pleno siglo XXI; y eso que estamos ubicados a cinco minutos del Acuaparque Ditaires.

Después de veintitrés años de haber convivido con mi compañero, éste murió. Afortunadamente, ambos habíamos conocido una nueva filosofía que nos ayudó a aceptar maravillosamente el paso de este mundo a la vida espiritual, convencidos de que nos reencontraremos en medio de nuestros seres queridos. Pongo esto, y pienso que ha llegado el final de este escrito. Solo quería compartir estos pequeños trazos sobre mi vida, que espero, fortalezcan a quien los lea.

El valor de una familia

La familia, tal como lo dijo Juan Pablo II, “es la primera y más importante escuela de amor”. Un buen núcleo familiar es la puerta de entrada para acceder a una educación de calidad.

Luz Marina Agudelo Pabón



Familia Pabón Agudelo en la graduación de sus dos hijos mayores.

Aún conservo los recuerdos más bonitos de mi infancia en El Pedregal, una vereda que hace parte del corregimiento El Manzanillo de Itagüí, el municipio en el que nací el 6 de septiembre de 1962, hija de Pedro Pablo Agudelo y Nury Pabón. De aquella época puedo hablar con nostalgia, pues nuestros juegos eran tan simples como ocultarnos entre los

cafetales y jardines que nos rodeaban, para salir de éstos a todo vapor y gritar luego junto a un muro cualquiera: un, dos, tres por mí. Hoy, que veo a los niños jugar solo con la tecnología, recuerdo con más afecto aquellos tiernos juegos de mi niñez.

Con mis hermanos y amigos, disfrutábamos sin cansancio alguno de las reuniones que armábamos en las ramas de los árboles de naranjas, mientras comíamos todas las que se nos antojaban. Ordeñar las vacas era todo un ritual, que efectuábamos con la felicidad de quien aprende algo que nunca más olvidará: había que controlar sus posturas, limpiarles las ubres, agarrar la cola, poner la cubeta y exprimir hacia abajo para que la leche saliera. Nunca antes habíamos recibido tantas instrucciones juntas, una experiencia que añoro, y que lamentablemente muy pocos niños del Municipio pueden disfrutar hoy, porque ahora todo es cuestión de abrir la nevera y ya, como si las cosas se produjeran por arte de magia; y claro, si los adultos cada vez sabemos menos del campo, qué decir de nuestros niños.

En aquellas épocas, venir al parque para hacer alguna diligencia era toda una experiencia. El recorrido lo hacíamos a pie, y claro, vivíamos muchas más experiencias que las que hoy puede vivir alguien que toma un bus que lo lleva en unos quince o veinte minutos. Lo nuestro eran dos o tres horas de mirar y mirar cada detalle que la naturaleza nos ponía en frente. Hoy, la gente en los buses escasamente se mira; nosotros, mientras caminábamos siempre estábamos atentos a saludar y conversar con cuanto vecino nos encontrábamos.

Estudié varios años en la Institución Educativa Juan Echeverry Abad, ubicada en nuestra vereda, claro que tuve también, la oportunidad de cursar algunos grados en la Institución Educativa Gabriela Mistral, de la que no tengo los mejores recuerdos, pues nos castigaban con mucha frecuencia a punta de reglazos, o lo que era peor, nos dejaban media hora más en el patio, después de finalizar la jornada.

Pero no todo pueden ser recuerdos. Hoy, me considero una todera, pues nunca le hice ni le hago el feo a nada. A los doce años conseguí mi primer empleo. Ayudaba en el aseo de varias casas, y por esto recibía 200 pesos al día. En enero de 1995 me gradué como bachiller del Colegio Nuestra Señora del Rosario y a los pocos días comencé a trabajar en confecciones, una labor que realicé durante doce años.

En mi juventud fui muy amiguera y creo que fui a todas las heladerías de Itagüí, porque solía quedarme, y todavía creo poder hacerlo, tardes y noches enteras escuchando la música de los años 60; pues esas canciones son mi gran pasión. Y por ello, cada que tengo la oportunidad, asisto a los conciertos de quienes interpretan este tipo de música.

A los treinta y un años, me casé con Víctor Pabón, con quien llevo casi veinte años como su esposa. Junto a él, puedo decirlo, he vivido los acontecimientos más felices de mi vida, entre ellos, obviamente, los nacimientos de mis tres hijos: Julián, de dieciocho años, estudiante de Arquitectura en la Universidad Nacional; Sebastián, de dieciséis años, estudiante de Licenciatura en Español de la Universidad de Antioquia; y Natalia, un milagro de la virgen de Loreto, que tiene diez años y estudia en la Institución Juan Echeverry Abad. Nuestro hermoso hogar, con dificultades, alegrías y problemas, siempre ha permanecido unido gracias a la Virgen y a Dios, a quienes solemos rezar en familia.

Siempre me ha gustado trabajar por la comunidad, tocar puertas y compartir lo mucho o lo poco que sé, soy muy creyente y apoyo al párroco de mi comunidad en la recolección de los mercados para las familias más necesitadas del sector. Siempre trato de aportar en cada lugar que piso, pues me impulsa saber que cuento con el apoyo de mi esposo y de mis hijos para emprender cada proyecto al que me lanzo con la ilusión de hacer feliz a otros, y claro, de que mi familia y yo misma nos realicemos como personas. En eso consiste la vida para mí: crecer como personas al ayudar a los otros.

Al servicio de Itagüí

Para mí ha sido motivo de gran alegría haber nacido un 16 de diciembre, justo el día de los aguinaldos. Definitivamente, los astros me quisieron dar un mensaje.

Yudy Gómez Aguirre



Yudy Gómez junto a su hijo Jonathan.

Mi familia es sin duda alguna, mi mayor orgullo. Me siento bendecida por haber nacido en el hogar conformado por José Bernardo Gómez y Fanny Aguirre Montoya. Mi padre fue una verdadera inspiración para mi existencia, pues todo el tiempo me enseñó el valor de la palabra, la franqueza, la seriedad, el sentido de pertenencia y la responsabilidad. Él, un líder político me ayudó a entender la política como una práctica dispuesta para jalonar el desarrollo de Itagüí, y por ende de mi región y del país; lamentablemente, mi padre dejó este mundo en 2009.

Mi madre, Fanny Aguirre Montoya me enseñó con su ejemplo diario a ser disciplinada, perseverante y valiente; hoy puedo decirlo, ella es mi gran amiga y confidente. Y junto a ella, otra cábala, el número dos siempre presente. Tengo dos hermanas menores, Adriana y Lucy, ambas educadoras, las madres de mis dos sobrinos, Julián y Valentina. Soy, además, madre cabeza de familia de otros dos hermosos seres: un joven artista y talentoso de veinte años, llamado Jonathan y de una bella niña, llamada Jennifer, de dieciséis años, quien es madre de un hermoso niño a quien pusimos Emmanuel, mi nieto. A mi hija la admiro muchísimo por su enorme valentía, a pesar de su corta edad.

Yo tuve la oportunidad de estudiar tres años de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Pontificia Bolivariana, que lamentablemente no seguí. Además, me formé como secretaria y en el manejo de bibliotecas, razón por la cual me he podido desempeñar en el sector educativo.

En mi afán por defender los derechos de la clase trabajadora, hice parte del grupo fundador del Sindicato de Empleados del Municipio de Medellín SIDEM. Así mismo, he sido la presidenta de la Asociación de Padres de Familia del Colegio Diego Echavarría Misas, allí me desempeñé como una promotora de bienestar estudiantil, al gestionar la alimentación para trescientos cincuenta niños, entre quienes, logramos además, que les dieran los uniformes a doscientos de ellos.

En este mismo colegio fui una de las participantes más activas durante la toma pacífica que adelantó toda la comunidad educativa, en defensa del carácter público de esta entidad, pues uno de nuestros anteriores alcaldes quiso venderlo al desconocer que este centro educativo nació del espíritu filántropo de quien le dio el nombre. Después de muchos encuentros y reuniones, esta institución sigue siendo pública, una historia nada menor si se tiene en cuenta la gran cantidad de familias que se benefician de ella.

Por mi labor, al frente de la preparatoria de niños y jóvenes que participan del concurso de oratoria de los colegios del municipio, he recibido diversos agradecimientos de parte de la Personería Municipal de Itagüí. Actualmente, formo parte de la Junta directiva de la Acción Comunal del barrio que habito, y soy la vicepresidenta de la Red de Veedurías Ciudadanas de Itagüí, la representante legal de la veeduría de la tercera edad e igualmente,

pertenezco a las mesas de Derechos Humanos y la que representa a la comunidad L.G.T.B.I.

Como se desprende de lo anterior, mi felicidad está en acompañar cualquier iniciativa social en el municipio que tanto me ha dado: Itagüí. Cuento con la fortuna de trabajar con el Dr. Gustavo Ramos quien es mi benefactor político, y quien debo decirlo, me ha permitido aportarles a varias personas del municipio para que puedan hacer realidad sus pequeños grandes sueños.

Quiero y siempre querré a Itagüí. Por eso, me rodeo de aquellas personas que comparten mi sentir, gente que ama de verdad a nuestro municipio, tanto o más que yo; y con quienes trabajo a diario para que esta localidad sea cada día mejor, alcance la prosperidad y le permita a sus habitantes, construir sus historias de vida en espacios llenos de paz.

Pequeño territorio de ideas

En la urbanización, a nuestro modo, le hemos dado existencia a este territorio que todos llamamos: “mi barrio”, del que me siento orgullosa y en el que hemos realizado una gran diversidad de actividades que involucran a nuestros vecinos y a todo el Municipio.

Sandra Milena Taborda



Sandra milena Taborda en compañía de los niños del barrio San Agustín-San Gabriel, a quienes acompaña en las “cenitas de hogueras”.

Diversos atractivos turísticos, culturales y deportivos rodean mi barrio, ubicado en la zona central de Itagüí, pues tenemos por vecinos nada menos que al Estadio Metropolitano, el Acuaparque Ditaires, el Coliseo, la Casa Museo y la Casa de la Cultura. Hace trece años vivo en la urbanización San Agustín-San Gabriel, llamada así porque se

halla en la intersección de estos dos barrios, un lugar tranquilo y agradable, que pertenece a la comuna tres.

Para comenzar, debo contarles que actualmente, tengo treinta y seis años y un hijo de once, llamado Juan Manuel. Mis padres son Gilberto Taborda y Aracely Martínez; y tengo además, dos hermanos: María Janeth y Alexander.

Al terminar mis estudios de secretariado general en el SENA, trabajé durante varios años en el área de servicio al cliente, en el Contact Center de EPM. Pero eso es pasado; hoy, reparto mis días entre la familia, el trabajo comunitario y las ventas estacionarias, en el parque Ditaires. En este lugar trabajo los fines de semana, y fue allí donde conocí la Asociación de Venteros de Itagüí –ASOVENI-, a la que pertenezco desde que empecé a trabajar en dicho lugar.

Luego, un día que pareció uno cualquiera, pero que ya verán lo especial que es, recibí una invitación para participar de una reunión de la Junta de Acción Comunal, que fue fundada hace ocho años, el 11 de julio de 2005. En ese entonces, yo ni siquiera sabía qué significaba esa sigla; así que fui más por curiosidad que por otra cosa. Y la curiosidad de aquel día se ha convertido en un estilo de vida, pues desde aquella ocasión llevo participando de manera activa seis años. Con el tiempo, tengo una certeza: la JAC -Junta de Acción Comunal- no se borrará de mi mente, porque allí encontré el espacio para desarrollar diversos trabajos con los niños, los jóvenes y los adultos de nuestra comunidad: la razón de ser de mi existencia.

Un barrio no lo definen los vecinos, sino los amigos; y eso es lo que somos los integrantes de este equipo que promueve y ejecuta distintos proyectos en beneficio de todos los habitantes del sector. Las problemáticas de una comunidad nos ponen a los líderes a recorrer diversos caminos, a veces ya recorridos; en otras ocasiones, apenas por andar, hasta encontrar las posibles soluciones y orientar a la comunidad en función de su crecimiento y desarrollo.

La JAC de mi barrio no contaba con una sede propia. Los encuentros se realizaban, como en otras épocas, en las salas de nuestras casas; e incluso, los hacíamos en algunas tiendas, para que así, los demás vecinos nos conocieran y pudieran participar.

Los bingos bailables, la venta de empanadas y chorizos y las rifas son las actividades que realizamos con mayor frecuencia, para integrar el barrio y recolectar fondos en pro de ese espacio del que ahora nos sentimos orgullosos: Todos sabemos que el trabajo comunitario tiene una larga tradición, que comenzó con las mingas y los convites, dos palabras muy poco conocidas por las nuevas generaciones, pero sin las cuales nuestra historia como país sería bien diferente.

Al ser la vocera de la comunidad vivo enterada de lo que se espera para el sector; y así mismo, realizo diversas actividades, por ejemplo, con los niños de mi barrio, a quienes acompaño por mencionar una sola, en las “cenitas de hogueras”, en las que preparamos juntos los adobes y la madera para encender la fogata y hacer una pequeña fritanga. Entre las comidas que compartimos, las más apetecidas son las salchipapas. Cada uno trae de sus casas algún ingrediente: las papas, los huevos, el aceite, las salchichas, la sal, y en un abrir y cerrar de ojos reunimos todo lo necesario. Después, la tarea, más allá de ayudarles a cocinar, es compartir un buen rato con ellos, y obviamente, poner cuidado para que ninguno de ellos salga lastimado.

Aunque parezca algo sin importancia, este tipo de actividades es todo un espacio de enseñanza-aprendizaje porque tanto los niños como yo, nos despojamos del orgullo, el odio y los prejuicios, y compartimos sanamente. Yo les enseño a cocinar y ellos me enseñan a divertirme de manera sencilla. Mi objetivo, sin embargo, es poder realizar muchas más actividades que los involucren a ellos, en torno a diversos temas educativos y culturales.

Así, con esta y otras actividades, yo soy cada vez más consciente de los aspectos importantes que hemos conservado y de la evolución que hemos tenido como comunidad, gracias a la lucha conjunta de todos sus habitantes. Son muchos los procesos que se encuentran bloqueados por ese vicio inmediatesta de pensar que no se puede, que es muy difícil juntarnos, y por ello, más allá de colaborar, lo importante es cohesionar a la gente, ponerlos a pensar como habitantes de un mismo territorio. Eso es lo que más satisfacción me produce: ayudar a través del liderazgo que ejercemos.

El placer de enseñar

No nací en Itagüí, pero hay una canción que dice que lo importante es el lugar donde uno lucha a diario; y en mi caso, Itagüí ha sido ese sitio, pues aquí llevo más de cuarenta y siete años luchando a diario como una líder comunitaria, además de ser la cuna de mis hijos.

Olga Lucía Zapata León



Retrato Olga Lucía Zapata.

Una vez obtuve el grado de profesora, hoy puedo plantearlo de este modo, todo ha sido caminar hacia la realización personal y profesional, pues esta labor solo me ha dejado grandes satisfacciones. Soy normalista y el trabajo con la comunidad, a partir de la educación de los niños y los jóvenes en distintas instituciones educativas me ha permitido acercarme de primera mano a las necesidades y problemáticas que rodean sus familias, y por consiguiente, a las zonas donde habitan, la mejor fuente de información para alguien que quiere trabajar por su comunidad.

En diferentes ocasiones me he desempeñado como secretaria de la Junta de Acción Comunal de mi barrio, La Unión. Así mismo, tuve la maravillosa oportunidad de integrar el primer proyecto promovido por la Nación en favor de los jóvenes violentos de la zona, llamado: “Paz y Convivencia”, con el que se les ofrecía diversas opciones laborales, según las edades de los participantes, con el fin de que dichos jóvenes pudieran incorporar otras rutinas en sus vidas

En el Instituto Popular de Cultura me capacité en varios temas: derechos humanos, control social a la gestión pública, formulación de proyectos para la prevención de la violencia e, igualmente, hice parte de la escuela itinerante de liderazgo femenino para el desarrollo de la paz y la democracia local. En la actualidad, formo parte del semillero infantil “Amigos del Árbol”, del cual soy una de sus fundadoras; un tema que me apasiona, a tal punto que soy veedora del medio ambiente en el Municipio. También fui una de las fundadoras de la Asociación de Mujeres de Itagüí –AMI-, y así mismo, hoy también formo parte de la Junta de CORPOVI, una corporación que trabaja por los desplazados y las madres cabeza de familia víctimas de la violencia.

Entre mis mayores alegrías debo incluir la capacitación que recibí en alfabetización y educación básica con jóvenes y adultos y mi participación como facilitadora en el proyecto Cleba. Al trabajar con la población adulta, pude contribuir a un triste diagnóstico que nos permitió conocer el alto índice de analfabetismo que existía en Itagüí.

Con el ánimo de ayudarle a esta población, recorrimos durante seis años los diferentes barrios de Itagüí, para devolverles a muchos adultos de nuestro municipio, la posibilidad de insertarse de mejor manera en nuestra sociedad al aprender a leer y escribir. Uno de los grupos que mayor impacto me produjo fue el conformado por los estudiantes especiales del barrio San Pío. Se trataba de veinticinco alumnos, entre hombres y mujeres, que a pesar de sus limitaciones eran muy atentos, respetuosos, alegres e incluso, ocurrentes. Todavía no olvido cómo les enseñamos a conocer las monedas para que algunas personas no los engañaran más. Ellos siempre estarán en mi corazón, pues nunca antes fue tan evidente lo que el oficio de la docencia puede hacer por las demás personas, y claro está, por quien les enseña algo tan sencillo, pero tan decisivo en sus vidas.

Recuerdo así mismo, con igual afecto, a una pareja de esposos del barrio Olivares, que tenían un granero, aunque ninguno de los dos había recibido educación alguna. Como sus hijos eran todavía muy pequeños, ellos se turnaban para ir a estudiar: Ella iba los sábados y él los domingos, o viceversa. En todo caso, quien iba el sábado llevaba la tarea del otro y al revés, un trabajo verdaderamente en conjunto, hasta que ambos lograron graduarse; y por supuesto, verlos ese día fue algo muy emocionante para mí.

Durante la ejecución de este proyecto, se publicó además, una revista titulada “De mi puño y letra” donde cada una de las alfabetizadoras describimos las circunstancias laborales que rodeaban a las mujeres en el municipio de Itagüí. Mi escrito se enfocó en analizar cómo la mujer ha ido conquistando diversos espacios laborales, tanto en el campo como en la ciudad, sin que ello no signifique seamos víctimas del montón de problemáticas que afecta a los trabajadores colombianos; y que en muchas ocasiones, se incrementan en nuestro caso, por ser mujeres.

Es inocultable que muchas mujeres hemos sido víctimas de las dobles o triples jornadas laborales, pues al llegar del trabajo, igual debemos cumplir con las labores de la casa, muchas veces sin recibir la colaboración de los esposos; e incluso, sufrimos, también en muchas oportunidades de fuertes dolores de cabeza, espasmos musculares, tristeza, irritabilidad, gastritis, estreñimiento y hasta de inapetencia sexual, por la carga laboral a la que a veces se nos somete; y sin embargo, casi nadie se detiene a mirar estos aspectos.

La discriminación salarial y el acoso sexual son otro par de factores que aún hoy continúan presentes en el mundo laboral. A su vez, la recesión, la quiebra de las empresas, los procesos de globalización y privatización afectan sin duda alguna, las condiciones de participación de las mujeres en el campo laboral, pues todavía prevalece la figura masculina sobre la mujer, si alguien tiene que elegir entre ambas. Por todo esto, es que he decidido convertirme en una incansable luchadora por la educación integral de los niños y las mujeres, porque creo que estos dos segmentos poblacionales son los que en verdad, pueden aportarle a la transformación del mundo. Siempre estaré dispuesta a compartir lo poco que sé con quien quiera aprenderlo, porque difundir mis conocimientos es lo que me hace una mujer feliz, una sensación que quisiera que cada vez más personas la experimentaran.

Tan libre como lo queramos ser

Siempre tomé la decisión de trabajar por mi comunidad.

María Rosa López Villada



Retrato María Rosa López.

Nací en el hogar conformado por Antonio Jesús López y Carmen Tulia Villada. La fecha, agosto 3 de 1948; el lugar, una vereda llamada Ladera, del municipio de Betania. Llegué a Itagüí en 1959, junto a mi familia. Aquí, cursé la primaria, lo hice en la Escuela María Jesús Mejía, que en aquel entonces quedaba donde está hoy el almacén Flamingo.

Solo estudié hasta sexto grado porque muy prontamente entendí que debía ayudar con los gastos de la casa. Eran épocas difíciles, y mi madre, la mujer que más admiro, tomó la decisión de separarse de mi padre porque éste era muy irresponsable. Dejarlo, le significó a ella, sacar adelante, sola, a sus ocho hijos; y a nosotros, enfrentarnos a nuevas responsabilidades, a muy temprana edad.

No tengo ninguna duda, por todo lo sucedido con mi padre, crecí con resentimientos y temores hacia los hombres. Y aunque la juventud fue una época que disfruté muchísimo, y en la que tuve muchos amigos, siempre supe que no me casaría. Recuerdo, que los domingos, después de la misa del medio día, me quedaba junto a mis hermanas dando vueltas y vueltas en el parque principal, mientras esperábamos que abrieran las discotecas para quedarnos bailando hasta las seis o siete de la noche.

Pero no solo había diversión. Mi vida laboral comenzó en serio, a los dieciséis años, cuando ingresé a Satexco, la empresa en la que obtuve la pensión, después de trabajar allí treinta y ocho años. No podría hablar de una fecha precisa, porque siempre me gustó el trabajo comunitario, pero hace unos veinticinco años que decidí concentrar mi vida alrededor del trabajo para los demás. He participado en la junta directiva de Asocomunal de Itagüí, en las ligas de usuarios del Hospital San Rafael y de la IPS Promedan; y he sido veedora de la salud a nivel municipal. La salud es esencial para cualquier ser humano, y por ello, he optado por seguir muy de cerca las iniciativas que tienen que ver con este tema.

A la Junta de Acción Comunal llegué gracias al trabajo ambiental que emprendí con un grupo de niños. Lo ambiental, fue el tema que me servía como pretexto para impartirles diversas enseñanzas sobre la vida. Yo sé que muchos de ellos, que ahora son unos ciudadanos en todo el sentido de la palabra, aprendieron conmigo el amor por los árboles. Fueron cinco años en los que reunión tras reunión, le pensábamos a la relación hombre-naturaleza.

En la empresa fui una líder sindical, y me capacité en el tema. Todos los conocimientos que adquirí allí, los replicaba entre las mujeres del barrio. Con ese propósito, conformé un grupo de veinte mujeres, con las que emprendí un trabajo de concientización en torno a lo subyugadas que es-

taban, para que elevaran su autoestima y pudieran actuar de otra forma y en otros espacios

Una vez fui nombrada presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio Satexco, comencé a tramitar con EPM, el suministro de agua potable para el sector, ya que ésta provenía de la quebrada Doña María, y no recibía además, ningún tratamiento.

Las razones de esta iniciativa, saltaban a la vista: las incomodidades, pero sobre todo, la presencia de muchas enfermedades justificaban la propuesta. El proceso no fue fácil: las tutelas y la argumentación, cuando uno comienza con un proceso de éstos, y más todavía, sin haber estudiado, se convierten antes que en los mecanismos para lograrlo, en un obstáculo. Nuestras peticiones fueron rechazadas no una ni dos, sino muchas veces. Pero un buen día, decidí estudiar los derechos que proclama nuestra constitución para presentar una propuesta lo suficientemente fundamentada, para que no pudieran negarnos el derecho al líquido más bello e importante del mundo.

Hablé con el Alcalde de la época y a esa reunión asistimos más de cuarenta personas, que logramos que Satexco fuera tenido en cuenta y sus habitantes pudieran acceder al agua potable, lo mínimo para cualquier ser humano. Los dirigentes de la empresa se comprometieron a pagar la mitad de la obra y con este acuerdo, y la participación de la Alcaldía, logramos concretar uno de los sueños que más orgullosa me ha dejado.

Siempre me ha dolido la injusticia y el abandono. Sin el agua, el barrio estaba abandonado; y hoy siento lo mismo cuando veo a un adulto mayor que es excluido por su familia. Pensar en el otro, es para mí, la clave para que una persona sea honesta, leal, responsable y solidaria. Todo eso, yo lo he vivido, te lleva a hacer las cosas con alegría. Por ello, dedico buena parte de mis días a tratar de ayudarles a los demás a encontrar la solución a sus problemas.

Cada vez que lo pienso, reconozco que he tenido una vida muy feliz, bendecida por Dios. A él le agradezco mi familia, los amigos, los vecinos y todas esas personas con las que he compartido. Espero que muy pronto llegue el día en el que cada uno de los habitantes del universo tenga en sus corazones a Dios, en ese instante, con toda seguridad, reinará la paz.

Una vida con alegría

Mi historia es un ejemplo de vida y superación, porque nunca es tarde para estudiar y salir adelante. Lo que uno aprende, es para toda la vida.

María Rosalba Ochoa Torres



Profesora María Rosalba Ochoa con su preescolar en el barrio La Hortensia.

Nací en el barrio El Ajizal del municipio de Itagüí, pero a los pocos años nos cambiamos de casa y fuimos a parar al barrio La Hortensia, donde vivo actualmente. Mis padres, Abelardo y Rosa Antonia conformaron un hogar muy humilde y con pocos recursos económicos, ya que él era alfarero; es decir, se le fue la vida trabajando en tejares, donde manipulaba barro para hacer tejas y ladrillos.

Mi infancia fue carente de eso que llaman lo necesario para tener una vida digna, pues crecí en medio de eso que también llaman la absoluta pobreza. Mis primeros años de estudio los hice en la escuela María Jesús Mejía; y para llegar hasta allí debía caminar diariamente unos tres kilómetros. Luego, estudié en la Normal de Señoritas de Envigado, a donde también

llegaba caminando y caminando, tengo que decirlo así, porque aún recuerdo aquellas extenuantes caminatas.

Cuando tenía dieciocho años, me enamoré y en contra de mis padres, amigos e incluso, de los profesores, me casé cuando solo me faltaba un año para graduarme del bachillerato. Mi vida siguió marcada por las necesidades, pues mi esposo era un hombre poco visionario y sin estudio alguno; por eso tuvimos que irnos a vivir con su familia.

Once meses después de haberme casado, tuve a mi primer hijo; y así, uno tras otro, llegaron otros ocho, que quiero decirlo a voz en cuello, han sido la mayor alegría y satisfacción de mi vida.

Gracias a la colaboración de unos compañeros, que pertenecían a un comité cívico del barrio, pude continuar mis estudios. Fue así como terminé la secundaria en la nocturna de la Institución Educativa Raúl Guevara Castaño. Luego, me presenté a la Universidad de Antioquia, pero no pude ingresar porque mis obligaciones, me lo impedían.

En 1974, monté un preescolar en la casa, pues como secretaria de la Junta de Acción Comunal detecté que este tipo de sitios hacían mucha falta en nuestro barrio, porque además, los pocos que había eran muy costosos y lejanos.

El preescolar comenzó con dieciséis niños, que solo debían pagar mil pesos. Las bancas eran de madera, hechas por Carlos Jiménez, mi hijo; y la sala de la casa se convirtió en un salón de clases, donde una de las paredes hacía de tablero. Al pasar los años, y gracias a la colaboración de la profesora Nelfi Zora y de mis hijas, llegamos a recibir ochenta niños, que no solo vivían en nuestro barrio, sino que eran de otros sectores vecinos a La Hortensia.

El preescolar funcionó durante doce años en mi casa, pero luego, el creciente número de niños nos obligó a trasladarnos a un local, en el que recibieron sus primeras enseñanzas centenares de niños por otros diez años.

Por esa época, la mamá de un estudiante me habló de la Universidad Cooperativa de Colombia, y decidí presentarme, pues creía que era gratis, pero cuando pasé el examen me enteré que no había tal, y claro, no tenía con qué pagar, pero el director me dio la posibilidad de hacerlo en tres cuotas, y así pude adelantar mi formación como licenciada en Administración Educativa.

Ingresé a la universidad cuando tenía cuarenta y ocho años, y aunque fue muy difícil cuidar de mis hijos, trabajar y estudiar, todo al tiempo, logré graduarme y cumplir uno de los mayores anhelos de mi vida. Gracias a mi experiencia académica y laboral, fui vinculada al municipio y ejercí mi profesión como profesora de Ciencias Naturales, Religión, Informática y Artística durante trece años en varias instituciones educativas de Itagüí. Actualmente, soy pensionada del magisterio.

Una vez más, quisiera que esta pequeña historia, como lo he dicho tantas veces, les sirva a quienes la lean, para entender que nunca es tarde para estudiar y cumplir los sueños que uno se traza en la vida; lo importante es tener esperanza, fe en Dios y el deseo de hacer algo bueno. Todos tenemos mucho que dar y ofrecer, por pobres que seamos; y créanme, dar amor, ternura, compañía, afecto y solidaridad llena el alma de satisfacción y felicidad, como ninguna otra cosa puede hacerlo.

Luchadora incesante

El mundo no es de los que se rinden; es de los que luchan.

Mónica Isabel Restrepo



Mónica Isabel Restrepo junto a su hija Yesica Restrepo.

Mi vida no ha sido fácil, desde muy joven tuve un accidente que por poco le pone fin a mi existencia. Gracias a Dios pude vencer mis temores, curarme y llenarme de valor para seguir adelante.

Aunque estuve casada, muy pronto tuve que luchar sola por mi familia. Para criar a mis hijas trabajé en construcción, vendí aguacates en las aceras, blanqueador en los pueblos, solo por mencionar algunos de los oficios que soportaron mis primeros años como madre solitaria. Todo eso lo hice, para que no le faltara nada a ellas. Y hoy puedo decirlo, con la frente en alto, que si bien, han vivido en medio de muchas limitaciones, nunca se fueron a dormir sin haberse tomado, al menos, una tazada de aguapanela.

Soy del barrio Fátima; y allí, comencé a participar al vincularme a la Junta de Acción Comunal. Luego, algo increíble, fui elegida por votación popular como Edil de la comuna seis. El reconocimiento por mi trabajo en la JAC y mi aprecio por todo lo social, me convirtieron en la representante de la comunidad; más que un nombramiento, una gran responsabilidad.

Mi premisa ha sido siempre la misma: no aceptar un NO como respuesta, y menos cuando se trata de las problemáticas de mi barrio: Siempre he sido muy inquieta y no me detengo hasta conseguir todo lo que esté a mi alcance para ayudar a los demás. Por eso, mi mayor motivación como líder comunitaria es tratar de devolverles el resplandor y la sonrisa a esas personas que necesitan algo; y ellos, una vez que sienten que hay alguien que se preocupa y trabaja por su bienestar, lo agradecen enormemente.

Desde mi condición de Edil formé dos equipos de fútbol que han participado en varios torneos del barrio San Pío y en otros de carácter intermunicipal. La categoría infantil ha sido subcampeona y el equipo de fútbol pre- infantil obtuvo el tercer lugar. Aunque no tengo conocimientos en lo deportivo, mi propósito es apoyarlos a través de la búsqueda de patrocinios, consiguiéndoles los uniformes y resolviendo las distintas necesidades que surgen antes y después de las competencias. A la par con esto, coordino el grupo juvenil del barrio, en donde trato de inculcarles a estos jóvenes el afecto por las tareas sociales, para que este proceso no se detenga en las futuras generaciones.

Durante las mañanas, recorro el sector difundiendo mediante un megáfono la información que es útil para la comunidad. Fue así como logré convocar a más de doscientas mujeres para que estudiaran gastronomía, sistemas, manicure, Excel y otros cursos que dicta Comfenalco en convenio con la Administración Municipal, pues siempre he creído que capacitarse y aprender un oficio, es el mejor camino para ser, más allá de independientes, autónomas.

Muchos jóvenes también quisieron estudiar y se capacitaron en aseo hospitalario, barbería y otros cursos que, en todo caso, les ayudaron a empoderarse de su futuro inmediato, a ser buenos en alguna actividad productiva, y por qué no, a generar empleos y replicar los conocimientos entre otras personas de la comunidad.

Es muy gratificante cuando uno camina por el barrio y en la esquina, en vez de un grupo de muchachos que solían estar allí, “tirando vicio”; esa esquina está vacía porque esos mismos jóvenes trabajan ahora en una barbería, propia por demás, en donde le aportan con su actividad diaria a sus familias y a la sociedad.

De joven, no pude terminar el bachillerato; pero como nunca es tarde para estudiar, a los treinta y seis años logré graduarme de secundaria; un logro que no para de generarme alegrías cada vez que veo ese cartón en la pared de mi pieza. Mi gran sueño es ahora, ingresar a la universidad, porque mi mayor deseo es convertirme en una abogada, que por su perfil social, les ayude a los demás y evite los abusos a los que son sometidos aquellos que no han estudiado.

Ha sido un gran logro ser la representante de toda una comuna; pero ahí no puedo quedarme: mi próximo paso será lanzarme al Concejo de Itagüí para defender el bien común. Mi motivación es trabajar por mi gente, la que vive en barrios que difícilmente progresan, y que como cualquier ciudadano, también tienen derecho a una mejor calidad de vida.

Yo no me voy a rendir, voy a luchar hasta que Dios me de vida, para dejar un único legado: ser perseverantes, a pesar de los obstáculos.

Lejos del nido

Mis padres murieron cuando yo tenía seis años, y desde ese momento estuve rodando hasta que paré aquí, en Itagüí.

María Inés Marín Barrios



María Inés Marín junto a su compañera de trabajo en el Seminario Taller Internacional- Mujer Cultura en Buenaventura- Colombia, 1997.

Mis padres fueron de hacha y machete. Nunca me dieron estudio, porque el estudio era para los hombres y no para las mujeres, esos eran los pensamientos de la época; cómo sería la cosa, que si ellos me veían con una cartilla tratando de aprender el abecedario, me pegaban. Yo soy costeña del municipio de Galapa-Atlántico, pero cuando mis padres murieron, mi madrina me trajo a Medellín, donde comencé a trabajar como niñera, aunque la verdad, yo en esa época era también otra niña; así las cosas, nunca pude estudiar y por ello, escasamente sé escribir mi nombre y poco más; pero esto no ha impedido que lograra aprender a defenderme en la vida y por eso, me considero una verraca.

Al poco tiempo, mi madrina se fue para Bogotá, pero yo no quise irme tras ella, y me quedé en Medellín trabajando en casas de familia y cuidando niños, hasta que un buen día llegué a vivir en el barrio Holanda de Itagüí; y con apenas dieciséis años empecé a trabajar en Industrias Acero. A pesar de la edad fui muy buena trabajadora y pasé por varios departamentos de esta empresa, hasta que lamentablemente tuve que retirarme porque uno de los socios comenzó a acosarme laboralmente.

Con la liquidación monté un restaurante, pues gracias a mi trabajo en las casas, había aprendido a cocinar con una buena sazón. Muchos de mis clientes me llamaban “La Gitana”, pues siempre he tenido el cabello largo. Mientras atendía el restaurante conocí al hombre que se convertiría en mi esposo, con quien tuve cinco hijos y conviví durante veinte años.

Luego de un tiempo nos fuimos a vivir a Amagá. Pero allí mis niños sufrían mucho, pues mi esposo se volvió cada vez más celoso y comenzó a maltratarme. El profesor de la escuela me dijo varias veces que mis hijos eran muy nerviosos, y claro, la razón era que muchas veces ellos no lograban dormir al oír las acaloradas discusiones que sostenía con mi esposo. Era tal el miedo de mis pequeños que estuvieron bajo la mirada de varios psicólogos.

Un buen día, el profesor me dijo: “Tú eres guapa para trabajar, séparate y saca esa hermosa familia adelante”. De esto hace veinticuatro años, cuando luego de oír a ese inteligente profesor, me divorcié: la mejor decisión de mi vida.

En Amagá conseguí trabajo en ALMACAFÉ, donde estuve tres años y aprendí entre muchas otras cosas, a seleccionar el café. Pero luego, mis hijos no quisieron que yo acabara mis días en una trilladora y regresamos a Itagüí, al barrio La Unión, un lugar que en aquel entonces estaba marcado por la violencia. Recuerdo que en los años sesenta, muchas veces no podíamos salir por los constantes enfrentamientos entre las bandas del barrio La Unión y el barrio Olivares, fue una época verdaderamente difícil.

Hace cuatro años, gracias al trabajo de mis hijos vivo en una casa propia ubicada en el barrio Bariloche, y a mis 72 años soy muy feliz, porque desde hace un largo tiempo comencé a trabajar en pro de la mujer, me vinculé a la Acción Comunal de los barrios La Unión y Santa María, y además, integro el grupo de Centinelas de la Salud y hago parte de la Asociación

de Mujeres de Itagüí. Así mismo, he trabajado con Corantioquia, el Área Metropolitana, las mesas ambientales y el programa Espirales de Vida, por más de seis años.

Hace dieciocho años hago parte del Club Amigos del Árbol, con el cual hemos promovido varias jornadas de limpieza en muchas de las quebradas del Municipio; y hace más de un año que promuevo los famosos sancochos comunitarios en los diferentes barrios de Itagüí y adelanto varias labores de apoyo a los habitantes de la calle. También estuve en la marcha que se realizó en Bogotá en 1988 en defensa de las madres comunitarias y los servicios públicos en Itagüí. Como ven, lo social es algo que retumba en mi ser.

Hoy, soy la abuela de seis nietos y junto a ellos, mi familia y mis amigos procuro disfrutar de cada momento que me regala la vida; estoy en el grupo de gimnasia hace ocho años, y en la Universidad IDEAS, adelanto actualmente un curso de formulación de proyectos productivos. Tengo así mismo, un taller en el que reparo sombrillas y hago algo de bisutería. Todo esto me ha ayudado a sentir lo necesario que es no quedarme quieta, y mejor aún, a moverme bajo una única motivación: ayudar a los demás, la principal razón de la existencia humana.

Mujer conductora de servicio público

Lo más difícil siempre es empezar. Después de este primer esfuerzo, verán como todo se hace con gran facilidad.

Martha Cecilia Ramírez Castaño



Conductora Martha Cecilia Ramírez junto su micro de servicio público.

Nací el 18 de diciembre de 1969 en una familia humilde y numerosa. Fuimos diez hijos, dos mujeres y ocho hombres, de los cuales yo fui la cuarta en nacer.

Éramos pobres, pero siempre lo vi así, muy felices. Todavía recuerdo a mi padre cuando salía por las calles de Versailles, un corregimiento del municipio de Santa Bárbara, mientras vendía frutas en un carro de madera para conseguir el pan de cada *día*; entre tanto, mi madre, una mujer atenta, siempre estaba pendiente de las labores del hogar, y claro está, del cuidado de sus hijos.

A Itagüí, llegué hace más de veinte años, y hoy puedo afirmarlo, este territorio ha sido y será mi hogar por el resto de mis días, pues aquí me hice mujer en el verdadero sentido de esta palabra: una guerrera, ya que sobre estas calles se escribieron los momentos más duros y más alegres de mi historia; lo digo así porque ahora que lo pienso, en mi niñez me sentía “desamparada”, no por mi familia, sino por los políticos de turno, que poco o nada se preocupaban por el bienestar de sus comunidades. Hoy, con todo lo que hay por mejorar, siento que las cosas han avanzado un poco más en ese sentido, y las personas, si se enfrentan con ellas mismas, pueden alcanzar muchos más logros.

Evocar algunas vivencias del pasado me sirve para confirmar lo afortunada que he sido. Con mucho esfuerzo logré terminar el bachillerato y hacer una serie de cursos de educación superior, pero aun así no conseguí empleo en aquella época: lo malo de la rosca es no estar en ella.

Con el tiempo me convertí en una conductora de servicio público, manejo un microbús que cubre la ruta entre Itagüí y Medellín. Sé que muchos de ustedes se preguntarán cómo llegué a esta profesión, sobre todo porque todavía hoy es muy extraño ver a una mujer delante de la cabrilla de un carro como el que manejo.

La verdad, no es una historia que me alegre contar, porque todo surgió después de una tragedia familiar. Mi esposo, con el que compartí nueve años, el padre de mis dos hijos, fue asesinado en su microbús el 23 de enero de 1996. A partir de este suceso, y al ver que había quedado sola, pensé en la “micro” como la salvación económica. Sin saber ni entender nada del tema, decidí buscar quien me ayudara con la operación y el mantenimiento del carro, pero tan solo dos *años* después, la “micro” se deterioraba a pasos agigantados por el mal trato que le daban los conductores.

Sin saber *cómo mejorar aquella situación*, un señor de apellido Maldonado, quien también trabaja en Automóviles Itagüí me iluminó al convenirme para que aprendiera a conducir el microbús, y aunque el temor me invadió ante aquella propuesta, yo sabía que si quería lo mejor para mis hijos tenía que enfrentar semejante reto

A Maldonado tengo que agradecerle que a pesar de sus extensas jornadas de trabajo se hubiera dedicado durante unos seis meses a enseñarme a

manejar el microbús. Todavía recuerdo que muchas personas comenzaron a decir que entre él y yo había una relación, hasta que su esposa creyó en las especulaciones, y ese fue el final de las clases; pero a la vez, el comienzo de lo que sería una larga etapa de mi vida.

Con el tiempo fui ganando confianza; y hoy, con mucho orgullo puedo decir que llevo dieciocho años manejando un microbús en la empresa Automóviles Itagüí; ganándome el sustento económico para mi familia. Gracias a esta profesión, que muchos consideran solo apta para hombres, he logrado hacerme a una casa y apoyar a mis hijos en sus proyectos personales: mi hija se graduó como contadora pública y mi hijo cursa actualmente el octavo semestre de Ingeniería Informática.

Solo me queda entonces, dar las gracias a Dios y a la vida que me han brindado la suficiente valentía para seguir adelante a pesar de las caídas. La confianza en una misma, apoyada en Dios, es suficiente para romper cualquier paradigma y demostrarles a los demás que la mentalidad de cada época siempre tendrá cosas nuevas para aceptar.

Yo espero que esta micro historia les sirva a los lectores para entender que siempre se puede salir adelante, que los obstáculos son solo imaginarios; no se imaginan lo que yo sentía los primeros días al enfrentar el tráfico de las vías y saber que bajo mi responsabilidad estaban tantos pasajeros; pero mi mente pudo más, y por eso, quiero que estas líneas sirvan de ejemplo para comprender que aunque sea cierto que las posibilidades de las mujeres son menores en una sociedad machista, nosotras podemos hacer lo mismo que los hombres; solo hay que ilusionarse con aportarle al bienestar de nuestras familias, y por ende, al progreso de la comunidad a la que pertenecemos.

Del campo a la ciudad

Mientras vivamos, no podemos perder la ilusión de aprender algo nuevo. Con cada nuevo conocimiento que adquiero, sé que seré más útil para mi comunidad.

María Genoveva Pulgarín



*María Genoveva Pulgarín junto a María Inés Barrios
en una jornada de trabajo ambiental.*

Soy una campesina que creció en el corregimiento Palo Cabildo, del municipio de Jericó (Antioquia). Allí, nací el 1 de julio de 1942 en el hogar de un par de agricultores, que me enseñaron desde pequeña, más allá de las palabras, con el ejemplo diario, a relacionarme de la mejor

manera con los cuatro elementos de la naturaleza: el aire, el fuego, el agua y la tierra; de los que aprendí a obtener café, maíz, frijol, yuca, calabazas, entre otros alimentos.

Cargar, por ejemplo, el agua desde una cañada distante era una de mis tareas diarias durante la niñez. Una vez se venía la cosecha de calabazas, les abríamos un hueco con un tizón para convertirlas en los jarrones que nos permitían llevar el agua hasta el tanque de la casa y utilizarla para las comidas nuestras y el cuidado de los animales de la granja.

A la escuela, comencé a ir a los siete años. Recuerdo que debía caminar una hora o un poco más, entre zanjas muy anchas y profundas. Todavía vuelven a mí las risas que nos producía caernos a una de esas zanja en las que muchas veces solo había pantano, sobre todo, durante las épocas de invierno. Al llegar a la escuela, la profesora nos prestaba un delantal de la Cruz Roja para que no permaneciéramos con la ropa sucia; y a la hora del almuerzo, siempre íbamos a la casa, aunque teníamos que regresar muy rápido, pues la jornada iba hasta las cuatro de la tarde.

Como no había electricidad, al hacer las tareas, utilizábamos velas o le echábamos petróleo a un frasco en el que poníamos una tira que luego encendíamos. Sólo hice hasta quinto de primaria, pues tal como se usaba en aquella época, me casé con el hombre que me señalaron mis padres; así que a los once años, me convertí en la esposa de un primo hermano. Cuando recibimos la bendición, no se me olvida, el sacerdote dijo desde el púlpito: “Como ustedes son primos, deberán rezar cinco rosarios”; así eran las cosas en esa época

Tuvimos seis hijos, cuatro hombres y dos mujeres. Cuando todos mis hijos crecieron y se casaron, decidí venirme a vivir a Itagüí; a este lindo municipio al que llegué cuando aún era muy joven, pues solo tenía veinticinco años; y hoy puedo decirlo a boca llena, desde que llegué me encontré con personas muy valiosas, que poco a poco me acercaron a las diversas actividades que promueven las organizaciones de esta localidad.

Así, en cada reunión, en cada actividad de la que participé fui adquiriendo los conocimientos que me convirtieron en alguien cada vez más útil para los vecinos y para ese entorno que habito a diario. Hoy, mi vida está repleta de tareas que me hacen sentir muy feliz, pues para mí nunca ha sido

una obligación asistir a los encuentros de los Amigos del Árbol, la Mesa Ambientalista del Municipio, las Centinelas de la Salud, el grupo de los Derechos Humanos, las Escuelas de Liderazgo, la Defensa Civil, la Junta de Acción Comunal o los Espirales de Vida. Mejor dicho, en mi agenda diaria siempre hay una actividad comunitaria que me acerca a los demás.

Sin embargo, debo decirlo, ser veedora ambiental es una de las actividades que prefiero, pues gracias a las acciones que debo cumplir en tal condición, he podido retribuirle a la naturaleza el amor que me inculcaron mis padres por ella. Emprender los recorridos ambientales junto a mis compañeras y concientizar a los jóvenes del respeto que debemos profesarle al medio ambiente, es algo que me ayuda a realizarme como persona, como la campesina que soy. Por eso, recorrer las veredas del Municipio, es pues, una experiencia que se las recomiendo a todos. Estar en esas zonas es ser un poco más libres, y claro, son lugares que siempre le brindan al visitante la mejor oportunidad para aprender algo nuevo cada día, la mejor manera, sin duda alguna, de mantenernos eternamente jóvenes.

Tocando las puertas del alma

Después de escuchar historias y experiencias de vida, aún permanece en mi cierto vacío amargo, sutil; ese indescifrable paradigma, esos miles de interrogantes que siguen ahí, sin respuesta.

María Estella Cano Muñoz



Retrato María Estella Cano Muñoz.

Sucesos tristes, amargos y felices me encontraba tras cada puerta de mi barrio que decidí tocar en 2006. Con amabilidad y carisma busqué acercarme a mi comunidad, al extenderles una invitación para que participaran de diferentes actividades académicas, culturales y recreativas.

Fue un trabajo arduo, que hice con mucha entrega y amor. En especial, invitaba a las mujeres, recalcándoles que no debíamos quedarnos encerradas, que era necesario dar un paso para tener mejor calidad de vida, que al compartir con otras personas se enterarían de diversos aspectos importantes de su barrio y municipio. Nunca lo pensé así, pero quienes aceptaron este reto, terminaban desahogándose, soltando lágrimas; pero luego, agradeciéndolo.

Esta manera de pensar, me impulsó a estudiar sobre el tema y a enterarme de las leyes que rigen cada cosa que me preguntaban, para orientar a las personas con la mayor seriedad posible. Ha sido un tiempo para aprender a enfocarme en la comunidad, en sus problemáticas actuales; para enterarme y ayudarlas a la vez, a enterarse de la importancia de lo público.

Los logros son muchos o muy pocos, según se les mire. A partir de este proceso, puedo decirlo, se fundó el programa de gimnasia para el adulto mayor en la comuna cinco, que empezara en El Tablazo y luego, en Loma Linda, hasta que accedimos a un espacio adecuado para esta práctica y para las distintas actividades comunales que en adelante programamos.

Mi labor diaria consistía en recorrer el territorio y conversar con los vecinos. No importaba si tenía que madrugar o quedarme hasta altas horas de la noche, lo mío iba desde ofrecer la casa como espacio de encuentro, o si era el caso, brindar aunque fuera una palabra o una sonrisa, actos que durante estos años llenaron de felicidad mi vida.

Pero no todo ha sido color de rosa. Algunas puertas se cerraron en mi cara, sin que ello me desmotivara, porque después de que la gente se enteraba de mis propósitos, terminaban disculpándose; así que los logros fueron más que las desilusiones.

Con el tiempo he aprendido que no es bueno quejarse. Siempre pienso que los altibajos son como unos mensajes, que por algo llegan. En 2007 y 2008 me llegó un dinero que decidí invertir en un negocio, así que empaqué maletas y me fui a ganar experiencia y conocer nuevas personas y lugares.

Al regreso, cuando ya estaba muy adulta, decidí reanudar mis estudios en la Institución Luis Carlos Galán. Allí, pude cumplir en 2011 con el sueño de graduarme como bachiller, e incluso, representé a todos mis compañeros

en la ceremonia final; todavía no olvido el discurso que preparé para aquella ocasión. Ni yo misma me lo creía.

Creo que aproveché al máximo mi formación en este colegio, a tal punto que años más tarde fui escogida por el movimiento MIRA para representarlos ante la Cámara. Le debo a MIRA mi formación política, de ellos he aprendido los valores y el trabajo que hago con y por mi comunidad. La campaña la hice con el apoyo de la gente del Colegio. Entre mis propuestas, había una que beneficiaba expresamente a las mujeres, pues no comparto las limitaciones y menos cuando se originan porque eres de alguna minoría. Durante este proceso, nunca sentí temor alguno; me gustan los retos, y cuando por ejemplo, tenía que pronunciar algún discurso, lo hacía con seguridad, después de haber devorado libros completos que me ayudaran a decir con más fuerza lo que quería decir.

Así que esta historia, la mía, prueba que uno no debe permitir que le cierren las puertas, y preservar ese sentido interior que te dice: hazlo. Ese es el primer paso para que las cosas puedan suceder; de lo contrario, lo único por hacer es lamentarse toda la vida por aquello que pudo ser y no fue.

Siempre me ha gustado estudiar, por eso participo de cada oportunidad que se ofrece en materia de formación. Lo hago pensando que la vida, ante todo, es sumar aprendizajes; y en segundo lugar, que todo conocimiento es algo para compartir tanto con quienes te abren la puerta de su casa o con los que por una u otra razón, por verdadera necesidad, te dejan entrar, aún más, hasta su alma.

Más de treinta años luchando por ser bachiller

No fue fácil, lo confieso, pero sí muy gratificante. Después de haber tenido tantos contratiempos, hoy puedo decir con orgullo que soy bachiller. No cambio por nada, los conocimientos que adquirí.

María Marleny Chavarría López



María Marleny Chavarría en su graduación de bachiller en 1998.

Nací el 11 de octubre de 1958 en Villanueva, Valle del Cauca, una época en la que las personas le decían “la chusma” a la guerrilla. No lo he olvidado, cuando cursaba primero de primaria, junto a mi hermana, que me lleva poco más de un año, el rumor que flotaba sobre

el pueblo era que “la chusma” atacaría muy pronto. Eso me asustaba tanto, que incluso, me mareaba, aunque lo de los mareos no sé si en verdad se debía a ese rumor o a la falta que me hacían mis padres, quienes se habían mudado a trabajar en una finca que quedaba a tres horas del pueblo. Nosotras vivíamos con la abuela en una casa muy cercana a la escuela, pero luego, unos años después, regresamos donde nuestros padres y ya no pudimos seguir estudiando.

Por esos días, una tía paterna viajó a Medellín llevándose a mis dos hermanos mayores para que lograran estudiar. Mientras tanto, mis otros hermanos y yo no hacíamos otra cosa que trabajar en la finca de mis padres. Allí, uno de ellos consiguió un radio en el que logramos sintonizar una emisora que ya desapareció: Radio Sutatenza, que aunque suene raro, era nuestra escuela; pues por esos días la alfabetización rural se hacía a través de las famosas escuelas radiofónicas, es decir, mediante unos cursos que se emitían por esta emisora que le cambió la vida a muchos campesinos colombianos. Los folletos y las cartillas para que uno pudiera seguir esas clases radiales llegaban a las parroquias de los pueblos o salían en el periódico *El Campesino*, y gracias a eso, logramos aprender a leer y escribir, miles de colombianos del campo, lo reitero.

En 1972, mis dos hermanos mayores regresaron de Medellín, y lo hicieron en compañía de un sacerdote Belga, quien se dio cuenta de mi afán por estudiar y querer hacerme monja. Yo no sabía lo que significaba consagrarse a la vida religiosa, pero cada vez que veía unas fotos en las que aparecía una tía con sus largos y oscuros hábitos, me ilusionaba mucho ser como ella.

En abril de 1974 mi familia se mudó a Medellín, y a los dieciséis años empecé a estudiar junto con mis hermanos menores en un colegio en el que cursábamos dos grados en un año. Era un colegio nocturno, así que durante el día me dedicaba a cuidar los niños de unos profesores, para ayudar con los gastos familiares y con los de mis estudios.

A los veinte años ya estaba en tercero de bachillerato, pero lastimosamente, por el tiempo que me demandaba trabajar en oficios varios, perdí el curso. Además, ese mismo año, mi madre se agravó de un problema del corazón y claro, eso también afectó muchísimo mi rendimiento académico.

Luego, hice dos años de comercio y después me interné donde las hermanas Marianitas, en Bogotá. Allí, estuve dos años más, en los que además de formarme en todo lo religioso, hice tercero y cuarto de bachillerato en el Liceo los Alpes.

Luego, en los años ochenta, regresé a Itagüí, donde obviamente, esperaba finalizar el bachillerato, pero después de mucho buscar y buscar, nunca pude encontrar los certificados de mis anteriores estudios, pues además, el Liceo Los Alpes, había desaparecido, o eso pensaba yo. En ese momento, la tristeza se apoderó de mí, pero por fortuna pude averiguar que ese centro educativo había cambiado de nombre, y así obtuve los anhelados certificados que me permitieron seguir soñando.

Al poco tiempo, supe que la Institución Educativa Juan Nepomuceno Cadavid estaba organizando un programa educativo para reinsertados, que no pudo comenzar ante la ausencia de interesados; así que ampliaron la convocatoria a personas trabajadoras y madres cabeza de familia. No podía ser de otra manera, aproveché esta oportunidad y la verdad, lo hice con todos los ánimos del caso, porque sabía que era la puerta definitiva para graduarme por fin; así que comencé el último ciclo de mi formación secundaria y un año después, gracias al Liceo Concejo Municipal, pude materializar este gran sueño en 1998.

Actualmente, me desempeño como presidenta del consejo de padres de la Institución Educativa Juan Echeverry Abad, y créanme, nada me hace tan feliz como adquirir nuevos conocimientos, o mejor aún, cuando puedo compartir lo que aprendí con mi hijo, que cursa actualmente el grado sexto de bachillerato. Poder ayudarlo es para mí un gran triunfo, que supera incluso, el haber recibido un cartón. Los títulos, más allá de certificar los logros de una persona, son un mensaje que les dice a quienes los obtienen: comparte lo que aprendiste, eso te hará cada vez más grande.

El deporte y la recreación, mis grandes pasiones

Cuando estábamos pequeños, yo era la única niña que invitaban a jugar fútbol en el barrio. Toda la vida me han apasionado los deportes y otras actividades como el baile; eso sí, que estén a mi alcance.

Yuly Sanmartín Estrada



Yuly Sanmartín en su época de infancia, disfrutando de juegos junto a sus amigos del barrio.

Desde que era una niña, me gustaba jugar y competir, sobre todo, con los niños; fueron muchas las tardes y las noches que pasé en medio de los juegos tradicionales. Entre mis recuerdos, aún

puedo contar el de las voces de quienes de niños gritábamos “yeimi”; o corríamos al jugar a la chucha cogida, Boy y Botetarro. Del barrio, yo era la única niña que le seguía el paso a los hombres cuando jugábamos “seguimiento extremo” en el parque infantil. Atravesar los pasamanos, tirarnos por el tobogán más alto y disfrutar del famoso juego “Cero contra pulcero” eran los mayores divertimentos durante los ratos libres de aquellas hermosas épocas. Pero, claro, por ser tan aventurera, algunas veces me aporreaba, e incluso, una vez sufrí un doloroso esguince de muñeca.

Siempre me han apasionado los deportes y otras actividades como el baile. Hasta la adolescencia los practiqué, sobre todo, en el barrio, que era el espacio que solíamos utilizar. Mis padres, por sus responsabilidades y ocupaciones no solían preocuparse por estos temas, y desconocían que los talentos se pudieran estimular, algo que me hubiese gustado mucho, en especial, con lo referente al baile, que era uno de mis grandes sueños. Y aunque no alcancé un nivel competitivo o profesional, debo rescatar que gracias a la pasión con la que jugaba y bailaba en mi casa y en el barrio, me “desahogaba” y distraía de la violencia y los conflictos que me rodeaban, lo que no es poca cosa.

A diferencia de mis hermanos, rescato y agradezco mi formación académica. En eso fueron muy acertados mis padres y mi hermano mayor, quien les pidió a ellos que me inscribieran en un colegio privado y femenino, argumentando que eso me ayudaría mucho como persona y que además, yo era la única mujer de los cinco hijos de la familia.

Todo lo que hasta ahora he contado, es para mí el pilar y fundamento de mi vida, lo que me permitió tomar las mejores decisiones en medio del contexto difícil que me rodeaba. Desde niños, mis hermanos y yo teníamos la libertad de permanecer en la calle hasta altas horas de la noche y escoger nuestras amistades, que algunas veces nos hicieron ciertas propuestas negativas. Hoy, creo que una de las fuerzas que me ayudaron a esquivar esas propuestas, se soportaba en haber escuchado a mis mayores, al prestarles atención a lo que nos decían, por ejemplo, algunos maestros sobre la vida y al ser receptiva con toda esta información y ver y analizar lo que vivían otras personas de mi edad. De esta manera, siempre me cuidé mucho de no relacionarme con las drogas y de sufrir un embarazo siendo aún una adolescente.

Como les sucede a todas las personas, las historias que rodean mi existencia son muchas; pero esto de escribir sobre uno mismo no es nada fácil, así que estas líneas son las que he logrado rescatar con una gran ilusión: que le sirvan a quien las lea o las difunda.

Otra cosa que siempre he considerado muy importante, es la gratitud. He tratado de ser muy agradecida con Dios y con mis padres por haberme dado la oportunidad de formarme en el campo de la educación física, los deportes y la recreación, al poder hacerme licenciada en esta área. Soy la única profesional de la casa; un hogar en el que dos de mis hermanos no tomaron las mejores decisiones y murieron violentamente. Actualmente, lo sé, soy una mujer privilegiada al poder ejercer como directiva en un campo que me gusta mucho, la recreación y los estilos de vida saludables, al servicio de la comunidad.

Doy gracias en general a todos aquellos que han marcado mi existencia: familiares, maestros, amigos y compañeros, porque cada uno de ellos, esté vivo o muerto, aportaron a la construcción de lo que soy; y muy especialmente, a quienes forman parte de mi nuevo hogar: mi esposo y el bebé, con quienes he abierto esa nueva escuela que me enseña minuto a minuto lo complejo que es la vida y cómo ésta se fundamenta en servir a los demás.

Honorable Concejo Municipal 2012 - 2015

PRESIDENTE



Carlos Mario
Martínez Hincapié

VICEPRESIDENTE 1º



Andrés Felipe
López Ramírez

VICEPRESIDENTE 2º



María Eloisa
Ossa Galeano



Nelson
Acevedo Vargas



León Mario
Bedoya López



Gustavo Adolfo
Betancur Castaño



Carlos Andrés
Cardona Ramírez



Juan Andrés
Caro Sánchez



Norberto
Gaviria Álvarez



Carlos Alberto
Gutiérrez Bustamante



Sulma
Ocampo Montoya



Miguel Ángel
Osorio Ramírez



Osva Dario
Ramírez Ossa



Angela María
Ríos Castaño



Jorge Ignacio
Usma Jaramillo



Alfonso María
Valencia Duque



Elkin de Jesús
Zuleta Estrada



